

# Macarena Berlín

## Háblame bajito



Lectulandia

A Pita no le contaron que la vida a los cuarenta iba a ser ligeramente distinta a lo que esperaba. Es una profesional de éxito, directora de un conocido programa de radio, hija de un padre que la adora, *runner*, amiga de sus amigas y tantas cosas que a veces ni ella misma sabe por dónde empezar. En definitiva: Pita es una mujer de hoy. Pero desde hace poco, también es una mujer que deberá aprender a vivir de manera distinta. A partir de ahora, Pita viaja sola. Con una ruptura sentimental a sus espaldas, entre mudanzas, programas de radio y una insólita propuesta, la de escribir una novela, la vida de Pita es la historia de cualquiera de nosotros, la que empezamos a construir cuando nos emancipamos de nuestros miedos y nos lanzamos a la vida que empieza donde se cierran antiguas puertas y se abren las de las nuevas oportunidades.

Macarena Berlín

# Háblame bajito

ePub r1.0

Titivillus 05.11.2019

Macarena Berlín, 2017

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

Para las mujeres que buscan su voz

# 1. Paradojas

La luz roja que recuerda que estamos en directo está iluminada.

La pecera, hasta arriba de gente.

Los dos técnicos de sonido que nos asisten hoy escuchan con inusual atención, y siento sobre mí las miradas del equipo del programa al completo, que ha abandonado la redacción para seguir la entrevista desde aquí.

Yo también los observo a ellos a través del cristal. «Pita, ¿está todo en orden?», parecen decirme con sus miradas.

No debería estar nerviosa: llevo quince años sentándome frente a este micrófono. Sin embargo, lo estoy: me abrumba el silencio del estudio. Contradictoriamente, el de hoy es uno de los días más importantes de mi vida laboral, pero también uno de los más tristes de mi vida personal. Siento que llevo demasiado tiempo instalada en la paradoja.

Sola. Sentada en el centro de la mesa en forma de U del estudio central, miro a mis compañeros mientras juego a darle vueltas a mi café con la cucharilla. Estoy esperando a que acabe el bloque de publicidad.

Son las diez de la mañana y en el preciso instante en el que me dispongo a entrevistar a un superviviente del atentado yihadista que sufrió el semanario satírico *Charlie Hebdo*, mi vida está saliendo en cajas de la que hasta ahora ha sido mi casa. Me separo del hombre con el que he compartido los últimos diez años, un hombre que, al igual que muchas de las personas que me rodean, esperaba mucho más de mí.

Llevo toda la vida rodeada de gente que espera mucho más de mí. Mi padre, que desearía que fuera una hija convencional, con domingos en familia y veraneos con nietos. O mi profesión, que demanda una periodista que no se canse de mirar la vida con curiosidad renovada.

Sé que no soy la única. Este mundo contemporáneo espera demasiado de cada uno de nosotros.

Y nosotros también nos exigimos mucho: ser buena hija, buena amante, buena amiga, buena ciudadana, buena profesional, buena compañera... Buena

persona. La verdad es que estoy cansada, ni siquiera sé lo que espero yo de mí misma. Hace tiempo que no escucho mi propia voz.

Me llamo Pita. Soy periodista y acabo de cumplir cuarenta años. No tengo cargas familiares. Soy una mujer sana e independiente, con un trabajo que me permite vivir bien y que me hace sentir muy realizada. Nací en la parte más favorecida del mundo. No vivo en un país en conflicto. No paso sed ni hambre y mis derechos más elementales no se ven vulnerados. Sin embargo, esta mañana el espejo de la que ya nunca más será mi casa me ha devuelto un reflejo que no reconozco. El de una chica madura que no encaja en una estructura convencional. Que no es como las demás. Que está asustada. Desconectada. Que comprende todo pero ya no entiende nada.

¿Cómo voy a satisfacer todas esas voces que me piden que sea tantas cosas a la vez?

Esta profesión que ejerzo me ha convertido en la mujer que soy. Me ha situado en el mundo y me ha dado una identidad.

Hace quince años que escucho a la vida. Todas las mañanas me siento frente a este micrófono para hacerlo, y me reconozco en sus prisas, en sus pausas. Cada día sus voces se unen a la mía. Cada programa de radio es una lección. Una victoria. Una renuncia.

Me pregunto si he sabido renunciar a tiempo a una vida que no era la mía. A un hombre que no era para mí. Me pregunto también si sabré encontrar mi espacio y rescataré mi voz, esa voz que ahora necesita que le hablen bajito para encontrarse.

Perdida en mis pensamientos y en la diáspora de mí misma, recuerdo que estoy a punto de entrar en antena y que la entrevista que me dispongo a hacer es, hasta el momento, la más importante de mi carrera, es una de las primeras que el superviviente concede a los medios después de la catástrofe.

Dicen que las cosas llegan cuando tienen que llegar y esta entrevista lo hace justo en un momento en el que estoy más interesada que nunca en un tema tan antiguo como el de la supervivencia, un tema que plantea un reto tan contemporáneo como es el de la resiliencia, o cómo salir reforzado de la adversidad.

Terminan las cuñas publicitarias y el técnico me avisa de que estamos dentro; desde producción me informan de que Philippe está preparado.

Recuerdo mis obligaciones periodísticas y empiezo a preguntar.

Sr. Lançon, en la carta que escribió usted tras sobrevivir al atentado y que se publicó tan solo unos días después en el semanario cuenta que «recién baleado, rodeado de compañeros muertos», se preguntó qué era lo que separa la vida de la muerte. ¿Ha encontrado, Philippe, la respuesta?

No, no la he encontrado. Si fuera creyente, que no es el caso, la buscaría del lado de Dios, pero la mía no es una respuesta religiosa. Cuando uno se acerca tanto a la muerte, todas las respuestas merecen respeto. Pero no es la mía. Desgraciadamente, hasta ahora tiene mucho que ver con la casualidad de haber estado en un sitio determinado de la sala, donde tuve «la suerte» de resultar herido por tres balas. Una cuestión de suerte.

Nadie habla. Tres redactores del matinal que pasaban por allí se han sentado con el grupo. Carlos, de Informativos, anota en un cuaderno lo que le parece más interesante, por si puede incluir algo en el boletín de la una. Hay cuatro personas más de otros departamentos. Entre ellos distingo al redactor jefe y al director de antena. Están en silencio. Todos han venido a escuchar al superviviente.

Amelia Quintanas, jefa de producción, mi ojo derecho, la persona en la que ha confiado nuestro protagonista, la que ha conseguido la entrevista, me mira con orgullo y con algo de inquietud por si llegase a cortarse la comunicación de este encuentro que estamos emitiendo gracias a Skype con el hombre al que dos terroristas yihadistas no pudieron asesinar. Lo está disfrutando tanto como yo. No queremos revelar desde dónde nos habla para preservar su seguridad. Tampoco que le acaban de retirar la protección policial que le puso el Gobierno francés.

Un año después de volver a nacer, ¿cómo se encuentra física y emocionalmente tras someterse a trece operaciones?

Bueno, las secuelas físicas son cicatrices en la cara, sobre todo alrededor de la boca. Una de mis ocupaciones ahora, ya que soy periodista y escritor, es poder hablar, comer y organizar mi boca para tener de nuevo una vida normal, que me permita trabajar.

¿Y las secuelas en la mente y en el alma? He leído que está reconstruyendo su personalidad...

Es muy difícil todavía saber cómo estoy. Por lo que parece, puse un poco de distancia con los acontecimientos. Una reacción que los psicólogos conocen, supongo que lo hice para protegerme de lo que había vivido.

Yo decidí seguir mi vida, luchar en el hospital escribiendo, sin hundirme en el recuerdo de lo que había pasado en esos dos minutos. Sorprendentemente he tenido muy pocas pesadillas. Hace dos semanas tuve pánicos del estilo: ellos van a volver, ellos u otros. Pero he padecido muy poco.

La reconstrucción para mí pasa por entender quién soy ahora, qué puedo escribir, qué puedo decir, cuáles son las relaciones que puedo tener con mis amigos y mis colegas y cómo me enfrento a la vida los años que me quedan por vivir.

Creo que el Sr. Lançon está cómodo conmigo. Lo noto tranquilo, a gusto y con ganas de hablar. Es periodista, así que confío en su fortaleza y decido que es el momento de que nos lo cuente:



¿Qué recuerda de lo que pasó ese miércoles durante la reunión editorial?

Todo... porque yo nunca perdí la conciencia. Recuerdo la entrada de los asesinos, de los dos hermanos Kouachi. Pero tienen ustedes que entender que eso duró dos minutos y diez segundos y las imágenes que conservo se suceden a una gran velocidad y son completamente inverosímiles.

Parecía una película de serie Z, muy mala y muy barata. Entra gente y tardas un minuto en entender por qué están ahí. Y cuando lo haces, es demasiado tarde porque ya estás rodeado de muerte. Mis amigos muertos y yo en el suelo herido.

Dispararon unas treinta balas en una sala pequeña. Dense cuenta. Con Kalashnikov, que es un arma de guerra. Tanto mi suerte como la de Simon y Fabrice fue estar al fondo. Caímos al suelo. Simon yacía inconsciente. Fabrice y yo dejamos de movernos y nos hicimos los muertos porque ya habíamos entendido lo que pasaba. Fue puro instinto. Se acercó uno de los dos hermanos, no sé cuál. Vi sus piernas y pensé: o estoy muerto o voy a estarlo. El tipo se alejó y me di cuenta de mis heridas.

No sé si tiene contacto con sus compañeros, los que también quedaron gravemente heridos. ¿Sabe cómo están?

Claro... Sí, están mejorando. Hubo cuatro heridos en *Charlie*. De los cuatro, Riss, que es el jefe y director, fue el primero que se recuperó porque solo le dio una bala en el omóplato, y luego están Fabrice Nicolino, herido en la pierna y Simon, en la columna vertebral. Poco a poco se fueron recuperando. De Simon decían que no podría caminar y ya lo está haciendo.

Me estremezco al escuchar un relato tan sereno. En el móvil que suelo tener en la mesa no paran de entrar mensajes; le doy la vuelta para que no me desconcentre. Le digo que no quiero abusar de su confianza y menos cansarle o perjudicar su recuperación y que si en algún momento quiere dejar de hablar, que por favor me lo haga saber.

Amelia Quintanas, que lo conoce algo más que yo porque lleva días tratando con él para que nos concediera esta entrevista, me hace un gesto de negación con la cabeza.

El periodista y escritor me responde que todavía no está cansado. Que le viene bien hablar, que cuando cuelgue se tomará un calmante y que después pasará muchas horas en silencio.

Entiendo que no puedo alargar mucho esta conversación, admiro su fortaleza y le hago varias preguntas en una.

¿Les ha perdonado? ¿Debe perdonar? ¿Se ha hecho esa pregunta?

En este momento, para mí esa pregunta no tiene sentido. Lo que han hecho estos hombres es una cosa enorme, impensable. No sé quién debe perdonar, pero no soy yo. No estoy en esta categoría. Me gustaría entender por qué hicieron eso y, sobre todo, cómo lo hicieron; con quién, de qué manera, de dónde venían las armas... Me gustaría saber y entender este tipo de cosas. Pero perdonar no es mi problema. Yo soy una víctima de ellos pero, como acabo de decir, es un acontecimiento demasiado fuerte para que la pequeña categoría del perdón pueda tener sentido en este contexto..., al menos para mí.

En la carta que dejó escrita, en referencia a sus compañeros de publicación dijo que «todos estábamos allí porque éramos libres o queríamos ser lo más libres posibles, porque queríamos enfrentarnos a todo y reír acerca de todo». Me pregunto si hoy siente usted que es libre.

Bueno, sí. La verdad es que me siento libre porque todo el mundo me ha apoyado. Los de *Charlie*, los de *Libération*, colegas de toda la prensa, escritores, gente de teatro y artistas que me han escrito y acompañado de manera discreta e íntima. Luchando en el hospital, recordé que empecé a trabajar en el ochenta y seis y que he tenido la suerte de ejercer mi profesión durante treinta años, con una libertad absoluta, que para mí era y sigue siendo una condición esencial en el periodismo tal y como lo entiendo. Este sentido de la libertad fue creciendo en los sitios donde trabajé con un sentido de la responsabilidad sobre lo que escribía, pero que nunca llegó a impedir pensar lo que pensaba, ver lo que veía y escribir lo que tenía que escribir.

Esta ha sido la venganza extraordinaria y loca de un mundo que no quiere esta libertad y que la disfraza bajo conceptos de respeto que para mí son una farsa. La idea es impedir la libertad de expresión de los que ven lo que algunos no quieren que vean.

Y el semanario..., ¿se siente libre o ha perdido algo? ¿Cree que el terrorismo ha logrado algún tipo de victoria respecto a la línea editorial de la revista?

Todavía es muy difícil contestarle. Hay que ver cómo se desarrollan los acontecimientos.

La terrible victoria del terrorismo es haber matado a amigos y dibujantes de gran talento: genios. Esa es su victoria. Ya no están más aquí para hacernos reír con inteligencia. Pero dicho esto no pienso que sea una victoria, porque los que quedamos vamos a intentar ser dignos de la libertad que nos enseñaron estos muertos cuando estaban vivos. Y lo hacemos por supuesto para nuestros lectores, pero también para nosotros mismos. Tenemos muy claro que hay que seguir. Si tengo que hablar del islam —que no ha sido el caso hasta ahora—, pues lo haré y no veo por qué no hacerlo.

Quintanas señala con el dedo índice de su mano derecha el reloj invisible de su muñeca izquierda. Levanto la cabeza y miro el de los números rojos que desde el centro superior de la pared del estudio vigila las conversaciones. Lamento que me quede nada y menos para despedirme de una persona con la que probablemente jamás vuelva a cruzarme y cuyas palabras no olvidaré nunca.

Le recuerdo la indignación que, meses atrás, había causado en toda Europa ese número de *Charlie* que caricaturizaba el desaparecido vuelo de *Malaysia Airlines*. En la portada se podía leer: «*Malaysia Airlines*, la esperanza». A continuación, rezaba un titular en grande: «Se ha encontrado un trozo del piloto y de una azafata», y en el dibujo había unas manos, supuestamente del piloto, agarrando unos pechos, los de la azafata.

Animada por su valentía, decido que, tanto por él como por mí y los oyentes que esperan que lo mencione, lo más digno es que acabemos el encuentro con esa cuestión:

¿Cómo recibió usted esa portada, después de todo lo que ocurrió?

El problema es el estatus que el periódico tiene ahora. Esta portada no habría molestado a nadie antes del 7 de enero de 2015. Acuérdense de que hablamos de una publicación satírica de veinticinco a treinta años de antigüedad. La portada de la que hablamos, que a mí personalmente me hizo reír, tiene el humor y el mal gusto que desde siempre fue una de las señas de la identidad de *Charlie*. El problema es que ahora *Charlie* se ha vuelto una institución que representa la libertad y la democracia. Y de una institución se esperan cosas serias. Si nos volvemos muy serios, haciendo gala siempre del buen gusto, como si estuviéramos en un salón de té a las cinco de la tarde, pues ya no sería *Charlie* y eso sí que sería una victoria del terrorismo.

Me resisto a decirle adiós y pienso que ya ajustará Quintanas los tiempos pidiéndole al técnico que retrase un par de promos. Parece que ha entendido mis intenciones y con gesto reprobatorio le dice a mi compañera Cris (la conozco y además a ella puedo leerle los labios): «Se va a comer la desconexión». Aun así decido arriesgarme.

¿Por qué la caricatura es una amenaza? ¿Cuál es el poder de la risa, que asusta a gobiernos, a sistemas?

Bueno, acuérdense de una película muy famosa, *El nombre de la rosa*. El monje que estaba en el monasterio quiere eliminar un libro perdido de Aristóteles: un libro que hace reír y explica por qué reímos. Este monje dice que si la risa se impone, la fe y el poder de la Iglesia desaparecen. Esto es lo que está pasando. Reírse como *Charlie* lo hace de cualquier cosa, de todo de lo que no se ríe la religión —un accidente de avión, por ejemplo—, es precisamente lo que todo tipo de autoridades quisieran impedir y lo que la democracia tiene que preservar.

Ahora sí que voy a tener que despedirle, porque los técnicos de sonido ya no miran al frente, solo tienen ojos para la cara de horror de Quintanas, convencida de que no me va a dar tiempo, de que se me va a cerrar la ventana de las desconexiones y que va a tener que atender las llamadas de las emisoras locales pidiendo explicaciones y quejándose del dinero que han perdido al no poder emitir su publicidad, esa que tanto cuesta conseguir y que nos da de comer a todos.

Miro el reloj: 56 minutos, 30 segundos. Me la juego, me queda un minuto. En su desesperación, Quintanas se lleva las dos manos a la cabeza. Este ya no es un gesto para mí.

Sr. Lançon, no queremos quitarle mucho más tiempo, pero sí me gustaría terminar con esa carta tan poderosa y conmovedora que escribió tras los atentados. Manifestó que le tomará algo de tiempo y de rehabilitación volver a reír y que la mandíbula es más frágil que el corazón. ¿Ha logrado volver a reír?

Sí, pero tardé tiempo en hacerlo. Físicamente no podía: tenía la boca totalmente paralizada con un labio destruido. No podía, sentía que no tenía

derecho a reír. Un día fui al cine con los policías (en aquellos meses tampoco podía hablar). Vi *Relatos salvajes*, una producción argentina de lo más cómica. Humor muy negro, bien argentino. Todo el mundo en la sala reía. Yo intentaba contenerme para no hacerlo, porque no tenía derecho, y recuerdo que poco a poco la risa fue más fuerte que las curas y el impedimento que tenía. Esto para mí se ha vuelto muy importante, muy simbólico. A partir de entonces pude empezar a reír de nuevo; es decir, abrir la boca y sacar los dientes. Los dientes que me quedan. Así fue.

Philippe Lançon, muchísimas gracias por esta conversación tan esperanzadora. Ojalá se recupere pronto. Mucha fuerza y hasta siempre.

Gracias a ustedes. Buenos días.

Suena el indicativo que lanza el técnico antes de pulsar el botón de desconexión: 58 minutos, 55 segundos, justo a tiempo. Entra la desconexión que permite a las 300 emisoras del grupo emitir sus cuñas publicitarias.

En la pecera, todo el mundo habla, se mueve de un lado para otro recogiendo papeles y volviendo a sus obligaciones. Quintanas ya no está en la pecera. Me está esperando con cara de mosqueo en la puerta. Como si lo viera.

Saludo a Jesús, el compañero que toma el relevo con la información local, que entra y me felicita por la entrevista. Suenan las cuñas publicitarias y rápidamente le cambio la silla por otra que no esté recalentada, mientras le doy las gracias. Guardo mis auriculares y mi esponjilla de micro en la bolsa. Sus papeles dan el relevo a los míos, que, subrayados con fluorescente y llenos de anotaciones, se van directamente a la basura. Todos menos una hoja que doblo y me guardo en el bolsillo y que tiene anotada en el margen una frase: «Cuando uno se acerca tanto a la muerte, todas las respuestas merecen respeto».

—Buen programa, Jesús.

Abro la puerta y allí está ella. Sería, como siempre.

—Pita, vas a acabar matándome. En cada programa pierdo un año de vida contigo. Te arriesgas, y te arriesgas demasiado.

—Ha sido maravilloso —digo yo—. ¡Este hombre es maravilloso! ¡Tú eres maravillosa! ¡Gracias, gracias y gracias por haberlo hecho posible! ¡Dame un abrazo!

Quintanas odia los abrazos, pero sonrío y me ofrece algo parecido a uno.

Entro en la pecera y le doy las gracias a los técnicos, concentrados ya en el siguiente programa. En la mesa de producción está ya acomodado otro equipo. No hay rastro del paso de los míos, que me esperan en la terraza. La vida sigue. La radio continúa.

Cojo mi bolso y me dirijo afuera, donde me reciben todos con alegría. Propongo un aplauso para Quintanas, que se produce de inmediato.

—Déjate de aplausos y corre, que tienes el taxi esperándote abajo.

De entre todos los mensajes que tengo en el móvil acierto a ver el de André. Periodista brasileño. Mi amigo: «Enhorabuena por una mañana tan brillante. Te amo».

Me encantaría quedarme a comentar la entrevista con el equipo y planificar la escaleta de mañana como hacemos siempre a esta hora, pero tengo que correr hacia casa. O mejor dicho, a la que hasta este momento ha sido mi casa.

## 2. Fin del trayecto

Abro la puerta y me detengo en el salón. Miro las paredes en *striptease* integral, inmensas, blancas, vacías. Y me muero de miedo. Miedo a lo que dejo atrás y a lo que me espera ahí, delante, ahora que la decisión de poner fin a una vida que no me llenaba, que no sentía mía es una certeza. Me siento muy vulnerable y temo no estar preparada para lo que venga a partir de este momento. Empiezo a tener miedo de mí misma. Temo no estar a la altura de mis nuevas circunstancias.

Hace apenas dos horas salió por la puerta la última caja de cartón con mis cosas. No quiero ni imaginar la mudanza, que ha durado dos días. Mis obligaciones me han librado de presenciar el desmantelamiento de mi vida, que ha sido supervisado por mi padre, el encargado de todo, hasta de informarme paso a paso de la operación por WhatsApp. Yo he estado en la radio, como cada mañana desde hace cinco años, presentando el magacín matinal más escuchado del país.

Pienso que es una suerte tener dónde refugiarte cuando llueve.

Miro la casa vacía. Ahora es mucho más grande, más triste. Parece mentira que haya estado llena de risas, cuando nuestra vida era una. Cuando todo nos parecía bonito.

He estado diez años en pareja.

¿Qué ha pasado, Pita? ¿Hay otras personas?

La primera es la pregunta que llevo haciéndome un año. La segunda, la que me formula papá cada vez que me ve.

Hay historias sin épica y la nuestra ha sido una de ellas. No ha pasado nada. Se nos han pasado los años sin que pase nada. Y ese es justamente el problema.

Me siento en el suelo y me duele el fracaso. La pregunta de si he hecho lo suficiente por salvar esta relación me pesa. Pero no me siento especial. Otra historia de dos que se va. Otra más de las muchas que suenan en las radiofórmulas, que diría mi amiga Anita. Acaba de entrarme un mensaje suyo

con un link a la canción de Sabina Amor se llama el juego y un audio de su voz:

Toma, llora a gusto... Te doy una semana para levantar el vuelo.

No voy a escucharla ahora. No estoy como para flagelarme.

A mi cabeza acuden las palabras de mi padre:

«Pita, hija, a partir de ahora viajas sola. Hazte cargo y sé valiente: cada despedida inaugura un nuevo viaje».

### 3. Pita

Hoy me da pereza vivir.

Me recuerdo que no tengo cargas familiares. Que soy un mujer sana e independiente, con un trabajo que me permite vivir bien y que me hace sentir muy realizada. Que nací en la parte más favorecida del mundo y no vivo en un país en conflicto. Que tampoco paso sed ni hambre y mis derechos más elementales no se ven vulnerados. Sin embargo, acurrucada en la que a partir de ahora será mi cama me siento injusta cuando me doy cuenta de que hoy, por ejemplo, me da pereza vivir.

Abro los ojos y miro la luz que se cuela por las rendijas de la persiana de madera. Es algo antigua, como toda la casa: *bohemian chic*, que escribirían en una revista de tendencias. Voy a tener que decirle al casero que no cierra bien. Bueno, yo no, mi padre lo hará por mí.

Contra todo pronóstico, he descansado. No me he sentido extraña. Aunque acompañada, llevaba durmiendo sola mucho tiempo. Las sábanas que papá dejó anoche, planchadas y con olor a suavizante, han ayudado mucho. Tengo que reconocer que su sobreprotección es tan crispante como adictiva.

Hoy es sábado y me siento incapaz de saltar de la cama, de empezar a organizar la vida que me espera en cajas. La mudanza ha debido de ser terrible. Digo ha debido de ser porque yo me la he ahorrado mientras mi padre se encargaba de todo. Sabedora de que es un hombre tan eficiente como maniático, compadezco a los de la empresa de transportes. De lo que dio de sí la jornada solo tengo los titulares que papá me envió por WhatsApp, mientras yo trataba de concentrarme en la entrevista.



Nena, uno de los mozos está fenomenal. Con su mono azul parece un cooperante internacional. Quédate tranquila, todo marcha según lo previsto en mi planning.

Tres horas más tarde el cooperante no desentonaba: aquello se había convertido en zona de conflicto:

Nena, estoy al límite de mis nervios. Hemos estado a punto de llegar a las manos. El trabajo de esta gente deja mucho que desear. Han roto una de las lámparas de cristal. He tenido que detener la operación de salida del sofá dos veces. Han rayado el suelo y manchado la pared. Lo siento mucho por tu ex, el pobre, no se ha portado mal contigo y le han dejado la casa como un campo de batalla.

Mucho me temo que en unas horas me será entregada la versión ampliada, con la habitual exageración que acompaña a mi padre.

Tengo un montón de ideas para tu casa. Te la voy a dejar monísima. Me he tomado la molestia de tirar algunas cosas que no necesitas. Una pizarra mugrienta y un par de deportivas que estaban en una bolsa. Por cierto, tienes demasiada ropa de deporte. No necesitas tanta. No te preocupes que iremos a comprarte cosas bonitas para que salgas por ahí a ligar. Esta mañana he estado hablando con la hija de la vecina del tercero. Se ha cortado el pelo y está ideal. Deberías hacer lo mismo. Le he hecho una foto. Te la mando.

Lo que le faltaba a mi día. Ahora tengo en mi móvil la foto de una desconocida que estrena *look*. Papá sabe que cuando estoy en directo no puedo atenderle, pero le da igual. Siempre me escribe. Claro que necesito la pizarra. Llevo años haciendo allí mis esquemas y escribiendo mis ideas para los contenidos del programa. Las zapatillas eran mis favoritas para correr. Siempre hace lo mismo. Nunca pregunta. Papá prefiere pedir perdón a pedir permiso.

Aunque, ahora que lo pienso, no hace ni una cosa ni la otra.

A partir de hoy tengo que inventarme una vida y yo, acostumbrada como estoy a contar historias, no sé ni por dónde empezar a contar la mía. Me siento fracasada, ridícula. Afronto mi tercera separación y ya no entiendo nada.

Dice papá que el amor es sacrificio y que ya nadie aguanta a nadie.

—Pita, hija, es que hay que aguantar un poco y tú no aguantas nada.

Se le olvida que fue él quien me enseñó a no aguantar, a ser una persona emocionalmente independiente.

La paradoja es una constante en mi vida y, por qué no decirlo, en la suya. Soy una reconocida periodista que no ha sido capaz de llevar su vida personal con la misma eficacia que la laboral. Que trabaja rodeada de gente y cuando llega a casa, tenga o no pareja, se encuentra sola.

Él es un padre maniático. Homosexual. Religioso y de derechas.

Me llamo Pilar. Lo de Pita me lo pusieron mis tías, las hermanas de mi padre. Perdí a mi madre en un accidente de tráfico cuando tenía dos años. La tía Julia tiene una teoría elaborada sobre la condición afectiva sexual de su hermano, con la que explica que papá se volvió gay por el *shock* que supuso despedirse de su mujer, que lo dejó a cargo de una niña pequeña. La tía Teresa, su hermana, que es psicóloga, le pide que no repita eso en público: que la condición sexual no es un volcán que entra en erupción de repente.

Con la ayuda de mis tías y de su marido Ricardo —sí, mi padre está casado—, hizo lo que pudo. Como cualquier padre.

Me vistieron de rosa hasta los catorce. Tuve una infancia feliz, sin excesos. Mi padre controló mi adolescencia con cariño y esfuerzo, y me dio una carrera universitaria y una identidad. Él, que tardó tanto en encontrar la suya.

Papá es un hombre especialmente maniático y todo le supone un gran esfuerzo.

Me animó a ser lo que hoy soy: una hija de la globalización, digna representante de mi tiempo.

Una chica madura que viste las últimas tendencias, porque además de ser signo de eficacia, es su obligación. Una obligación que mantengo con naturalidad, mientras miro las etiquetas *made in China*, *made in Indonesia*, *made in Vietnam* y sufro pensando que esta chaqueta que me queda tan bien ha sido cosida por una joven que a mi edad es ya una anciana y cuyos derechos no le importan a nadie.

Una periodista contemporánea que cultiva mente y cuerpo. Que divide su tiempo entre estar informada, leer, estudiar y asistir a conferencias para tener discursos renovados, y hacer deporte al aire libre, si puede ser.

Porque claro, por supuesto que soy *runner*.

Una profesional en activo que mantiene al día todas las redes sociales, incluida LinkedIn, porque nunca se sabe, y maneja los últimos *gadgets* tecnológicos. Que se baja en el móvil las aplicaciones del momento y lleva con toda la dignidad posible el llamado síndrome FOMO (*fear of missing out*) o la sensación de perderse algo, reconocido por los psicólogos como un trastorno producido por el avance de la tecnología y la cantidad de opciones que se nos presentan a las personas de hoy en día.

Una espectadora sensible al lenguaje del cine, el teatro, la fotografía y todas las artes que pasen por delante, que consume cultura y desea objetos, que viaja por el mundo y admira un planeta que destruimos.

Una mujer del siglo XXI que no marcó entre sus prioridades inmediatas enamorarse de un hombre bueno y trabajador con ganas de formar una familia, como hizo mi abuela y la abuela de mi abuela.

No ha pasado tanto tiempo, pero su modelo ya no es el mío. Y no, no estoy en contra de formar una familia, pero sí de hacerlo por obligación social. De hecho, entre las múltiples posibilidades que me ha ofrecido la vida, esa ha sido para mí la menos atractiva. Y en cuestiones de pareja, lejos de saber qué es lo que quiero, más bien tengo claro lo que no quiero: un hombre acomodado que no sueñe y que no sepa acompañar mis sueños.

Siendo honesta, no me muevo con demasiada soltura en lo que la sociedad considera normalidad. Y, aparte, lo normal es tan subjetivo... ¿Qué es normal? En la distancia corta nadie lo es.

Cuando se suponía que, según mi padre, había alcanzado la edad para sentar cabeza, había tanto que hacer, tanto que leer, tanto que viajar que no me apetecía hacer otra cosa.

A mis cuarenta, y después de tres relaciones sentimentales, papá dice que se me va a pasar el arroz.

—Pita, hija, busca ya un hombre, que quiero ser abuelo y se te va a pasar el arroz.

Lleva días repitiéndome la misma frase, aunque claramente no es en mí en quien piensa. Es en él; teme que sea a él a quien se le pase el arroz.

Olvida que fue él quien me enseñó a no tener miedo. Que no me educó para ser práctica sino para soñar.

Debería levantarme de la cama. Me conozco: me lío a pensar y paso de estar conversando conmigo misma a hacerlo contra mí misma.

En ese mismo momento escucho a mi progenitor gritarme desde la cocina:

—Piiiiita. Neeeeena... Traigo el desayuno. Un café largo con cruasán ecológico. Te he comprado unas cosas monísimas: cojines para el sofá, un espejo para el baño, tela para las cortinas. ¡Mira qué jarrita medidora tan sofisticada! Te voy a preparar un buen plato de fruta. Tienes que coger un poco de peso, que no me gusta nada la cara que se te está quedando. He visto unas arruguitas que tenemos que vigilar. Ya sabes lo que dicen, que a partir de una edad hay que elegir entre cara o culo.

Había olvidado que este hombre ruidoso, y que lo lleva todo a la hipérbole, cuando se lo propone puede llegar a ser sigiloso y que tiene llaves.

Tratándose de mi casa, me habría gustado tener la posibilidad de elegir todas esas cosas que dice que ha comprado y que seguro que no me van a gustar, pero nadie me ha preguntado.

—Arriba, perezosa, es hora de empezar a construir tu nueva vida. Todavía podemos hacer algo contigo.

Bajito, papá, háblame bajito.

El café caliente me reconforta. Me lo bebo sin prisa, mientras miro el desorden. Las cajas que, al igual que mi vida, están por colocar.

—Alguien debería parar esto.

—¿Parar el qué, Pita?

—Esto de las *pop-up*. Hay tiendas efímeras por todas partes. A lo largo de los años, he comprado objetos únicos por encima de mis posibilidades mentales.

Mientras desayunamos, sentados sobre cajas, me pregunto dónde voy a poner todas estas cosas.

—Bueno, Madrid es hoy la capital de los *trendy markets*. Lo pasamos muy bien el día que recorrimos Lavapiés cargando el cuadro de Hombre desnudo en la nieve que compramos en La Tabacalera. No recordábamos dónde habíamos aparcado el coche, Ricardo se puso furioso y yo no podía parar de reír.

—No fue Lavapiés, papá, fue en el Mercado de Motores. La risa floja te dio cuando subíamos por el paseo de las Delicias.

—De ninguna manera, hija... De allí es el bargueño de diseño industrial.

—Perdona, papá, pero te equivocas de nuevo, ¡el bargueño es de Lote Número 13! Pero vamos, que me da igual de dónde sea, que hay que colocar todo esto y no tengo ganas.

—Ya veo que no estás de humor, pero un padre está preparado para acompañar a una hija en ruptura sentimental: para eso y más. Me pongo el delantal y nos ponemos manos a la obra.

Empezamos y lo acabamos de colocar todo ese mismo día gracias a que a eso de las cinco de la tarde vinieron refuerzos. Ricardo trajo a dos equipados operarios de la librería de la que es dueño desde hace años y donde conoció a mi padre. Mis tías aportaron la merienda. Los hombres montaron el sofá y colgaron estanterías mientras nosotras clasificábamos mis libros por orden alfabético y por temas, tal y como quería mi padre, que acababa de leer a la

gurú del orden: Marie Kondo, la experta japonesa que dice que te ayudará a acomodar tus espacios de una vez por todas con su sencillo método KonMari.

Enrique Meneses, Umberto Eco, Ryszard Kapuściński o el reportero de cómic Joe Sacco pasaron a estar unidos para siempre en mi salón por influencia de esta mujer que indirectamente prometió a papá no solo transformar mi espacio, sino también cambiarme a mí. Te sentirás más segura, exitosa y motivada para crear la vida que quieres.

—Pita, querida, son muchos los efectos positivos que puedes atraer gracias al orden: suerte, amor y éxito, entre otros.

A las diez de la noche estaba todo hecho y mi padre quiso salir a cenar.

—Deberías invitarnos a un sitio bonito. Qué menos después de lo bien que te lo hemos dejado todo, ¿no te parece?

Vivimos en el distrito de Salamanca, uno de los barrios más caros de Madrid, aunque a ninguno nos sobra el dinero. No somos ricos, pero mi padre es feliz en estas calles. Ama el barrio, disfruta de cada uno de sus rincones. Todos los días pasea por El Retiro y desayuna en una de las cafeterías que mira a la Puerta de Alcalá mientras lee el periódico. Después va a misa a la iglesia de San Benito. Es una persona muy religiosa.

—Señor, bendice estos alimentos que vamos a tomar. Amén —repite invariablemente antes de todas las comidas.

Cenamos en el Green Bean, el último restaurante llegado al barrio. *Slow food* a media luz en un entorno vanguardista, atendido por cuatro chicos encantadores que tienen la palabra precisa y los brazos llenos de tatuajes y donde admiten perros buenos.

Alimentos ecológicos bendecidos por su dios. Auténtica carne de cachena, ternera autóctona gallega criada en libertad; croca sobre brasas y cenizas, servida con pimientos asados y ajos para papá, Ricardo y Teresa. Tartar de pescado azul con cuscús de verduras en salmuera, brócoli y coliflor para Julia y para mí. Cesta de panes variados y rosquilletas; pan ecológico de autor, horneado con masa madre, por supuesto.

—Quién nos iba a decir hace diez años que veríamos muchachos pintados y musculados en el barrio. Propongo un brindis por la nueva vida de mi hija.

Le pido a papá que deje ya de hablar de mí y que baje la voz.

Bajito, papá..., bajito.

## 4. Madres y madrecitas

La tía Teresa dice que un indicativo de madurez es la capacidad que tiene una persona de transitar por las pérdidas. De saberse vulnerable y aun así sostenerse. Y dice que soy una mujer madura que no se ha dejado arrastrar por el desánimo de una nueva frustración, valiente por ser fiel a mí misma y no a una sociedad que empuja a seguir un modelo de pareja determinado. En realidad, lo que yo creo es que llevaba ya mucho tiempo preparándome para afrontar con gracia una nueva derrota, que cuando supe que en casa no me querían, cuando entendí que mi pareja estaba conmigo porque eso era lo que se esperaba de él, de nosotros —una pareja perfecta viviendo una vida perfecta—, sufrí la primera pérdida y el tiempo hizo el resto.

—Lola, el amor ya no lo puede todo y yo soy una buena perdedora —le digo a la que desde la etapa de instituto es mi mejor amiga.

—Hay que fijarse en los niños, Pita, que tienen una extraordinaria capacidad de alejarse del dolor. Enseguida buscan una nueva motivación —comenta mi amiga mientras le da la última cucharada de yogur a la menor de sus hijas.

Nos hemos venido al Retiro con las tres niñas que tiene: Carlota, de ocho años de edad, la reencarnación del diablo, como la llama mi padre; Sara, de seis, y Marieta, de cuatro. La tarde está preciosa. Llevo una hora tratando de mantener una conversación fluida con mi amiga, pero sus hijas van y vienen como locas, interrumpiéndonos continuamente.

Carlota me mira y, sin venir a cuento, me dice que hace mucho que no me ve con el pelo suelto. Quiere que me quite el moño, siempre que me lo pongo me lo dice.

—Es que es muy presumida, Pita, y adora tu pelo —dice su madre.

—Cariño, no me lo puedo quitar, que se me queda la marca de la goma —respondo mientras se da la vuelta y se pone a jugar con sus hermanas.

Marieta quiere hacer popó, una palabra que repite su madre excitadísima mientras con la mirada trata de localizar un buen sitio. Le propongo que la

llame *Number two*, que suena mucho mejor, y a la niña le encanta la idea. Su madre tiene la cara iluminada de la emoción. La coge en brazos y se la lleva a un árbol, mientras me pide que vigile al resto.

Cuando vuelve le pregunto si eso que acaban de hacer está permitido por el Ayuntamiento y me responde que está muy contenta porque la niña llevaba dos días sin hacerlo. Me explica que el haberlo pedido representa entregarle un regalo a la madre, que cuando se lo aguanta es porque quiere castigarla.

—Vaya mierda de regalo —le digo, y nos reímos las dos.

—Los pequeños pasan de una ilusión a otra en cuestión de segundos. Mira esa, por ejemplo, metida hasta el cuello en la fuente, empapada y feliz. Me pregunto dónde estará la madre de esa criatura. ¡Hay madres y madrecitas! Mis hijas nunca me sobran, Pita. Si las demás madres no pueden cuidarlas, yo no sé por qué las tienen. Educar no es tarea fácil y por fortuna existen muchos modelos de crianza, pero el oficio de madre es veinticuatro horas al día para toda la vida.

Cierto es que hay que permitir a los niños que exploren ellos mismos el mundo, pero si se caen o se equivocan hay que estar ahí para recogerlos y atenderlos física y emocionalmente.

Mi amiga se exige una entrega total a sus hijas, y es esa misma la que espera en el resto de las madres.

—¡Lola, que esa niña es tu hija! —le grito.

Mi amiga se levanta de un salto. Corre a apartar a las madres y cuidadoras que se arremolinan en torno a Carlota mientras yo, fiel a mi condición de no madre, me quedo en el banco observando y deseando que el asunto no se ponga feo porque me veré obligada a mediar. En cosas de madres lo mejor es hacer como la ONU cuando de conflictos entre países se trata: optar por la no injerencia a no ser que se vulneren los derechos humanos. Además, como mejoramigademadrequesoy también tengo una tarea de responsabilidad que atender: echar un vistazo a Marieta, que está sentada a mi lado y no levanta la cabeza de su iPad. Claro que sería un milagro que se moviera cuando lleva en esa postura los casi cuatro años de su vida.

La que ahora está empapada es la mayor de las tres rubias que tiene. Tres copia-pegas que se llevan dos años de diferencia porque, como dice mi amiga y asienten todas las otras madres cuando la oyen, es mejor tenerlas seguidas y quitarte los primeros años de encima pronto.

Carlota, que así la llamamos, es muy graciosa, tiene mucho ingenio y no conoce la palabra miedo, así que vive al límite. Juega con su vida y por extensión con los nervios de su mamá, ya de por sí bastante delicados. No es



que sea una niña mala, no, que los niños ahora no son malos: son intensos, nerviosos o están cansados.

—Es que hoy no ha dormido siesta, la pobre.

Sí, así justifica su progenitora que esté insoportable y lo pague con su entorno. Y yo me pregunto que si el bienestar de todos depende de que la niña pase por la cama, ¿por qué no hay nadie en esa familia especializado en acostarla? No, no lo hay.

Lola y Pablo no creen en el derecho de corrección paterno. Aunque se pasan el día gritando, nunca castigan a sus hijas y jamás les darían un azote.

A mí papá me educó con el único modelo que había en la España de la Transición. El «porque lo digo yo y punto». Sin explicaciones. Fui a una escuela progresista en la que cantábamos Viva la gente y hacíamos murales con acontecimientos políticos. Recortábamos periódicos que pegábamos en cartulinas de cartón.

Cuando Felipe González entró en La Moncloa, con mi barra de pegamento Imedio, pegué su imagen con el traje de pana en un jardín que previamente había dibujado con los rotuladores Carioca. Papá me ayudó a elegir un titular, pero fue lo único que hizo: Bienvenido, señor presidente.

—Pita, tienes que hacerlo tú sola. Si no lo haces, mañana irás a clase sin los deberes hechos y pasarás mucha vergüenza.

Nunca me concedió un capricho sin tener una buena razón. Pero cuando lo hizo, no escatimó en gastos. Quería que tuviera todo lo que él no tuvo. Y aun así, creo que los dos gestionamos muy bien el que nos faltara la madre.

Mi amiga Lola me repite siempre que a los niños hay que explicarles las cosas, decirles lo que han hecho bien o mal. Y es que Carlota no es mala, claro.

—Pita, lo que pasa es que es muy curiosa y le interesa mucho todo lo que le rodea.

Por eso se mete en líos, muerde, pega y grita a menores y adultos.

La pequeña Marieta levanta la cabeza de su tablet y, al borde del llanto, me informa de que están regañando a su hermana. Me admira su capacidad de atender dos cosas a la vez y le digo que no se preocupe, que en este momento es la envidia de todas nosotras, porque es la que más fresquita está. Se ríe, me coge la mano, me la acaricia, me mira las uñas pintadas de rojo y me pregunta:

—Pita, ¿tú que eres?... ¿madre o hija?

Me sale contestarle que, según la madre que la parió, no he tenido vástagos por miedo a perder mi condición de hija. Que me quiero ir a casa,

que hace demasiado calor para mí, ahí al sol, aunque no sea ni primavera. Que no voy muy bien calzada y que se me están cociendo los pies. Que me estoy agobiando y que es imposible hablar con su madre, algo que necesitaba desde hace días. Pero no lo hago. Qué culpa tiene una niña de cuatro años de que yo también necesite a su madre. Mi mejor amiga, mi hermana.

Opto por mandarla al centro de la noticia:

—Marieta, ¡corre a ver qué dicen y me traes los titulares!

Titulares, repite. No sabe lo que significa, pero sale corriendo muy contenta.

Lola regresa con las tres niñas. De la mano trae a Carlotita que, empapada, sonrío pensando en el protagonismo de su acción.

—Pita, perdona, cielo. Nos vamos a ir a casa. No he traído ropa para esta niña que ha decidido darse el primer baño de la temporada. Ha sido una tarde muy bonita. Repetimos la semana que viene, ¿vale? Te llamo esta noche.

Sé que no me va a llamar: no le va a dar tiempo. No importa. Bastante tiene ella con lo suyo como para escuchar las penas de una cuarentona single. En cuanto a lo de repetir, igual cuando se me olvide la experiencia de hoy.

Me despido de las niñas. Carlota me da un abrazo —cariñosa lo es un rato— y me moja la camiseta. Pienso que esa era la verdadera intención del abrazo. Pero no, vamos, que no, que no es mala.

Caminando en dirección contraria a ellas, hacia mi casa, pienso en lo bonito que está El Retiro y en que envidia a mi amiga que desde niña tuvo muy clara la vida que quería llevar. Sería madre y se sentiría muy realizada criando.

La crianza es el centro de su vida. Vive corriendo de un lado a otro, siempre con la lengua fuera, para que a las pequeñas no les falten ni sus clases extraescolares ni su minivida social y disfruten de una infancia plena y feliz.

La que fue la chica más guapa, estilosa y lista del instituto ahora va siempre despeinada y en vaqueros. No tiene tiempo ni para mirarse al espejo y cuando vamos de compras, no sale de la planta infantil. Lo peor, sin embargo, es que su vida en pareja es una mierda. Desde que nació la tercera rubia, Pablo y ella no dejan de discutir. Su marido se queja de que ha pasado a un segundo plano. ¡A un cuarto, diría yo! Pero ¿qué quería? ¡Han tenido tres hijas! ¿De verdad que no sabía lo que se le venía encima?

El único trabajo intelectual que se permite Lola, una estudiante de sobresalientes, es un blog dedicado a otras madres, bastante cursi y paternalista, por cierto, pero que tiene miles de seguidoras y que mantiene

como si fuera una niña más, cuando acaban los baños, las cenas y los cuentos, cuando todo el mundo duerme.

Escribe sobre la dulce y amarga experiencia de ser una madre contemporánea. Contesta mensajes y ayuda a otras que, como ella, están en deuda con la familia o la pareja, porque siempre pueden dar más de sí mismas, aunque eso acabe con su salud.

Mi amiga se levanta cuidando y se acuesta cuidando. Pero nunca tiene tiempo de cuidarse.

Con eso y con todo no se cansa de repetirme: «Pita, ser madre es lo mejor que he hecho en mi vida. Mis hijas son mi gran obra. No te puedes perder la experiencia de la maternidad..., tú no».

## 5. La extraña familia

La tía Teresa está recibiendo formación en *mindfulness* y se empeña en que la acompañe a un retiro de fin de semana dedicado a la reducción del estrés y al cultivo de la atención.

—Pita, la vida es urgente. Hay que aprender a mantener la plena atención en el momento presente. Eso es lo que propone esta enseñanza: la aceptación de pensamientos y emociones. En lugar de tratar de cambiarlos: expulsarlos.

Teresa es la mayor de los tres, papá el pequeño. Es psicóloga y se especializó en terapia familiar. Los últimos años de su vida laboral los pasó tratando de transformar familias con problemas en familias funcionales, y en su vida personal ayudó mucho a papá a sacar adelante a su hija desde el acompañamiento. Lo hizo con mucho talento dejando que pareciera que las decisiones importantes salían de él. Yo me apoyo mucho en ella desde siempre; sus palabras me reconfortan.

Hace tres años que se jubiló y lleva cinco sin pareja. Asegura que ahora es momento de centrarse en sí misma y en sus deseos. Es una mujer inquieta que no deja de formarse y, sobre todo, de proporcionarse bienestar.

Vamos cruzando El Retiro al encuentro de la tía Julia, que, como cada martes, tiene reunión con su grupo feminista. Se trata de un colectivo no mixto que una vez por semana se encuentra en casa de una u otra para comentar textos y debatir sobre el momento actual del feminismo. Dice que la lucha que empezaron en su momento tiene que seguir avanzando porque en muchos aspectos vamos hacia atrás. Es necesario neutralizar las voces del patriarcado que minimizan, excluyen, infantilizan y estereotipan al feminismo. Aprovechando que papá está en misa, hemos quedado un poco antes para hablar. Tengo que pedirles algo que tiene que ver con él.

La tía Teresa trata de convencerme de que me vaya con ella a pasar el fin de semana mientras mi mirada y mis pensamientos hace rato que están lejos. Hay dos septuagenarios en un banco tomando los rayos de sol de mayo. Sin hablar y con los ojos cerrados, están cogidos de la mano.

Cerca, en la hierba, una pareja se come a besos. Él lleva puesto un traje azul marino. Ella se ha quitado los tacones. Imagino que son compañeros de oficina que, tras terminar la jornada laboral, se esconden de las miradas. Pienso que mañana se saludarán en el pasillo como si no les brillasen los ojos al verse.

La tía habla sin parar. Le he dicho mil veces que no, que no voy a ir, no pienso ir a ningún taller más. No desde lo de «el río que fluye».

—Pita, esto es distinto —dice—. Este es un trabajo personal.

El río que fluye es una terapia de expresión corporal a través de la cual aprender a gestionar los conflictos y que, en principio, también consistía en un trabajo personal. Todavía sufro al recordarlo. Fue un fin de semana de otoño en una casa en la sierra de Madrid. Diez personas que no se conocen de nada nos sentamos en círculo y en el centro las dos terapeutas, que están dispuestas a darnos pautas para gestionar los conflictos internos. La tía pensó que me vendría bien ya que estaba en proceso de separación.

Para empezar nos sentaron en un suelo helado y nos pidieron que nos descalzáramos para presentarnos. Yo no quería pasar frío y pensaba que al llevar zapatillas de deporte no haría falta, pero la terapeuta que dirigía el grupo estaba empeñada en que me las quitara, obsesionada con que iba a pisar a todo el mundo. Le aseguré que tendría mucho cuidado, pero insistió tanto que al final tuve que explicarle que llevaba calcetines muy finos e iba a estar muy incómoda. Cuanto más insistente se ponía, menos quería yo esforzarme, así que no me las quité e inmediatamente pasé a ser «la de las zapatillas azules».

—¡La de las zapatillas azules! Vos, ¿qué hacés? ¿Te despistaste?

No importa lo que hiciera, tanto en la rueda de energía como en las coreografías con las que debíamos expresar nuestros sentimientos yo era nombrada en todos y cada uno de los ejercicios. Como en el cole. Esa voz de sargento, estridente y argentina, me había cogido manía.

Ahí estaba yo, después de una semana de intenso trabajo y mucho estrés, subiendo y bajando los brazos al tiempo que emitía sonidos guturales con un grupo de extraños que parecían estar pasándolo muy bien. Llevaba días sin ir al gimnasio y, aunque no terminaba de estar cómoda, me consolaba pensando que con esto cubría el cupo de ejercicio semanal.

—¡La de las zapatillas azules! ¡Échalo todo fuera! Vos... tas tensa... ¡Relajate!

La tía estaba tan metida en su gestión corporal que ni me miraba.

Dos horas y media después de bailar como posesos teníamos que hablarle al grupo acerca del conflicto que habíamos experimentado. Uno dijo que pensaba en su exmujer y en el daño que le había hecho cuando le dejó por su amigo. Una chica joven, de unos treinta años, reconoció la incapacidad que tenía de abrirse a las personas, y otro de unos sesenta, que trataba de hacerse todo el rato el gracioso, habló de la rabia que le despertaba el hijo de su pareja, con el que convivía, que era un vago y un impertinente. Todos tenían muchas ganas de hablar de lo suyo, yo lo entendía, para eso habíamos venido, pero yo no tenía ganas de escuchar y mucho menos de hablar de lo mío. Llegó mi turno y puse cara de emoji con los ojos muy abiertos y dejando muchos dientes a la vista. Había encontrado muy divertido el ejercicio, pero no había pensado en nada ni en nadie. Si acaso, que tenía un montón de trabajo pendiente (dos entrevistas que escribir para ese fin de semana), pero no lo dije porque no quería ser tan intensa como el resto.

Tras mi breve intervención se hizo un silencio. La terapeuta clavó sus ojos en los míos y con tono paternalista lamentó que no me hubiera conectado con el ejercicio. Todos me miraron con cara de pena, excepto la tía, que sonrió pensando que lo estaba pasando muy bien. Nada más lejos de la realidad. El ruido que habíamos generado entre todos se me había metido en la cabeza. Me quería ir a casa, pero aún quedaban dos horas y me pregunté cuándo haríamos la pausa y si podría escapar durante la misma.

—¿Alguien cansado? —pregunta la de la voz estridente.

—Nooooooooooooooooooooo —respuesta al unísono del motivado grupo.

—Pues entonces no hay pausa.

Me siento en una silla a lamentarme de mi suerte y esa mujer pregunta a gritos qué es lo que hace la de las zapatillas azules sentándose justo ahora que vamos a aumentar la profundidad del trabajo y a meternos de lleno en el ejercicio más interesante del taller. La gente se excita muchísimo mientras yo, obediente, me levanto como puedo y observo las líneas de colores que hay dibujadas en el suelo. Si considero que soy una persona más física que emocional, tendré que colocarme sobre la línea amarilla. Todos se van a la roja, porque entienden que son más emocionales a la hora de expresar sus conflictos. Yo me quedo en la amarilla, alterando, como era de esperar, a la voz:

—Pero ¡¡¡otra vez vos!!! ¿¿¿¿Qué hacés ahí????

—¡Soy física, soy física! —me defiendo con cara de pena y omito un «déjeme en paz, por favor, que lo único que quiero es que todo esto acabe pronto».

—Bueno, dale... Quedate en el amarillo.

Soy la inadapta de las zapatillas azules, la única que está en el amarillo. Ahora tenemos que ponernos en situación y reaccionar desde nuestras líneas, y de manera honesta, ante el siguiente conflicto imaginario: queremos darnos de baja de una compañía telefónica y llevamos veinte minutos al teléfono, a la espera de que nos atiendan. Parece que de vez en cuando la telefonista nos dice que nos mantengamos a la espera y se supone que eso debe ir colmando nuestra paciencia.

Yo lo llamaría más bien miniconflicto, pero decido no ponerle ningún nombre. Imagino que este debe de ser el último ejercicio y me animo, concentrándome en el supuesto teléfono que tengo en la mano. Paseo por mi zona amarilla, poniendo cara de preocupación, mientras mis compañeros recorren la sala hablando en voz alta con la operadora que en su imaginario les ha dejado a la espera.

—¿Oiga?, ¿oiga?... ¡Que llevo aquí mucho rato! —dice una.

—Esto es indignante..., voy a colgar —susurra otra.

Las voces se hacen cada vez más fuertes y sobre todas sobresale una: la de aquel hombre que no se llevaba bien con el hijo de su pareja, que comienza a mostrarse agresivo con su telefonista. Tiene la mano en la oreja a modo de teléfono y grita una y otra vez que no puede más. Le advierte de que si le está tomado el pelo va a poner una reclamación que se va a cagar porque su tiempo es muy valioso y nadie juega con él.

En ese momento me viene a la cabeza que si el tiempo en general es relativo, como decía Einstein, y este, en particular, imaginario: ¿cuánto vale en este caso su tiempo? Pensamiento que descarto de inmediato por innecesario. Estoy tan fascinada con esa rabia que va en aumento que me he olvidado de mi propia telefonista. Supongo que a estas alturas me ha colgado.

El tipo empieza a correr por la estancia y hace el gesto de tirar el teléfono al suelo y pisarlo mientras grita improperios: «¡Mierda, mierda! ¡Hostia puta!».

Se me escapa una risa, ingenua de mí, creyendo que todo es parte de un teatro, y la terapeuta me mira con cara de desaprobación. El hombre cada vez grita más y, sinceramente, empieza a dar un poco de miedo. De pronto, agarra uno de los cojines que están apilados junto a la pared, se tira al suelo sobre él y con movimientos de cadera simula que lo penetra al mismo tiempo que de su boca sale un «¡Toma, toma!. ¡Te follo! ¡Te follo!... ¡Putas!».

Casi no tengo tiempo de procesar esa imagen que es tan cómica como desagradable cuando el tipo viene hacia mí rodando con su cojín telefonista

entre las piernas e invade mi zona amarilla. Lanzo una mirada acusadora y directa a la terapeuta, que está disfrutando muchísimo. ¡Se ha salido de su zona! ¿Es que no piensa decirle nada? Si llega a ser la de las zapatillas azules la que hubiera cometido semejante error, la reacción habría sido otra.

Los gritos unidos a los insultos, se hacen insoportables: «¡Puta! ¡Hija de puta!... ¡Te vas a enterar, zorra de mierda! ¡Te follo!, ¡te follo una y mil veces por el culo!». Y al mismo tiempo que dice estas barbaridades rueda hacia mí y me golpea con su cuerpo. Caigo al suelo.

A nadie parece importarle y menos a él, que sigue violando y vejando a su cojín telefonista. Me levanto huyendo. Me aparto a un lado y compruebo que el daño que me ha hecho su impacto es solo emocional. El grupo está congelado mirándole y solo mi tía se acerca a preguntarme si estoy bien.

—No —le contesto—. Yo me largo.

Salgo al jardín. Hay una mesa con té y galletas. Me sirvo una taza, respiro hondo y pienso que después de lo visto ahí dentro ya no me sorprende tanto que haya gente que coja un arma y acabe con la vida de personas que desconoce.

Por la puerta aparece la tía Teresa. Dice que la argentina echa de menos a la de las zapatillas azules. Le contesto que ya las ha visto lo suficiente.

Tras el episodio de El río que fluye, me quedan pocas ganas de acompañar a mi tía a otro de sus talleres.

—Pita, no te lo tomaste muy bien porque estabas sensible. Ese era un maleducado emocional, el tipo de persona que, en vez de tratarse con cariño, decide agredirse y faltarse al respeto.

—Lo que quieras, Teresa, pero yo no vuelvo a meterme en vuestras orgías emocionales.

Hablamos mientras recorremos el paseo del estanque. A la izquierda queda la estatua de Alfonso XII y la escalinata. A nuestro lado, dos chicos pasan patinando de la mano, uno de ellos está enseñando al otro. Se gustan y se les nota. El que menos sabe se esfuerza por mantener a raya la vulnerabilidad que le dan las ruedas, pero no pierde la oportunidad de juntar su cara a él cada vez que pierde el equilibrio. Esto acaba en beso seguro.

A lo lejos advierto la silueta de la tía Julia, que viene hacia nosotras. Me apuesto cualquier cosa a que en los próximos minutos nos hablará del libro que están leyendo y las conclusiones a las que ha llegado. Siempre lo hace. Su hermana considera que, al igual que mi padre, es muy pesada con sus cosas. Que la tía lo sea a mí no me importa porque me interesan sus temas. Lo de papá es diferente; en «sus cosas», siempre acaba incluyéndome.



Julia es trabajadora social, se ha pasado años diagnosticando problemas que atañen a la sociedad y organizando los recursos financieros y humanos para tratar de solucionarlos. También está jubilada y nunca le conocimos pareja fija, sabemos que es heterosexual, pero siempre que presenta a un hombre lo hace como «mi amigo». Siempre camina rápido; tenga o no tenga prisa, su cuerpo avanza a saltos. Si alguien ve nuestro saludo desde fuera pensará no solo que nos queremos mucho, sino también que llevamos días sin vernos, cuando la última vez que lo hicimos fue ayer mismo.

Ella es siempre muy cariñosa y hoy está especialmente contenta. Por el momento aún no han analizado cifras de feminicidios, índices de pobreza, cesantía o precarización laboral.

—¡Hola chicas! Qué tarde tan fértil hemos tenido. Estamos leyendo con avaricia *Las Sinsombrero*, un libro que recupera la memoria de las pensadoras y artistas de la Generación del 27, que fueron eliminadas de la historia.

Yo supe de su existencia por ella e incluso llegué a entrevistar a su autora, Tània Balló. Antes de que Teresa pregunte, su hermana ya le está explicando que el título responde al gesto simbólico de quitarse el sombrero en público, que protagonizaron Maruja Mallo, Margarita Manso, Salvador Dalí y Federico García Lorca, y a pasearse sin él por la Puerta del Sol, porque sentían que el sombrero les estaba «congestionando las ideas». Dice que les apedrearon. Teresa me aprieta el brazo con complicidad mientras la otra sigue hablando.

—Ernestina de Champourcín, María Teresa León, Concha Méndez, Maruja Mallo, María Zambrano, Rosa Chacel, Josefina de la Torre y Marga Gil Roësset... ¡Qué mujeres más excepcionales las del 27, qué injusto que sus creaciones fueran borradas del relato histórico!

—Sí, es verdaderamente interesante, querida, pero deja que te recuerde que Pita tiene que pedirnos algo, para eso hemos quedado.

La tía calla y me mira fijamente con preocupación, las dos lo hacen.

—Papá me está ahogando, no me deja respirar. Desde que me separé, se presenta todos los días en mi casa con alguna excusa. Insiste en que mi nuevo objetivo debe ser buscar pareja. Dice que ya me he realizado laboralmente y que hay un desequilibrio demasiado grande entre mi trabajo y mi vida personal. Que tengo una edad y que como deje que pase el tiempo, empezaré a desaparecer para los hombres. Me mira con lupa las arrugas, que si no me arreglo, que si debería cortarme el pelo.

—¡Menuda tontería! —interrumpe la tía Julia—. ¡Es la cultura neoliberal imperante víctima del heteropatriarcado, y no los hombres, la que no nos

quiere!

Su hermana la mira con desaprobación. Me pide disculpas y prosigo antes de que se meta de lleno en la teoría.

—Me ha pedido cita en el ginecólogo adelantándome que, aunque la edad ideal son los treinta y cinco, mi regalo de cumpleaños consistirá en una vitrificación de ovocitos, o lo que es lo mismo: la congelación de mis óvulos.

Las dos se llevan las manos a la boca con dramatismo.

—¿Y tú que le has dicho? —pregunta Teresa.

—¡Que si lo podía cambiar por botox! —Las dos ríen y yo sigo—: El viernes pasado me inventé que salía a tomar algo para no aguantarle mientras me sermoneaba al teléfono: «Pita, querida, trabajas demasiado y descuidas tu vida personal. Tener una pareja es un objetivo como otro cualquiera y en nuestra sociedad el hecho de vivir solo mucho tiempo es visto como sinónimo de fracaso. No te duermas».

Teresa se sorprende de que papá lleve peor mi separación que yo misma. Julia se pregunta en voz alta, mirando al cielo y haciendo movimientos con las manos, por qué las solteras son una cuestión en sí y los solteros no. Añade que el feminismo debe volver a construirse desde y para lo social. Cuestiona que *Una habitación propia*, el clásico de Virginia Woolf, sirviera para algo. Que una cosa es tener una habitación y otra, una vida propia. Dice que ella siempre ha disfrutado de su soledad, palabra que suele emplear, pero que a veces es difícil no prestar atención a ese mandato social que te hace sentir inadecuada por no haber formalizado una relación.

Miro a las dos:

—Tenéis que hacer algo. Por favor.

Prometen hacer algo con el hombre de mi vida, como solía decirme él cuando era una niña, y que sale sonriente por la puerta de la iglesia de San Manuel y San Benito, situada enfrente del parque, en la manzana que forman las calles de Alcalá, Lagasca y Columela. Es uno de los templos más bonitos de la ciudad, el favorito de mi padre, al que suele ir los viernes. Él es así, un rebelde sin causa. Su original construcción data de principios del siglo xx. Los mecenas, unos empresarios italianos de origen humilde: Manuel Caviggioli y su esposa Benita Maurici, donaron el terreno a la iglesia. De ahí su advocación. El marido murió en 1901 y la viuda se comprometió con los padres agustinos a construir una iglesia donde estaría el panteón para ella y su marido, además de un convento dedicado a la instrucción gratuita de obreros.

—La literatura da testimonio de que en San Manuel y San Benito vivieron su religiosidad nombres de la historia como Muñoz Seca, Antonio Maura,

Gregorio Marañón, Vázquez de Mella, Jacinto Benavente o Concha Espina — suele apostillar papá a todo el que pregunta.

Ricardo, que siempre va algo más lento, sale detrás. Es aconfesional pero desde que se conocen, hace ya treinta años, le acompaña a misa. En lo que piensa durante la media hora que dura la liturgia nadie lo sabe. Ni siquiera su marido, con el que se casó el 10 de julio de 2005, siete días después de que el PSOE, con José Luis Rodríguez Zapatero al frente, hiciera legal en España el matrimonio entre personas del mismo sexo. Ricardo nació en Londres. En los ochenta trabajaba como editor literario y en una visita a Madrid se enamoró de la ciudad y decidió montar una pequeña librería en el barrio. No nos cansamos de admirar su paciencia. Quiere mucho a papá y, sin duda, sabe cómo llevar a este hombre maniático y cabezota que, desde que se acogió a una jubilación anticipada como corrector del periódico donde trabajó los últimos veinte años, lo ayuda en la librería. Comparten su afición por el arte, la música y los viajes.

Mi mirada se detiene en el cartel que hay en la entrada:

El que te quiere te espera. ¿Pasas?

Nos sentamos en la terraza de una pulpería que acaban de abrir en el barrio. Hace buena temperatura y todavía hay luz.

Papá nos cuenta que hoy también ha rezado una plegaria por el alma de David Bowie, su artista favorito. Julia, que se está haciendo un brazalete con una cinta morada para la manifestación del Día Internacional de la Mujer. Teresa y yo le pedimos que nos haga uno.

Pienso que ninguna de las dos va a hablar con mi padre sobre mi acoso; enfrentarse a papá supone que te retire la palabra durante días y ninguna quiere arriesgarse a eso. Harán lo que puedan, pero no hablarán con él.

Me entra un mensaje de audio en WhatsApp. Es de Anita. El grupo de comunicación para el que trabajo no solo es dueño de la radio convencional más escuchada del país, también de la emisora musical que oyen todos los jóvenes. Pionera y referente en seleccionar éxitos y construir mitos, en lo que se conoce como radiofórmula. Nuestras instalaciones comunican ambas, a través de un amplio pasillo. De camino al baño solía asomarme a ese estudio del que, pese a la insonorización, siempre salía mucho ruido. Una joven morena de pelo largo presentaba las canciones de pie mientras bailaba al ritmo de la música. Empecé a pedirle asesoramiento musical porque cuando no tienes adolescentes cerca te desconectas de lo que se escucha y no quería que también lo hicieran mis oyentes. Nos hicimos muy amigas. Fui a muchos conciertos con ella, lo pasamos muy bien juntas hasta que se enamoró de un

cantante sueco que estaba de promoción por el país. Ya en la entrevista hubo *feeling*. Estuvieron wasapeándose un mes y en el *backstage* del cierre de gira, en Barcelona, él le dijo que estaba profundamente enamorado de ella. Se arrodilló asegurándole que no era mucho lo que tenía. Que no le podía proporcionar una vida estable, pero que le ofrecía un viaje rico en amor y en emociones. Anita dejó la radio y desde hace dos años lo sigue por el mundo como su asistente emocional y personal.

Ante la imposibilidad de estar juntas me acompaña en la distancia con esta función tan cómoda de usar para el que graba, pero no tanto para el que recibe. Este audio parece de los cortos (a veces me hace envíos de veinte minutos), así que me llevo el móvil al oído y lo escucho.

Hermanita..., aquí te mando nuestra última canción. La que estamos promocionando. No olvides subir el volumen y bailar como si nadie te estuviera mirando. Y ya sabes: Baila como tú quieras bailar. Te quiero siempre.

## 6. Geopolítica de las relaciones

Son las ocho de la mañana del sábado. Me despierto sobresaltada. Otra vez la misma pesadilla: estoy tumbada en la arena de una playa y de pronto la marea sube hasta mojar mi toalla. Cuando me incorporo para poner a salvo mis cosas, el mar se levanta formando una ola inmensa y me engulle. Yo no me muevo. Dejo que pase.

Llevo meses soñando lo mismo. Empecé a hacerlo cuando estaba a punto de cumplir los cuarenta. Cuando comenzó el miedo a todo. Dice la tía Teresa que no me preocupe demasiado, que ya se me pasará. Las pesadillas no son más que carpetas que abrimos durante el día y que clasificamos de noche. La tía Teresa recurrió al Sr. Google y leyó que había soñado eso porque se avecinan cambios en mi vida.

No quiero quedarme en la cama con esta angustia, así que me levanto a hacerme un café y mientras me lo tomo en el sofá miro mi Instagram; esta plataforma es perfecta para distraerse: requiere de atención y esfuerzo mínimos.

Voy pasando el dedo por la pantalla y aparecen fotos de la noche del viernes: *selfies* con morritos, tacones, discotecas, cenas y calles alumbradas por farolas agrupadas por el *hashtag* #AboutLastNight.

Un equipo de Greenpeace se descolgó a primera hora de la mañana por la chimenea de una térmica, desplegando una pancarta de protesta. Le doy a favorito.

André ha marcado me gusta en dos fotos mías: una es del jueves y estoy en el estudio, durante la entrevista a un actor. La otra, en la que añade un comentario, estoy en mallas corriendo.

«*Você é tão bonita*», escribe. Y yo respondo con un me gusta.

André Gilson es periodista. Dirige una emisora de radio local en Jacarepagua, un barrio de Río de Janeiro próximo a Barra da Tijuca. Nos conocimos en Madrid en una entrega de premios que yo presentaba y donde él era reconocido por su trabajo con los niños de las favelas. Quedaba media

hora para salir al escenario y yo esperaba entre bambalinas, con el guion y una botella de agua. Se me acercó un tipo bajito y regordete, que extendió su mano a la vez que se presentaba diciendo que era un honor conocer a una compañera. Yo dejé torpemente mis cosas en el suelo, al tiempo que, devolviendo el saludo, le contesté que, pese a ser los dos periodistas, no nos dedicábamos a lo mismo. Él se jugaba la vida, yo no. Me miró fijamente y tras un silencio añadió que con cada renuncia uno también se juega la vida y me dio un abrazo.

No me convenció, pero me cayó muy bien. Es un hombre noble y tiene un sentido del humor brillante y una sonrisa que lo llena todo. André es la persona más generosa que he conocido nunca. Aquella noche los dos cerramos los bares de Madrid. Paseamos por las calles vestidos de gala y con un botellín de cerveza en la mano. Acabamos viendo amanecer sentados en la hierba del paseo de Recoletos, con los pies metidos en el agua de la fuente. Desde entonces mantenemos el contacto. Nos seguimos por las redes sociales, nos decimos cosas bonitas e intercambiamos información de nuestros respectivos países. En una ocasión entró en directo para hablar de su proyecto con niños de la favela Rocinha, una de las más saturadas, que buscaba desvincular el estigma social de pertenecer a una favela a través de un programa de radio donde los chavales, además de desempeñar tareas de responsabilidad, se acercan a la sociedad.

Fuera hace un día precioso. Pienso que correr me vendrá bien y me quitará un poco de angustia. Me visto de deporte y me voy. Entro al parque por la puerta de Hernani para recorrer el perímetro del mismo. Acelero porque hace un poco de fresco. Empiezo a sudar y la mezcla con el frío me pone mal cuerpo. Me paro. Respiro con dificultad y miro a los otros corredores; son las nueve y media de la mañana y estoy aquí. ¿Por qué nadie me da un abrazo y me pregunta quién o qué me ha hecho tanto daño? ¿Estaremos todos igual de rotos?

Yo pensé que mi vida empezaría a ordenarse al mismo tiempo que yo ordenara las cosas que traje a mi nueva casa en cajas. Pero los días pasan y cada vez estoy más perdida. No quiero la vida de antes, pero estoy tan descolocada que ahora no sé qué vida llevar. Me pongo a llorar y decido volver a casa. Un segundo café seguro que me reconforta. Me saca de mi estado de ánimo el teléfono que suena y que llevo en el brazo.

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Te he despertado? —Es Lola.

—Más o menos —mascullo—. Vamos..., que ya me he levantado, pero que estoy más o menos.

—Mira, quiero que vengas a cenar a casa esta noche. Nos vamos a juntar un grupo muy divertido.

Le digo que muchas gracias pero que no creo que pueda, que tengo mucho que hacer. Insiste tanto y me encuentro tan mal que accedo a estar allí a las nueve y media y pregunto si tengo que llevar algo.

Me han pedido encarecidamente que no me retrase. Me lo tomo tan en serio que llego la primera. He tardado casi tres cuartos de hora en elegir la ropa. Tengo el armario lleno y nada que ponerme. Repleto de vestidos y tacones. De zapatillas y conjuntos de deporte. Nada que se mantenga en terreno neutral. Se lo cuento a mi amiga que, al tiempo que me acaricia el pelo, me dice que estoy preciosa así, que el vestido negro que llevo es tan sencillo como bonito. Le doy un abrazo y su marido nos pide que no sigamos, que hay niñas delante. He comprado pan ecológico, aceite de romero y una docena de rosas blancas que a Lola le encantan.

Las niñas se vuelven locas con las flores. La pequeña Marieta acerca su naricita y exclama que huelen muy bien, mientras pregunta a su madre si se puede poner una en el pelo. Yo ya se la he cortado y me dispongo a hacer lo mismo con otras dos porque, como era de esperar, las mayores han pensado que la idea era fantástica. Manipulo el tallo con delicadeza y mi mente viaja a Kenia, el país de procedencia del ramo, el cuarto exportador de flores del mundo. El setenta por ciento de su producción se concentra alrededor del lago Karituri, donde más de dos mil familias viven en la pobreza y trabajan en los invernaderos. No hay multas para los productores que contaminan ni para los que perjudican la salud de quienes respiran abonos y pesticidas. El sindicalismo está castigado con el despido y cada día se producen ataques sexuales que quedan impunes. Por doce horas de trabajo cobran unos treinta y tres céntimos de euro al día. El ramo de rosas de Kenia me ha costado esta mañana treinta y cinco euros.

De nuevo asoma la paradoja: la belleza de la rosa y la fealdad de lo que hacemos los hombres.

Mi amiga entra en la cocina con un chico que me quiere presentar y me saca de mis pensamientos. Nos damos dos besos y Marieta tira de mí, está muy excitada: han preparado una *performance* y yo soy la encargada de presentar el *show* y darle al *play*.

—Con todos ustedes: las rubias.

Las rubias, que así se hacen llamar en su pequeño mundo artístico, bailan una conocida canción de una película infantil que aparentemente ha vuelto locos a todos los niños de una parte del mundo. Que yo no conozco, claro.

Grabo un vídeo con mi móvil y se lo envió a Anita junto con una nota de voz en la que le mando un beso. Le hará mucha ilusión ver lo mucho que han crecido y lo graciosas que están.

Se quitan las pelucas, reciben los aplausos y Pablo, su padre, se coloca en medio del salón y manifiesta que da gusto comprobar que al menos sirven para distraer a los invitados, un comentario que se celebra con risas y que es evidente que a mi amiga no le hace ninguna gracia; se le nota. Recuerdo las palabras del filósofo y sociólogo Zygmunt Bauman: «En nuestra época, los hijos son ante todo y fundamentalmente un objeto de consumo emocional», pero no las comparto con los asistentes. Discuten quién de los dos las llevará a la cama. Le toca a Pablo, Lola se ha pasado todo el día en la cocina preparando la velada.

Es hora de sentarnos a cenar, así que observo la mesa y recuerdo aquel acertadísimo artículo que escribió Santiago J. Santamaría en El País. En él hablaba de la importancia de aplicar la geoestrategia en la mesa de Nochevieja. De manera que ahora yo aplico la mía. Empiezo por alejarme de Pablo, que es el hegemon y lo noto un poco tenso. En cuanto empiece a beber va a ejercer de gobernante de la casa, a lo Estados Unidos, y va a politizar la cena. Tampoco me quiero poner cerca de Óscar, el mejor amigo de Pablo, un tipo machista que disfruta provocándome con sus chistes racistas y xenófobos, que representa a Arabia Saudí: no respeta los derechos humanos, no cae bien a nadie, pero cuya enemistad no podemos permitirnos. Pienso que es vital sentar a Lola lejos de su marido: hay bastante tensión entre ellos y de un momento a otro puede estallar el conflicto latente y darnos la cena a todos. Descarto colocarme al lado de mi amiga, en ese caso estaría más sola que un país con un gobierno frágil. No hará otra cosa que levantarse a la cocina para comprobar cómo va el horno. Considero la opción de la mujer de Óscar, que podría ser Jordania. Un país que más o menos cae bien porque no tiene mucho poder y no exporta las miserias, pero que para tapar sus problemas habla mucho de lo que tiene y eso cansa. Asumo el riesgo de pasarme toda la noche oyendo hablar de sus hijos, porque hay dos parejas más a las que no conozco, y voy a tener que esforzarme con la diplomacia.

Como apátrida desvalida entre países emparejados, no me enteré de que Lola estaba también aplicando la geoestrategia y antes de que pudiera poner en marcha mi misión de mantenimiento de la paz, ya me había colocado al lado del chico que me había presentado en la cocina. Sospecho que hay intereses ocultos. Quieren que conspiremos entre nosotros y que acabemos



realizando algún tipo de intercambio. Somos el futuro de sus alianzas: una potencia emergente.

Se llama Javier, es un amigo de Pablo del gimnasio. Es abogado. Le parece muy original que yo sea periodista radiofónica. Que ya decía él que tengo una voz bonita. Me pregunta si hablo. Le pido disculpas: no entiendo su pregunta.

—¿¡Que si hablas por la radio!?

No es que no tenga sentido; es que encuentro un poco torpe la manera de formularla.

—Claro, claro, todo el rato —contesto con igual torpeza.

Al menos, el pobre intenta que tengamos una conversación. Es guapo y resulta algo simpático, pero lo único que tenemos en común es que los dos estamos solteros. Dos países independientes forzados por la diplomacia de la convención social a entenderse.

Sirven unos entrantes, un pescado y un flan casero. Después pasamos a las copas y empiezan a aflorar los conflictos territoriales: las mujeres se quejan de lo poco que colaboran los hombres en casa y ellos de lo cansados que llegan. Los dos solteros escuchamos el sonido de las bombas desde nuestras fronteras.

Pablo está especialmente duro con mi amiga. Habla de lo guapa que era. De lo lista y generosa que era. Lo hace todo el tiempo en pasado y lamenta que el matrimonio cambie tanto a las mujeres. Ellos asienten. Ellas callan. Lola tiene los ojos llenos de lágrimas. De pronto recuerdo que no soy secretaria general de la ONU y que yo no tengo un mandato de no injerencia, así que me levanto de un salto e intervengo llevándomelo a la cocina con la excusa de que me tengo que marchar y quiero dejarles la cocina recogida. Los demás siguen bebiendo en el salón. Mientras metemos los cacharros en el lavaplatos continúa quejándose. Al menos, me digo, nadie más escucha.

—Te juro, Pita, que no puedo más. Estoy al límite. Cualquier día de estos me marchó. Mi mujer me odia y yo la odio a ella.

Está muy enfadado y, obviamente, muy borracho. Le pido que no hable así. Le recuerdo lo mucho que se han querido siempre y lo mucho que ha bebido esta noche. Me dice que me calle, que no tengo ni idea de nada. Que siempre he hecho lo que me ha dado la gana, con pareja y sin pareja. Que el único problema que tengo es qué ropa me voy a poner hoy.

Me quedo helada. No me hace daño lo que dice, porque sé que no lo piensa, pero sí cómo lo dice.

—Solo vive por y para sus hijas. Es que ya no quiere ni que la toque, ¿sabes? Hace seis meses que no echamos un polvo.

Le invito a que se pregunte si ha depositado en ella toda la carga del hogar, si sus conversaciones se han reducido a frases, si tiene en cuenta sus opiniones o las tira por tierra delante de otras personas, como acaba de hacer esta noche.

—¿De verdad piensas que después de recibir todas esas agresiones le va a hacer el amor a su enemigo?

Me pongo de tan mala leche que se me cae al suelo el vaso que tengo en la mano. Los cristales saltan como lágrimas de rabia. Recojo los pedazos, me pido un Cabify, me despido de todo el mundo desde la puerta y me marchó.

Es domingo por la mañana. Mientras me preparo el café me prometo a mí misma no volver a beber en toda mi vida. No lo cumpliré. Tengo tres WhatsApp:

Uno de André:

Mi amooooooooooooor... Iré a Madrid en unos días y podremos terminar lo que dejamos a medias.

Esta noticia me llena de alegría y me cambia un poco el comienzo del día. Otro de Lola:

Gracias por venir. Siento que se estropeará la noche (emoji de ramo de flores).

Y un tercero de papá:

Me ha dicho un pajarito que anoche conociste a un chico muy mono.

¡No me lo puedo creer! Mejor dicho, claro que puedo. ¡Papá y Lola! ¡El

soltero!

¿Es tan guapo como dice tu amiga? 😊

No contesto. Me doy una ducha y bajo a la calle a por el periódico. Estoy muy enfadada con Lola. De mi padre esperaba que pudiera hacerme algo así, pero de ella no. Hace solo dos meses que me separé. ¿Es que nadie me ve? ¿Nadie entiende que estoy perdida? ¿Que necesito mi tiempo para encontrarme?

En Instagram y por privado veo que André me ha mandado la foto de un amanecer en el Pan de Azúcar, con el siguiente mensaje:

Só quero dizer que você é minha pessoa mais favorita do mundo.

Me hace sonreír. Le doy a me gusta.

Me comprometo conmigo misma a no tener en cuenta la noche del sábado en ninguno de sus aspectos y a adelantar trabajo para la semana. Me siento a escribir las entrevistas que tengo pendientes y recibo otro WhatsApp, esta vez viene de un número desconocido.

Hola, voz bonita.

No es un contacto de mi agenda. No tengo ni la menor idea de quién puede ser, y no me hace ninguna gracia. Y menos hoy, que estoy de muy mal humor. No contesto y sigo trabajando. Veinte minutos más tarde, mi móvil vibra por un nuevo mensaje.

Ya sé que la de ayer no fue nuestra mejor noche, pero podemos mejorarla.

No, me digo en alto: ¡el que faltaba!

Llamo a Lola:

—¿¡No le habrás dado mi número a tu amigo!? ¿No? O para ser más exactas: ¡al amigo de tu marido!

—¿Habéis hablado? —pregunta con timidez—. Perdona, Pita, es que me he dejado llevar. Tu padre y yo pensamos que tienes que coger las riendas de tu vida ya y te vemos tan sola que hemos pensado que una alegría no te vendría mal. Es muy guapo. ¿No te gusta?

—La belleza atrae, el contenido convence, que decimos en periodismo.

—Lo siento mucho, Pita. Ha sido sin mala intención. Tengo problemas, ¿sabes?

—Sí, ya intuyo que los tienes. No pasa nada.

—Oye, Pita, ¿no conocerás a alguien al que le sobre un carrito de bebé? Necesito uno para una mamá de mi blog.

—No. Lo siento. Ya hablaremos, Lola. Un beso.

Dos nuevos mensajes sin leer:

Soy el abogado de anoche.

¿Me recuerdas? Jeje.

Por defecto, odio las frases que van a acompañadas de un jeje. En realidad odio todas las palabras de esa frase. Y odio intercambiar mensajes con un desconocido, como si me faltaran habilidades sociales o tuviera quince años.

Él: Qué... ¿te animas a mejorar la noche?  
No creo que tengamos que esforzarnos mucho 😊

Yo: Hola. Qué tal. Lo cierto es que me pillas trabajando. Muchas gracias, pero no voy a poder.

Él: ¿Qué tal mañana?

Yo: Entre semana trabajo.

Él: En la radio, trabajas en la radio. Que me acuerdo de todo. Pero trabajas por la mañana. Jeje.

Yo: Sí. Gracias por la invitación. Lo siento, no puedo.

El siguiente mensaje es mucho más largo y en él me explica que ha leído algo en un suplemento que le ha despertado la curiosidad por mí. Adjunta el *link* a una columna que ojeo por encima y en la que se le explica a un hombre lo que le espera si sale con una periodista:

«... con ellas se habla de todo, no se incomodan con los silencios. Creen que la vida es interesante y que detrás de todo hay una noticia. Sus horarios son extraños y les condicionan la vida social. No desconectan de la actualidad ni en vacaciones. Tienen entradas gratis para los espectáculos de moda. Escuchan la radio. ¡Las noticias! Cuidado con las faltas de ortografía, un “haber si nos vemos” hará que dejen de quererte al momento. Son divertidas, dicharacheras y suelen estar buenas...».

La fuente es una revista dirigida al público masculino. ¿Será posible que en mi primer tonto de *single* ya me estén cosificando? Pienso que casi habría preferido que se hubiera leído Territorio Comanche, especialmente la parte donde salen a relucir las tres «D» del periodista: Divorciado, Demente y Dipsómano.

Contesto:

Yo: Yo no soy de esas. Lo siento.

Él: No me lo pones fácil, ¿eh?

Yo: Pues no insistas. De verdad que tengo mucho que hacer. No puedo.

Él: Oye, que es solo una cita. No te estoy pidiendo matrimonio.

Desde adolescente la tía Teresa me aconseja que cuando se tiene claro el mensaje y queremos que nos entiendan, hay que comunicarlo de manera firme y directa, evitando ir por las ramas.

Yo: NO GRACIAS.

Punto y final de la conversación. No volvió a escribir más.

A partir de hoy, me comprometo a no gastar pólvora en guerrillas.

## 7. Paciencia

Los periodistas estamos siempre mirando a través del retrovisor de la vida, no solo para entender de dónde venimos, sino también para recordarnos que esta siempre acaba por abrirse paso. Recordarnos también que el hecho de que una historia no ocupe las primeras páginas de los periódicos no significa que no sea noticia.

En la reunión de aquel lunes, pensando en posibles temas para la semana, buscamos efemérides y Marta comunicó que en agosto se cumplirían dos años de que el ébola entró en Europa causando su primera víctima mortal española: el religioso Miguel Pajares. Buscando una mirada lateral de la noticia, es decir, tratando de acercarnos a la misma desde un punto de vista que no se hubiera tocado, repasamos aquellos pasados días de verano en los que los temas se nos caían de la antena ante la urgencia de la epidemia que venía de la pobreza. Número de víctimas, recomendaciones de la OMS, comunicados ante el peligro sanitario, tertulias, alarma social. Voces que no siempre recibían el mejor tratamiento, sobre todo debido a las prisas (el gran enemigo del informador), llenaban los minutos de radio.

En plena tormenta de ideas, alguien nombró a la hermana Paciencia, una monja guineana que trabajaba en el Hospital San José de Monrovia junto al religioso Pajares, al que el Gobierno español decidió repatriar cuando se contagió. Un avión medicalizado del Ejército del Aire voló a Liberia para traérselo a Madrid junto a la hermana Juliana Bohi, de origen guineano pero con nacionalidad española. La operación del Gobierno solo contemplaba la «repatriación de los españoles», así que dejaron allí a Paciencia.

Estaba desahuciada pero sobrevivió.

Burocráticamente hablando, uno de los gestos más vergonzosos que ha cometido el Estado en los últimos años se completó con una atrevida petición, una vez que se supo que había sobrevivido, de que donara su plasma para la curación de los otros enfermos, entre ellos el hermano Manuel García Viejo,

que falleció, y la enfermera Teresa Romero, a la que probablemente la sangre de la religiosa le salvó la vida.

En esta profesión es importante hacerse muchas preguntas y aquel día nos las hicimos unos a otros en alto, sentados alrededor de la mesa de reuniones, entre teléfonos móviles y tableta, cuadernos y recortes de periódico, mientras compartíamos media tortilla de patatas, que algunos comían con las manos. Cuando se alargan estas reuniones y el hambre aprieta, perdemos las formas.

«Esta es una profesión de guarros», que diría Juancho, un histórico de la radio que está a punto de jubilarse y que va por la redacción haciendo observaciones sobre lo que ve. En esta ocasión razón no le faltaba.

¿Qué sería de la hermana Melgar? ¿Seguiría en Liberia trabajando con enfermos de ébola, ahora que era inmune al virus? ¿Por qué no hemos sabido nada de ella? ¿Querría hablar con un medio español, teniendo en cuenta lo indignos e inhumanos que fuimos con ella?

Tras varios *e-mails* y dos llamadas a la congregación religiosa a la que pertenecía, Quintanas localizó a la monja. Ya no ejercía de enfermera y había sido trasladada a Guinea Ecuatorial. Supongo que el perdón es una de las grandes obligaciones de una monja; aun así pensé que era muy valiente al concedernos una entrevista.

Para darle paso en antena, le pusimos una alfombra roja. Hicimos un montaje sonoro con fragmentos de noticias sobre el ébola, testimonios de las zonas más afectadas por el virus y la voz de algunos de sus compañeros. De fondo sonaba una preciosa canción africana.

Un recurso radiofónico que editamos con sensibilidad para darle la bienvenida y que sintiera que este iba a ser un espacio cómodo desde el que sincerarse.

Estamos en el aire.

Suena el montaje y levanto la mano derecha formando la L con el índice y el pulgar, que indica al técnico que abra el micrófono.

Paciencia Melgar, superviviente del ébola, compañera del hermano Pajares. Nos atiende esta mañana de miércoles desde Guinea Ecuatorial. ¿Cómo está usted, después de todo este tiempo?

Todavía estoy asimilando las pérdidas. Este ha sido el año de ausencia de mis compañeros de misión. Parece mentira que haya perdido a tantas personas queridas y con las que he luchado tanto. Nosotros dábamos lo mejor de nosotros mismos para que otros pudieran tener una vida digna hasta que llegó esta enfermedad y destruyó todo el trabajo que habíamos hecho.

Aun así valoro el haber tenido aquella experiencia con personas tan buenas como el padre Pajares, la hermana Chantal, el hermano Patrick y también, por qué no, el hermano García, que se encontraba en Sierra Leona, y



cuatro compañeros de trabajo que también se fueron. Me entristece pensarlo, pero quedan los buenos recuerdos y eso es lo que tengo. Les echo de menos.

Hermana, usted superó la enfermedad sola, en Liberia. No fue repatriada porque no era española. Estuvo esperando a que llegara un avión y ese avión no se la llevó a usted.

Así fue..., solo se llevó a los que eran españoles. No había otra opción. Yo me quedé, como dice, esperando. Estaba totalmente entregada a morir o lo que fuera. Solo tenía que esperar y fue en esa espera cuando vi algo que brillaba al final del túnel. Y por fin pude salir de aquel lugar, sana y viva, y de verdad que doy gracias a Dios y también a tantas personas que aun estando lejos me han mostrado su cariño. Hay gente buena en la vida. La verdad es que en nuestro mundo hay mucha gente buena, solo que lo negativo sobresa más.

Es usted una mujer valiente y muy generosa porque no guarda rencor al país que la dejó sola, no sé si es por esa fe que siente...

No creo que sea valiente. Esta ha sido una experiencia más. He visto cómo las indiferencias de nuestro mundo nos llevan a cometer errores. Errores que forman parte del ser humano. Construimos leyes pensando que son buenas porque ayudan al ser humano en sus actos, pero a veces se vuelven en nuestra contra. Yo no podía hacer nada. Solamente aceptar y dejarlo todo en la mano de Dios. Creo que estos errores nos ayudan a mejorar. Todos estamos llamados a dar lo mejor de nosotros a las personas, sin importar la raza o la religión. No le guardo rencor a nadie.

Me lleva unos segundos comprender que no haga referencia a su fe, a lo que le exige, pero rápidamente entiendo que es algo muy natural para ella y que no necesita justificar su perdón. Está clarísimo: no es su prioridad.

Sinceramente, yo había planteado esta entrevista desde la perspectiva del perdón, pero los encuentros son así, una propone y es la otra voz la que dispone.

Me decepciono un poco, pero no va a servir de nada insistir y preguntarle a una religiosa, una y otra vez, por qué ha perdonado. Para ella este gesto no tiene importancia. A no ser que a quien tengas delante sea un político, que entonces no hay que dejar que se salga con la suya, cuando haces una entrevista no solo hay que pensar rápido, sino que también hay que saber rendirse y yo..., yo soy una buena perdedora.

Su prioridad sigue siendo África, así que decido seguir preguntando en esa dirección.

¿Volvería a Liberia, a trabajar con enfermos de ébola?

Es lo que siempre he dicho... Si todo dependiera solo de mí, habría estado allí hace tiempo, pero yo sola no puedo. Nosotras vivimos en comunidad para la misión. Eso depende de mis superiores, que son las que van a decidir cuándo vamos a volver para continuar trabajando.

Hermana, ¿qué significó que el ébola llegase a Europa? ¿Qué ha supuesto para África?

Un alivio. No es la primera vez que esta enfermedad brota en África, algunos dicen que fue en 1976, pero durante todo este tiempo no se ha tenido

en cuenta. Brotó en tres países a la vez y arrasó la vida de muchas personas. Como somos seres en continuo movimiento, llegó a Europa y a América. Por eso, todo el mundo se ha enterado de su existencia y por fin se ha tomado una decisión de solidaridad y de lucha. La búsqueda de una vacuna, eso es lo positivo.

Hermana, está claro que su suero ayudó a salvar la vida de la auxiliar de enfermería Teresa Romero. ¿Han hablado, se han conocido personalmente?

Pues desgraciadamente no. No hemos hablado por teléfono ni nos hemos visto.

He leído que hoy usted no está infectada, pero sí afectada. ¿En qué sentido, hermana?

Se han perdido muchas vidas y eso ha dejado una huella profunda, muchos niños huérfanos, muchas personas aisladas, estigmatizadas. Eso afecta.

Debemos ser sensibles a esta realidad y debemos ayudar. Esta enfermedad ha hundido economías, ha cerrado hospitales, escuelas. Esto es para que una se sienta afectada.

Aquí queda el mensaje de la monja guineana Paciencia Melgar. Muchas gracias por atendernos. Gracias.

Gracias por contactar conmigo.

La hermana Paciencia nos ha dado las gracias por contactar. Todavía nos ha dado las gracias.

El sonido ha sido más que aceptable aunque la conversación no haya ido por donde yo quería, pero me doy por satisfecha. Todo el equipo lo hace.

Los que estaban en la pecera corren a la redacción porque lo que ha sonado en la radio hay que colgarlo inmediatamente en la web y además hay que pensar ya en el programa de mañana.

Me tomo unos minutos para salir a la terraza. Nunca me canso de mirar el *skyline* de Madrid, que suele recortar el cesto de contaminación que habitualmente respiramos.

Hago una foto con el móvil que envío a André con un comentario:

Madrid te espera. Yo te espero. Te adoro.

Observo El Retiro y pienso que hoy no iré a correr. No quiero meterme en los pulmones dióxido de nitrógeno. Mentira, sé que iré, respire lo que respire. En cuanto ponga un pie en casa, estaré deseando salir.

Pienso en la hermana. Tras sobrevivir, pasó veintiún días en cuarentena hasta confirmar que había ganado la batalla y lo primero que hizo al salir del hospital fue volar a España.

Su recuperación la convirtió en valiosa.

Pienso en las paradojas del mundo contemporáneo: Paciencia, una monja de cuarenta y siete años de edad, pasó de ser abandonada a convertirse en una esperanza. Su plasma de ganadora es uno de los tratamientos experimentales autorizados por la Organización Mundial de la Salud.

Su sangre no salvó a García Viejo, pero sí a Teresa Romero.

Me pregunté cómo era posible que la receptora no le hubiera dado las gracias nada más recuperar la vida, que no se las hubiera dado más de mil veces, que ni siquiera hubieran hablado.

Supuse que le dolía el hecho de no haber podido salvar también la vida de García Viejo.

Me cuestioné si de verdad no siente rencor hacia esta parte del mundo, injusta con los empobrecidos, acomodada en un sistema neoliberal que la reconoció solo cuando se convirtió en algo sustancioso.

## 8. Hombres de traje oscuro

Estoy esperando a que me avisen cuando quede un estudio y un técnico libres. Vamos a grabar ahora la sección de cine del próximo lunes ya que nuestro experto estará entonces en un festival de cine y su horario coincide con el pase para prensa de una de las películas que se llevará galardón. Conectaremos en directo vía teléfono con él, pero será después de emitir su espacio grabado. Me he subido con los periódicos a la cafetería, para no estar en medio del ruido de la redacción y tener un minuto de tranquilidad, pero estoy pendiente del WhatsApp. Como buena chica de mi tiempo, tengo decenas de grupos. El de la familia, el que formo con las tías (y que papá desconoce, aunque a veces sugiere que sabe que existe), el de las amigas del gimnasio, el de compañeros de la universidad, el de amigas y cuatro más de la radio, por poner algunos ejemplos. El más activo, después del de la familia, es en el que estamos todos los miembros del programa y al que bautice como Sorpasso, en referencia a esa palabra —concepto con la que nos llenamos la boca los periodistas en aquellas elecciones en las que un partido político, entonces emergente, casi adelanta al segundo más votado del país—. Me divierte mucho lo pesados que podemos llegar a ser los comunicadores cuando descubrimos algo. En Sorpasso comentamos noticias, hacemos sugerencias de contenidos, manifestamos dudas, peticiones. No hay distinción entre lo personal y lo laboral. Enviamos fotos, vídeos, canciones. No supimos poner el límite a tiempo y ya es demasiado tarde.

Ahora trato de concentrarme en el periódico, pero no dejan de llegarme cosas. En este momento tengo que abrir dos vídeos que se han convertido en virales y en los que una actriz y un actor famosos reinterpretan, de manera cómica, la mítica escena de Cantando bajo la lluvia. Me da mucha pereza, pero es necesario que lo haga para luego comentarlos.

Me escribe André. Me sugiere que siga en Instagram a *Mr. Boo*, un fantasma de sábana que tiene millones de seguidores y se fotografía haciendo cosas de mortales, tales como cenar en un restaurante o correr en la cinta del

gimnasio. Añade que me recomendaría otras cuentas, pero que sabe que soy una chica fina y no quiere escandalizarme con los chicazos a los que sigue él.

Le respondo que es muy amable y que recuerde que le sigo a él, así que sería raro que a estas alturas me escandalizase de ver hombres en calzoncillos.

Me pregunta si le he conseguido ya un novio español. Le digo que estaba a punto, pero que me ha interrumpido su mensaje y una grabación que debo realizar. Me despido con un beso.

Pienso en lo que acaba de decirme, lo del novio, y por primera vez desde que me separé me pregunto si volveré a tenerlo. Si seré capaz de contarle mi vida a otra persona. Si tendré ganas de que él me cuente la suya. Si sabré seducir y si dejaré que me seduzcan.

¿Y si empiezan a gustarme las chicas? En nuestro tiempo todavía reina una presunción de heterosexualidad, pero yo estoy rodeada de gais y para mí la homosexualidad siempre ha sido algo muy natural. Sonrío imaginando que a papá eso lo mataría. Le caen mal las lesbianas. Esa es otra de sus paradojas. Dice que no las entiende.

Últimamente pienso mucho en Juan.

Hasta hace unos años, en las instalaciones de la radio, era natural compartir espacio con hombres vestidos de traje oscuro que no eran periodistas. Podían verse en la cafetería, la terraza, la redacción. No sé muy bien por qué de ellos no se acuerda todo el mundo. Quizá por lo discretos que eran o porque no se relacionaban mucho.

Dependiendo del día había más o menos. Se les oía más o menos.

Pasaban desapercibidos y sin embargo su importancia era capital. De su protección dependía la vida de muchos periodistas. La gran mayoría de ellos, amenazados de muerte por la banda terrorista ETA. Los escoltas los acompañaban en su trabajo diario manteniendo una distancia prudencial.

Aunque no siempre obtenía respuesta, yo los saludaba a todos. Con uno de ellos desarrollé una complicidad que se mantiene hasta el día de hoy.

Parece que aún lo estoy viendo sonreír mientras bajaba la escalera y miraba a todas partes para controlar el espacio.

Juan se levantaba temprano, salía impecable de casa, arrancaba el coche de su escoltado después de revisarlo escrupulosamente y lo recogía en su domicilio. Siempre puntual, le abría la puerta con unos escuetos buenos días para no importunarlo y le ponía la radio para que escuchara las primeras informaciones del día, bajándole el sonido siempre que sonaba el móvil.

Lo dejaba en la puerta de la emisora y aparcaba el coche en el *parking*. Subía y permanecía allí hasta que el protegido se marchaba. Lo acompañaba

durante todo el día y a veces parte de la noche. Si acudía a un evento privado o público, lo esperaba pacientemente en la puerta junto a otros escoltas.

Aunque nunca hablamos de ello, sé que oía sin escuchar. Veía sin mirar. Y después, olvidaba cada uno de los secretos que le eran revelados.

Esta era su vida cuando nos conocimos en la cafetería de la radio. Entonces era muy guapo y hoy lo es todavía más. A un cuerpo trabajado en el deporte y a una altura de casi dos metros le acompañan una mirada bondadosa que contrasta con la actitud de frialdad de quien protege la vida de otro y que debe mantener a lo largo de una interminable jornada laboral.

A fuerza de coincidir casi todos los días a la misma hora, empezamos a hablar. Bueno, empecé yo. No es que quisiera ligar, estaba en pareja y sobre todo tenía otras cosas mucho más urgentes que resolver, pero Juan está tremendo y las miradas que nos cruzábamos me producían mucha curiosidad. Compartíamos café y al principio manteníamos conversaciones banales sobre música, teatro..., acerca de las personalidades que yo entrevistaba. Después, de la vida en general y siempre con un ojo puesto en la puerta. Cuando tocábamos la política, las preguntas las hacía él. Nunca daba su opinión. Y yo lo entendía. Cualquier cosa que saliera de su boca no solo le representaba a él. Por lo menos en este espacio que compartíamos.

Pronto, los compañeros, los sin traje y los con traje, empezaron a mirarnos con otros ojos y a comentar lo extraño de nuestra relación, así que me propuso tomar el café en la calle para dejar de ser el centro de atención. Cerca de la radio y siempre de manera improvisada.

—Pita..., ¿café?

Yo, por supuesto, adapté mi agenda a la suya, que era la de su protegido.

Al alejarnos de las miradas y los oídos, las conversaciones se hicieron más cercanas. Nos sentábamos mucho más pegados, nos tocábamos con confianza y nos reíamos mucho. Todavía hoy es el hombre que mejor huele de este mundo.

Nos dijimos que estábamos en pareja y que la vida de ninguno de los dos era perfecta. Vidas de renuncias, de críticas y sobre todo de reproches. Reproches a nuestros horarios y dedicación. Pero no nos detuvimos demasiado en esa parte.

¿Sabes cuando estás con alguien que te hace sentir especial? Pues eso.

No por falta de ganas, al menos por mi parte, nunca fuimos más allá de esos encuentros. Nunca quedamos fuera del horario laboral. Nunca pasamos de una caricia de amigo, de un abrazo o de un beso en la mejilla.

Durante años, en el Teatro Real, en el Liceo de Barcelona, en el Círculo de Bellas Artes, el Casino de Madrid o en cualquier otro espacio donde me tocara presentar un evento, en algún momento de la velada aparecía él por detrás, me ponía su mano en la espalda y me decía al oído:

—Eres la mejor y estás preciosa.

Y por unos minutos yo me sentía así: la más preciosa. La mejor. Sobre todo en este entorno en el que vivimos, donde el refuerzo positivo no es costumbre. Estoy segura de que en algún curso para directivos les han debido de decir que el halago debilita.

Su cariño, su compañía, su admiración y, por qué no decirlo, su protección me han acompañado durante décadas, y lo hicieron hasta que ETA anunció el cese definitivo de la violencia.

Políticos, magistrados, empresarios y periodistas empezaron a respirar libertad y miles de escoltas que durante los años de plomo fueron sus sombras se quedaron sin trabajo. Vinieron los ERE salvajes de las empresas de seguridad y el Ministerio del Interior incumplió las promesas de recolocación.

Todos y cada uno de ellos fueron desapareciendo de la radio de la misma forma que aparecieron: en silencio, con mucha discreción. Hoy no queda ninguno. Cuando viene un juez o un político a ser entrevistado, aparecen otros hombres de traje oscuro, pero estos son más ruidosos, lo revisan todo y si tienen que levantarte de la silla cuando estás trabajando, lo hacen. Es importante que se note que son y están.

Algunos lo pasaron muy mal. No siempre hay posibilidad de adaptarse a los tiempos. Muchos se reciclaron en empresas privadas y algunos se marcharon al Índico a proteger a los atuneros de los ataques piratas en el marco de la Operación Atalanta.

Juan se colocó con uno de esos empresarios que más que protección ve en su escolta un elemento de distinción.

De alguna manera le quiero. Siento que con su cariño me protege. Le admiro. Le respeto. Admiro su valentía y dedicación. Una valentía que es, en realidad, honestidad cuando reconoce que ha protegido a hombres que habría matado con sus propias manos.

Le respeto desde el día en el que, clavando sus ojos en los míos, se preguntó por el sentido de la frase dar la vida por alguien y lamentó que, a fuerza de usarla, no tuviera la misma intensidad para él que para nosotros.

Hoy he vuelto a pensar en Juan. Últimamente suelo hacerlo. Será porque me siento vulnerable. Porque empiezo a tener miedo o porque necesito que me vuelvan a hacer sentir especial. Juan me conecta con una etapa de mi vida

en la que sentía que todo lo que me pasaba era excitante. Una etapa en la que respiraba pensando que lo mejor estaba siempre por llegar. En la que no paraba de reír. No había cumplido los treinta y sabía lo que quería. Sabía quién era. Me sentía bonita, poderosa, una mujer que podía volar todo lo alto que quisiera en el amor y en el trabajo.

Cuando pienso en Juan me veo en sus ojos. Veo a la Pita que entonces era, joven y fuerte.

De vez en cuando me llega un WhatsApp suyo:

A light gray speech bubble with a drop shadow, containing the text "Pita, preciosa. Te estoy escuchando. ¿Un café?".

Pita, preciosa. Te estoy escuchando. ¿Un café?

Esto ocurre un par de veces al año. La última, tres meses atrás.

Yo arrastraba el peso de la culpa y el fracaso: ya me había separado emocionalmente de mi pareja.

No se lo conté. Tampoco quedé con él; le dije que estaba muy ocupada. No quise que me viera así de derrotada. Quería seguir siendo la mejor.

Seguir siendo preciosa.



## 9. Para escribir una novela

Dice el filósofo Manuel Cruz que el amor es el único lugar que nos queda para refugiarnos.

No está mal, parece un comienzo más que digno para la novela que me pide la editorial con la que publiqué hace dos años un libro de relatos cortos. Pensé que habían olvidado nuestra experiencia, que, por cierto, no fue precisamente un éxito de ventas.

—Pita, es que ya no se venden libros —me dice Carlos, el editor, con un café en la mano—. Aun así y todo, nosotros confiamos en tu retórica, en tus discursos. En la sensibilidad que tienes. En tu honestidad cuando escribes. Queremos que empieces hoy mismo una novela de amor.

Él habla y yo, que ya sabía que le iba a decir que «no tengo tiempo para escribir nada, pero que he venido porque me encanta verle y que me cuente cosas del mundo literario», me entretengo mirando su despacho. Tan blanco, tan limpio, tan luminoso... y tan lleno de libros con miles de historias a punto de ser descubiertas.

Sus palabras me hacen reaccionar:

—¿De amor has dicho? No. No puedo escribir sobre eso. Yo no creo en el amor. No sabría ni por dónde empezar.

—Pita, todo el mundo cree en el amor. Ese comentario suena más a pose que a otra cosa. Por amor nos levantamos cada día.

—Una cosa es que nos empuje, otra que creamos en su fuerza. Me parece que entre todos hemos elevado demasiado nuestras expectativas. Hace mucho que perdí la confianza en la fuerza del amor.

—Sí, Pita. Eso me gusta. Sigue hablando: la historia de una periodista que no cree en el amor y, al final de la novela, es este el que la redime. Estoy deseando que empieces este nuevo reto en tu carrera.

—Carlos, con la cantidad de buenos autores que llevas, me siento muy halagada con tu propuesta pero, perdona mi sinceridad, no creo que necesites la firma de una periodista como yo, que no vive grandes historias, que sale

poco de la emisora y que además está acostumbrada a escribir textos para que sean leídos en antena.

—Pita..., lo importante no es solo el estilo. Es la mirada. Quiero tu mirada narrativa. Me gusta el lugar desde donde miras. La valentía que tienes al mirar lo que no se quiere ver.

Me empiezo a inquietar y sobre todo a interesar; yo no sé decir que no a un reto y, ahora mismo, mi vida está tan limitada que comienzo a saborear la idea de tener algo que hacer, algo que no sea trabajar, ir a correr al Retiro y ver la cara de pena con la que me miran mis amigos, mientras me invitan a sus cenas de parejas. Pero de pronto me viene a la cabeza que en esta etapa de mi vida han aparecido los miedos.

—Yo no creo que sea capaz de relacionar mi mirada narrativa con la forma del relato.

—Pita..., búscala en tu experiencia.

—Carlos, perdóname, pero me encuentro en un momento vital algo delicado. No te lo había dicho, pero me acabo de separar y estoy aterrizando en este mundo de los singles, que me es muy ajeno, y con el que no me siento muy cómoda.

—¿Y por qué no escribir sobre esto? Pita, puede ser interesante. Bucea en este desconcierto.

—¡Ostras! No creo que deba alimentar mi narrativa con mis propios miedos. Con mi desconcierto. No quiero amargar a nadie. ¡Bastante tiene la gente con lo suyo!

—Pita, te esperamos. No tienes por qué comprometerte ahora. Dale una vuelta y volvemos a hablar. Por cierto, no puedes irte sin que te dé una novela maravillosa que acabamos de editar.

Nos damos un abrazo y me voy feliz con mi libro.

Salgo a la calle y descubro que las nubes han dejado paso al sol y que las terrazas están llenas de gente que sonrío.

La editorial está situada en pleno centro de la ciudad, frente a un parque. Decenas de niños juegan con la merienda en la mano y el jersey atado a la cintura. La calle suena a vida, pero yo estoy triste.

Anita me pide en un audio que le mande una foto de la ciudad en primavera. Extraña mucho esta época del año. Fotografío un edificio enmarcado por el cielo. De una de las ventanas se asoma una niña que sonrío

al verme. Me da penita que ya esté aquí la primavera y yo no me encuentre bien para recibirla.

En dos horas tengo una entrevista en la radio que, si no me equivoco, está relativamente cerca de aquí. Abro Google Maps y compruebo que si bajo andando toda la calle en línea recta, estaré allí en veinte minutos.

Me acuerdo de mi tía Julia y decido que me vendrá bien.

—Pita, es sanísimo caminar. A Gandhi, sin ir más lejos, le servía para entender la realidad y entrar en resistencia.

Ahora que me viene mi tía a la cabeza, me acuerdo de que debo tomar una decisión con respecto a si asistir o no a la manifestación feminista. Ayer me telefoneó indignada ante las declaraciones de cierto actor facha, así lo llamó, que aseguró en una entrevista para televisión que todas las feministas son viejas, feas, gordas, llevan el pelo corto y o son lesbianas o no están satisfechas sexualmente.

Le dije que había visto que era *trending topic* en Twitter pero que no había oído sus palabras. Me comunicó que estaban planeando manifestarse en contra de sus declaraciones y que movilizaban al colectivo, para demostrar que son muchas las feministas jóvenes y guapas y recordarle que la lucha de género es un asunto de todas.

Añado que no lo veo y me responde que no me entiende. No le veo futuro a la convocatoria. Sugiere que estoy de broma. Le recuerdo que tengo mucho que hacer. Me pide que vaya. Insisto en que no creo que pueda. Me exige que vaya. Me pregunta en tono alto que desde cuándo no soy feminista. Le digo que soy y seré siempre feminista. Que es una cuestión de derechos humanos, pero que lo único que me falta es demostrar mi compromiso con la lucha de género, con el rechazo a un actor de derechas mayor, que está en el ocaso de su carrera, de su vida y que probablemente no sabe ni lo que dice. Rebaja el tono y me pide que lo piense. Le digo que lo haré.

Es muy probable que vaya. Total, no me cuesta tanto complacerla y con mis tías no suelo entrar en resistencia.

Emprendo mi camino pensando en la conversación con el editor y empiezo a encontrar sexi la idea de escribir una novela. Me imagino sentada en mi estudio nuevo, ese que papá ha decorado con tanto gusto. En chándal, con mi café en la mano, de vez en cuando levanto la vista del ordenador y me detengo en la luz suave que entra por la ventana. Huele a primavera y suena una de las canciones *chill out* seleccionadas por mi padre y recogidas en una lista de Spotify que lleva por título: La novela de Pita. Nada mejor que un nuevo proyecto para empezar a caminar por una nueva vida.

Una buena oportunidad de pasar desapercibida entre mis amigos mientras trato de encontrarme. Una coartada perfecta para evitar esas cenas en las que, desde hace un mes, me sientan un soltero al lado que está tan asustado y tan cansado de contarle su vida a otro, como yo.

«Chicos. ¡Os quiero tanto! Muchas gracias por la invitación, pero tengo que escribir mi novela».

«Pita. Trabajas demasiado. Así no vas a encontrar pareja».

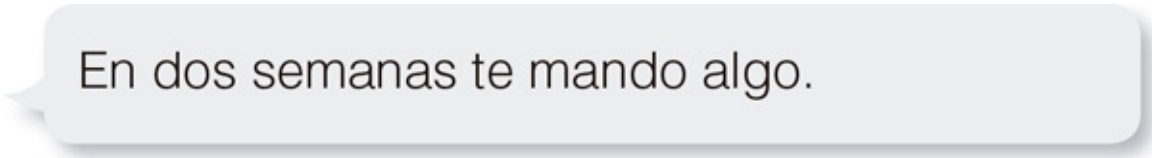
Radio. Running. Novela. Me emociono. ¿Será posible que, por fin, tenga un plan? ¡Como cuando era más joven! Entonces siempre tenía un plan.

Me cruzo con un grupo de adolescentes en uniforme: se ríen y se empujan mientras cruzan el semáforo en rojo. Y, de pronto, recuerdo que ya no soy la que era. Que ahora tengo miedo. Miedo a todo. A estar en pareja. A quedarme sola. A pasarme de valiente. A ser demasiado cobarde.

Me pregunto a quién le puede interesar una voz llena de miedo. ¿De qué voy a escribir, de mis nuevos miedos?

De pronto me vienen a la memoria las palabras de un destacado autor latinoamericano que había entrevistado hace unos días: «Un escritor no tiene otra cosa que su historia. Si no recurre a ella, estarás copiando lo que otros hacen».

Cojo mi móvil y le mando un WhatsApp a Carlos:



En dos semanas te mando algo.

Lo acompaño con dos emoticonos: el puño que golpea y un corazón.

## 10. La entrevista truncada

Normalmente me paso las mañanas en la radio, así que cuando me acerco fuera de mi horario, a todo el mundo le sorprende verme.

Me asomo al largo pasillo que divide en dos la redacción y pienso en lo diferente que es dependiendo de la hora. Son las seis de la tarde y ya hay menos gente, la luz que entra por las ventanas es más tenue. El ritmo, menos acelerado que por la mañana. Empiezo a andar y lanzo al vuelo un buenas tardes general, despersonalizado. Como mire, me paro a hablar y de ahí no hay quién me mueva. Llevo prisa.

—¿Qué pasa, quieres heredar la radio? —me dicen desde Deportes.

Sonrío y sigo andando. Pienso que esta frase tan española puede escucharse en cualquiera de las pequeñas y medianas empresas que tiene este país.

Cruzo Local, Internacional..., llego a Programas. Allí está Quintanas. En su mesa. De las pocas que no tiene mesa caliente, compartida. Por veteranía y porque pasa muchas horas aquí. La única de las de siempre que no ha hecho de su puesto de trabajo un altar, con fotos, dibujos, flores, libros apilados o botes de lápices. Cosas acumuladas una temporada tras otra.

—¿Qué tal hija? —No es madre, pero siempre me llama hija—. Llegas justa, Pita. Vamos al estudio. Te esperan.

—Ya. Es que tenía una reunión en la editorial. Voy a escribir un libro.

Pero no me escucha, cuando tiene algo en mente nunca lo hace.

—Para libros el de este. Ya te advierto que pese a las conversaciones que ya habéis tenido, la de hoy no va a ser una entrevista fácil.

He venido para grabar vía Skype a un español que pasó quince años en una prisión americana acusado de estafa. Le quitaron su patrimonio y perdió la custodia de sus dos hijas. Acaba de salir en libertad y va a llevar a los tribunales a la justicia americana, que presuntamente vulneró sus derechos en varias ocasiones.

Hollywood trasladará su historia al cine y está a punto de salir a la venta el libro que la recoge, algo que complica la calidad del encuentro, que se moverá entre lo que puede y debe decir y lo que no puede y no debe decir.

Nos ha costado mucho que acepte ser entrevistado y, sobre todo, que confíe en un periodista. He tenido que llamarle en dos ocasiones para entender de qué se puede hablar y qué no se puede tocar. Por Hollywood, porque ha firmado un contrato con los derechos de su historia, porque tiene una causa pendiente con la justicia y porque, sinceramente hablando, el tipo no está muy centrado. Ha pasado muchos años en la cárcel. Se entiende. Dice que dentro ha sufrido maltrato y vejaciones. Que ya no se fía de nadie.

Me meto en el estudio que previamente hemos reservado para la grabación. Saludo al técnico, un chico joven que lleva *look* de futbolista: el mismo corte de pelo y la misma ropa ajustada. No lo había visto hasta ahora que recuerdo que con el buen tiempo empiezan a llegar los primeros becarios. Le doy las buenas tardes, me presento, le pregunto su nombre y apellidos y le explico lo que vamos a grabar sin entrar en detalles. Es probable que ya lo haya hecho la productora, pero así le evito al chaval que meta la pata con alguna pregunta impertinente formulada desde la soberbia generacional, del tipo: ¿qué tengo que hacer aquí? o ¿esta que habla quién es?

En sus ojos veo una evidente falta de emoción. Los chicos de esta edad no oyen la radio y es muy probable que este, a la hora de elegir sus prácticas, haya escogido tele y le haya tocado radio. Aquí los selfies son menos atractivos.

Cuando haya dado muchas vueltas, solo entonces, entenderá lo pequeña y lo grande que es la radio.

Salgo de la pecera y entro en el estudio. Me siento, extiendo mis folios y me pongo los auriculares mientras observo por el cristal a Quintanas llamando a Nueva York.

Contesta y el técnico toma niveles.

—Dile que hable.

—Bueno, primero voy a saludarle —respondo yo con reprobación.

—Buenas tardes. Muchas gracias por atendernos. ¿Cómo se encuentra?

Me responde que no está mal, a pesar de que allí todavía hace frío y que está hasta arriba de trabajo.

Empiezo a repasar la entrevista con él. Es algo que nunca hago, pero quiero ganarme su confianza. Se le escucha muy nervioso. Me pide que le repita la primera pregunta. Me exige que cambie varias palabras que, por cierto, habían sido elegidas con sumo cuidado y consensuadas con parte de mi

equipo. Empiezo a pensar que igual no ha sido una buena idea lo de «ensayar».

Poco a poco su discurso se va volviendo más beligerante, más desordenado e incómodo de oír.

Sin venir a cuento me dice que le han intentado envenenar. Da nombres y apellidos. Mezcla el español con el inglés. Sube la voz y dice que yo no tengo ni idea de lo que es que te lo quiten todo. Que no te dejen ni hablar con tus hijas.

Cada vez que le repregunto algo, se pone histérico y me asegura que si voy a manipular sus respuestas, me cuelga el teléfono y me cambia la respuesta. Yo, con mi voz más suave, le aseguro que nadie va a manipular sus respuestas, que solo me estoy asegurando de que los dos «estemos cómodos».

Hemos puesto mucho empeño en esta entrevista, que es la primera que va a conceder a un medio español, pero me está costando mucho seguirle y entenderle. Doy por hecho que pasar por prisión debe de ser estresante, pero yo no tengo la culpa. En realidad, por qué no decirlo, me está costando mucho aguantarle.

Yo no he estado presa, pero tampoco me encuentro en mi mejor momento. Triste, desorientada y llena de miedos, me gustaría decirle que «aquí cada uno libra su propia batalla», pero no lo hago.

Sigue hablando y yo ya he desconectado. No puedo más. Él habla y habla de lo que quiere sin escuchar mis preguntas. Y, de pronto, de algún sitio que desconozco me sale una voz que dice:

—Mire, señor Gutiérrez. Nada más lejos de mi intención importunarle, robarle su tiempo. Su tiempo y el mío son muy valiosos, así que vamos a dejar aquí la conversación.

Tras un silencio, titubea y dice:

—No, vamos a ver, es que usted me aseguró que...

Ahora la que está nerviosa soy yo, me ha sacado de mis casillas. No le dejo terminar:

—Mire, le he enviado las preguntas por *e-mail*, me las ha mandado de vuelta corregidas. —Con bolígrafo rojo, por cierto, aunque eso no se lo dije—. Hemos hablado por teléfono dos veces durante horas para preparar este encuentro; aun así, señor Gutiérrez, no le noto cómodo. Acaso me equivoco: ¿está usted cómodo? —Sueno muy enfadada y esto me impresiona, no estoy acostumbrada a escucharme así.

—Bueno, yo...

Piso sus palabras:

—Es más que obvio que ninguno de los dos estamos cómodos. Por mi parte esperaré a que salga el libro y leeré su historia. Que tenga mucha suerte, señor Gutiérrez. Buenas tardes.

—Oook. *Goodbye* —titubea.

Me quito los auriculares con rabia y cuando levanto la cabeza me fijo en las caras de Quintanas y del técnico, que se miran con los ojos y la boca muy abiertos.

Entro en la pecera y el chico exclama:

—Joder, qué loco está el tío.

—Nunca juzgues a nadie que te vaya a contar su historia, aunque no llegue a hacerlo —le contesto—. Vámonos, Quintanas.

Lo sé. Sueno pedante, pero me da igual.

Salimos por el pasillo y le pido disculpas por no haber cerrado un trabajo que nos ha llevado días.

—Bueno, hija. Yo ya sabes que respeto tus decisiones. No era fácil y creo que después de emitirla nos iba a dar muchos problemas.

—Gracias, Quintanas. Bueno, me voy a casa que estoy un poco cargada.

Cruzo rápido el pasillo con la mirada al frente para evitar detenerme a hablar y me marchó. Salgo a la calle. Cierro los ojos y hago dos respiraciones profundas tal y como me enseñaron en yoga, para quitarme el nudo que tengo en el pecho, en el plexo solar, que diría la maestra. Me miro los pies y compruebo que voy bien calzada, así que emprendo el camino a casa andando.

Esta estación es fatal para calzarse: no vas bien ni en sandalias ni en botas. Hay que saber elegir para evitar que se te recalienten los pies, algo que detesto profundamente.

El nudo sigue ahí. Me va a venir bien caminar, que me dé el aire en la cara.

Mi nueva casa está relativamente cerca. A veinte minutos a pie, según el móvil. Todo cuesta abajo, aunque eso no lo pone en el móvil.

Me cruzo con las hordas de turistas que estos días llenan el centro. La primavera trae a Madrid un cielo azul precioso, niveles altos de contaminación y miles de visitantes de otros países. Trato de no ponerme en medio y estropearle la foto a una pareja que intenta retratarse con la Cibeles y el ayuntamiento. Noruegos. Seguro que son noruegos. No puedo evitar pensar en su nacionalidad. Es el juego al que jugamos papá y yo desde que era una niña. Por razones obvias, los aeropuertos son nuestro lugar favorito.



—Pita, ¡atención, reto! La pareja de la mesa de al lado... ¿País de procedencia?

—Austria —contesté yo.

Tendría unos diez años. Papá y yo íbamos a París.

—Alemania —dijo él.

Tras quince minutos de discusión, se levantó de la mesa y en un educado inglés les preguntó si podía saber de dónde eran.

—República Checa —respondieron ellos.

Desde aquel día lo hace siempre. Lo de levantarse y preguntar.

Estos son noruegos. Lo sé porque se les ve el vikingo en el cuerpo y porque en vez de cascos llevan gorras con la bandera del país. Argumentos que papá no habría dado por buenos, por simples. Eso me habría dicho. Eso y...

—Pita, hija, ¿te he dicho que los auténticos vikingos no llevaban cuernos en los cascos?

—Desde que estuviste en Oslo, varias veces, papá —habría contestado yo.

Miro hacia arriba y detengo la mirada en el cartel «*Refugees Welcome*». Pienso en las casi dieciséis mil personas que España se comprometió a traer desde los campamentos de Italia y Grecia, de las que solo han llegado dieciocho. Y pienso en si lo sabrán los noruegos y, si es así, qué pensarán de esto.

Me para un matrimonio mayor, él me pregunta por la Casa de América. Este reto es todavía más fácil. Las sandalias con calcetines blancos, el acento... Por lo menos él es británico.

«*Straight ahead, sir*», le respondo mientras señalo el edificio que tienen justo enfrente. Me pregunto que habrán votado: Brexit sí, Brexit no.

Mi padre se lo habría preguntado.

—Pita, hija, a la gente le encanta hablar. Ser protagonista de una historia.

Subo por el paseo de Recoletos y compruebo con alegría que se me ha pasado la angustia. Momento de pensar en lo sucedido con la entrevista. ¿Por qué he perdido la paciencia? ¿Qué me ha pasado? No podía con esa nueva voz exigente y demandante. Una más en esta vida, la mía, llena de voces. De ruido. La última vez que escuché mi voz fue cuando puse fin a mi matrimonio. Necesito volver a encontrarme. Escuchar mi propia voz.

## 11. La pena del pene

Cuando pasas de compartir tu vida a vivirla sola, el fin de semana se te echa encima.

En pareja solía imaginar mis viernes de soltera de otra manera: en mi casa, con la música puesta, tumbada en el sofá con una copa de vino y a punto de abrir un buen libro o de ver esa peli que tienes grabada y que todo el mundo te dice que es maravillosa. La imagen de mi cabeza tenía luz, colores bonitos, y hasta una banda sonora. La realidad es bien distinta: no vivo en un musical y me abrumba el silencio. Durante la semana estás tan cansada que deseas que el fin de semana llegue pronto, pero en cuanto asoma la nariz, te mueres de miedo pensando en qué vas a emplear todo ese tiempo libre.

Es viernes por la tarde y mientras entro en mi recién estrenada casa, me quito la chaqueta y pienso que tengo que hacer compra, ir al gimnasio y limpiar un poco, ya que, en contra de mi padre, he decidido no contratar una asistenta. Ya no hay camisas masculinas que planchar, así que no la necesito.

Todo eso lo haré mañana. Hoy no tengo ganas. La entrevista fallida me ha puesto de muy mal genio. Ahora tengo que aguantarme así toda la noche.

Por un segundo pienso que si tuviera hijos, todo esto sería más difícil pero paradójicamente más fácil. Ahora mismo estaría dando órdenes, estresada por los baños, los pijamas y las cenas sin tiempo de pensar en lo mío. En mi fracaso.

Ahora entiendo las palabras que me dedicó André cuando le conté que me estaba separando... «Hay que ser valiente para aceptar la libertad». Ahora es cuando entiendo el valor de las mismas.

Decido prepararme un baño, eso es lo que te aconsejan las revistas femeninas para resetear la mente.

Me salto el paso de las bombas relajantes, las velas y la música. Me da pereza toda esa producción. Lo único que quiero es meter la cabeza en el agua y quedarme ahí para siempre. Bueno, hoy me conformo con un rato.

Me sumerjo a toda velocidad en una bañera hasta arriba de agua calentita. Meto y saco la cabeza varias veces. Me siento bien ahí abajo. En silencio, escuchando el ruido que hace el agua al caer del grifo. Me quedo flotando con los ojos cerrados unos cuarenta minutos. Aburrida de tanto estar en remojo, alargo el brazo y enciendo la radio para sintonizar alguna emisora musical, por si tuviera la suerte de que pusieran una de esas canciones cuya letra da vergüenza ajena pero su ritmo te alegra la vida. No tengo suerte; ya han debido de poner a Enrique Iglesias. Pienso que podría meterme en Spotify y buscar una lista bonita de música relajante, pero me miro las manos arrugadas y salgo de un salto, decidiendo que se acabó el baño. Paso de Spotify. Me seco y me extiendo una crema hidratante, tal y como siempre leo en las revistas femeninas, para regalarte los minutos de placer que mereces después de un día lleno de obligaciones.

Con el pijama puesto me preparo un bol de cereales, me siento en el sofá a tomármelo y opto por dejarme de paliativos e ir directamente a la anestesia: encendiendo la tele.

Para una soltera de mi edad recién separada, encender la tele con el pijama puesto un viernes por la noche es bajar muy abajo. A no ser que tengas algún canal guay contratado, algo de lo que carezco, o alguna de esas plataformas guays que están en internet y en las que se pueden ver esas series de las que todo el mundo habla, algo que tampoco tengo. Vas con el mando pasando de un lado a otro mientras sientes pena de ti misma y piensas que quizá deberías haber aceptado la invitación de esa amiga, o de esa otra..., por muy cansada que estés o por muy poco que te apeteciera el plan.

Mientras trato de alejar estos pensamientos de mí, me detengo en un programa. Mejor dicho, en el *hashtag* que aparece en la pantalla: #LaPenaDelPene.

¿Será posible? Sí, es posible. Es un programa de corazón y están hablando del pene. De uno en concreto. Resulta que hay un grupo de personas que están entrevistando a un hombre que tendrá unos cuarenta años de edad, musculado y con el pelo rapado, que es actor porno y que ha participado en un reality.

Resulta que tiene un problema en su herramienta de trabajo.

Por lo visto padece una enfermedad llamada peyronie: por causas que se desconocen, en el interior del pene se forman unas placas fibrosas y al producirse una erección este se dobla con mucho dolor.

Explica que cuando se rueda una escena porno, hay que inclinarse mucho hacia delante para que sean los genitales los que queden en primer plano y que es justo en ese momento, en plena erección, cuando peor lo pasa.

Por un lado me da pena, pero estoy completamente fascinada por su explicación y por las caras de los entrevistadores.

Está preocupado. Lamenta todos los trabajos a los que ha tenido que decir que no por este asunto y el dinero que está perdiendo.

Dice que ha comprado por internet una máquina que se usa para alargar el pene. Que la ha tenido que pedir a Alemania porque aquí no había talla para el tamaño de su miembro. Que si no le soluciona lo suyo, tendrá que dejar la profesión.

De pronto, en pantalla aparece un mensaje: «Nuestro invitado está a punto de recibir una sorpresa».

La presentadora se levanta de la silla y con una gran sonrisa le dice al actor que tiene una sorpresa para él: le han traído la máquina. El público aplaude. Él coge el paquete con ilusión, lo abre y confirma con una gran sonrisa que es su talla. Deja de hablar y se concentra en las piezas. Las cuatro personas que hay sentadas en sillones se apresuran a lanzar preguntas, pero él no les mira, no ve a nadie... No contesta. Se pone de pie y se coloca el aparato sobre el pantalón: un cinturón de cuero que en la parte central lleva una estructura rígida con unas tiras ajustables, donde se introduce el pene. Afortunadamente no se introduce nada. El público aplaude.

A mi móvil le entra un WhatsApp. Es de papá.

Pita, hija, pon la tele. #LaPenaDelPene.  
Sé que estás en casa.

Pienso que para no tener Twitter se maneja muy bien con esto de los *hashtags*.

Veo que está escribiendo...

No doy crédito. En el canal 14 está hablando un tipo muy curioso que se ha lesionado el pene. En este momento muestra un aparato que con toda seguridad le ayudará a recuperarse...

En la que ahora llaman «la segunda pantalla» #LaPenaDelPene ya es *trending topic*, es el tema más comentado en Twitter. Y eso que todavía no hemos escuchado nada, porque la felicidad del actor dura poco. Vuelvo a prestar mi atención a la tele; parece que lo que más le entristece de todo lo que le ha ocurrido este último mes, que no ha sido poco, no es lo de su pene. Lo peor es que su mujer le ha echado de casa. Sí, está casado y es padre de dos hijos.

Todo ocurrió la noche en que la pareja llegó a casa de tomar unas copas. Ella, que también se dedica al cine para adultos, se había enrollado con otra mujer en la discoteca, un hecho que parece que llevan con soltura. Y él, al llegar al domicilio familiar, decidió hacerle una visita a una compañera de profesión que dormía en la habitación de invitados.

La mujer los pilló a los dos en la cama y se enfadó mucho.

—Yo la quiero, pero es una egoísta. Ella puede liarse con otra y yo no — dice.

—Si la quieres mucho, ¿por qué lo hiciste? —le preguntan.

La respuesta deja a todos congelados, incluida a mí:

—Porque tenía ganas de acostarme con una mujer que no tuviera los genitales rasurados. La mía no tiene ni un pelo, porque es tendencia en el cine para adultos, pero a mí me gustan con mucho abajo.

En medio del silencio que reina en el plató se oye la voz de una de las entrevistadoras que exclama:

—No entiendo nada.

El actor se levanta de la silla y la mira:

—¿Se puede saber qué es lo que no entiendes?

A lo que ella responde:

—Nada. ¡No entiendo nada!

El público aplaude. Todos ríen. Yo también río y por primera vez desde que estoy aquí escucho mi risa en alto, que retumba en las paredes de esta casa que todavía no he hecho mía. Vuelvo a reír y me gusta escucharme.

Lo siento mucho por el actor, que pasa de todos y, cabizbajo, vuelve a concentrarse en su aparato de extender el pene, pero lo que a mí me importa es que por primera vez en días alguien me ha hecho reír. Los entrevistadores hablan todos a la vez, tratando de explicarle a la mujer que ha preguntado qué es un actor porno y que en ese gremio esas cosas son habituales.

Mi padre escribe:

Sí, claro... Ahora todos somos modernos.

Cómo le gusta a papá esto de utilizar los puntos suspensivos.

Pienso en André. Creo que él habría valorado esta historia. Hoy no, pero mañana le mandaré un audio contándole algo sobre ello. Quizá hasta le envíe la entrevista.

La presentadora decide que la entrevista no da más de sí, o espera que el actor vuelva la próxima semana, porque lo despide dejándonos con las ganas y pidiendo un fuerte aplauso para él, que se marcha del plató despacio, con el aparato puesto. La cámara lo sigue.

Suena mi teléfono. Papá quiere hablar y yo no tengo ganas pero contesto. Siempre contesto.

—Hola, papá.

—Pita, hija, ¡qué escándalo! Yo no sé cómo permiten estas cosas por mucha televisión privada que sea. ¿Lo has visto?

—Yo sí y tú también. Yo lo he encontrado interesante e incluso... divertido.

—Una ordinariez, eso es lo que realmente ha sido. Ricardo se ha marchado espantado a otra habitación a leer.

—Y tú te has quedado.

—Pues claro, ¡me mataba la curiosidad!, pero creo que temas tan serios como la salud o la fidelidad deben tratarse de manera menos ligera. Desde los medios tradicionales deberíais hacer algo con este tipo de programas.

—Venga, papá, estamos en los medios tradicionales como para hacer algo con estos programas, ¡con los problemas que tenemos!

Insiste repetidas veces en que como periodista debo implicarme. Yo trato de explicarle de nuevo que desde mi programa ya trabajo para informar con toda la responsabilidad de la que soy capaz. Que elijo con mucha prudencia los temas que trato, de los que hablan solo voces muy especializadas y con mucha experiencia. Pero él habla y habla hasta que llega un punto en que no le oigo. Estoy como el actor con su máquina, solo que yo pienso en mi risa.

—Por cierto, Pita, ¿qué haces que no estás por ahí con tus amigas? Es viernes. Sal a la calle a conocer gente.

Conocer gente, en su idioma de padre de hija separada con prisa de que vuelva a integrarme en su sociedad convencional, significa: sal a conocer a un hombre.

—Papá, hablamos mañana, que tengo algo en el fuego.

—¡A esta hora algo en el fuego! Pita, no olvides abrir luego bien la ventana para que no te huela la casa a comida.

No tengo nada en el fuego. No es cierto. Cuelgo y continúo tumbada en el sofá, pensando en mi risa. Creo que me estoy encontrando.

## Borrador 1

Vivo atrapada en el tengo. Tengo mucho trabajo. Muy poca energía. Tengo mucha tristeza y tengo, ahora mismo y sobre todo, un compromiso con el editor de una de las editoriales más importantes del país: escribir una novela.

Carlos me dice que no hay prisa pero, como periodista que soy, me manejo mucho mejor con plazos, así que si no quiero que se me eche el tiempo encima, tengo que empezar ya a recopilar ideas y a hacerme un esquema. Pero lo que más me preocupa es que tengo que afrontar el famoso miedo a la página en blanco sentándome y escribiendo.

Me pide que escuche mi voz, que me ponga delante del papel y escriba, y eso es lo que hoy me dispongo a hacer. Descarto instalarme en la mesa del estudio donde habitualmente trabajo y me acomodo en el salón. Me tiro en el sofá y pongo el portátil sobre las piernas. Mejor aquí y mejor en esta postura. Para una primera toma de contacto, no quiero una relación seria con lo que escriba.

Papá me repite una y otra vez que esta es una oportunidad que no puedo desperdiciar. Que ahora mismo hay cientos de personas autoeditándose y que a mí me han venido a buscar.

Y a mí me gusta mucho escribir y valoro mucho la oportunidad que se me ha dado, pero en este momento de mi vida solo me siento capaz de escuchar. Creo que me he quedado sin nada que decir. Que estoy vacía por dentro.

No creo que pueda juntar palabras desde aquí, desde la nada. Construir desde el vacío es un reto ambicioso que me viene grande. Personajes, sentimientos, emociones..., una trama. Un nudo y un desenlace. Por si fuera poco, todo enmarcado en un contexto de amor.

Carlos me propone que mientras dure mi búsqueda nos reunamos una vez por semana para hablar. Hablar para situarme.

Le había mandado a Carlos unas cuantas líneas que me parecían más un borrador que otra cosa:



Dice el filósofo Manuel Cruz que el amor es el único lugar que nos queda para refugiarnos.

Nos dijimos muchas veces que nos amábamos, pero las palabras que no se llenan de contenido van perdiendo peso.

Una mañana, al despertar, nos dimos cuenta de que ya no teníamos ni palabras. Ninguno dijo nada, pero los dos sabíamos que ya nunca volveríamos a ser los de antes.

Todavía no lo sabe, pero está enfadado conmigo.

Su enfado viene de su decepción:

La primera vez que me vio fue sobre un escenario. Presentaba una entrega de premios.

Guapa. Simpática, eficaz sobre mis tacones.

Él recogía el de Deportista del Año.

Guapo. Fuerte. Capaz de superar una lesión y proclamarse campeón del mundo de triatlón.

Tres más tarde nos volveríamos vulgares, pero aquella noche me pidió el teléfono.

A la mañana siguiente amanecí con un WhatsApp.

Me imaginaba recién levantada, leyendo el periódico mientras me tomaba un zumo de naranja recién hecho.

Lo leí al tiempo que vomitaba.

Tras la entrega, caótica en su organización, no se me ocurrió otra cosa mejor que hacer que beberme hasta «el agua de las macetas» y fumarme mi primer porro con uno de los técnicos de sonido al tiempo que escuchaba la voz de mi padre en mi cabeza que me decía: «Pita, la droga es mala. La droga engancha y destruye familias».

Qué otra cosa puedes hacer más que emborracharte, tras una entrega de premios en la que ha salido todo mal. Además, apenas una semana antes me habían roto el corazón.

El premiado insistió en invitarme a cenar. Yo no tenía un plan mejor.

Un año después estábamos viviendo juntos y yo arrastraba por la casa mi preocupación por el mundo, en chándal, con un café en la mano y con la radio siempre puesta. Él, jornadas interminables de entrenamientos en centros de alto rendimiento. Dietas estrictas y silencio absoluto.

Yo no era lo que parecía. Ni guapa ni eficaz.

Él no era lo que parecía. Ni fuerte ni disciplinado.  
Nadie es lo que parece.  
Hoy pago el precio de su decepción. Está enfadado y me castiga.  
Estoy castigada. Castigada sin amor.  
Escribo estas líneas y reconozco mi propia incapacidad para entender que un ser humano es solo un ser humano.

Había escrito poco, muy poco, pero Carlos insistió en que quería verme. Eran las seis de la tarde y yo le esperaba en una mesa a la sombra de la terraza de la Casa Árabe. Un remanso de paz, pegado al Retiro.

—Cerca de tu casa, Pita. Que a mí no me importa y así no te corto el ritmo.

Carlos es un buen editor. Un profesional que destaca por su destreza para seleccionar los libros que van a ser publicados, además de por su respeto por lectores y autores. Un hombre minucioso para revisar originales y con gran tacto para coordinar autores.

Si tuviera que definirlo diría que Carlos es acogedor. Todas las conversaciones con él son fáciles; sabe escuchar y con sutiles aportaciones saca lo mejor de mí. Ya con el anterior libro conectamos sensibilidades.

Se nota que es feliz editando.

Lo veo acercarse sonriente, como siempre, tras la barba pelirroja. Tiene mi edad y una seguridad en sí mismo que le hace parecer mayor. Me pregunto si es siempre así o alguna vez se siente vulnerable.

—Bueno, Pita, no está nada mal lo que mandas.

—Ya hay demasiados libros, Carlos. No creo que uno mío interese a nadie y, sobre todo, no sé si mi historia quiero contársela a alguien.

Me contesta que «nunca hay demasiados libros. Lo que hay son libros que no necesita nadie», en alusión al ensayo del escritor mexicano Gabriel Zaid: *Los demasiados libros*.

Le recuerdo que esa es una de las muchas lecturas que él me ha sugerido y rescato una frase de la misma: «La humanidad publica un libro cada medio minuto». En esta nueva mudanza me he propuesto no acumular más de mil libros y quedarme solo con los que me hayan cambiado después haber sido leídos.

Me dice que encuentra muy interesante mi nuevo orden literario y me pregunta si me estoy acoplando a mi nueva realidad.

Mirando el fondo de la taza de té negro que me acabo de beber, le respondo que la vida tiene mucha más fantasía que yo. Que me da una nueva

oportunidad de ser feliz pero que, al igual que me pasa con la novela, no sé cómo llenar las páginas en blanco de mi nueva vida.

No creo que mi historia interese y, sobre todo, no sé si quiero compartirla.

—Me parece bonito que empieces a escribir mirándote y poco a poco abras el *zoom*.

Me dice que tiene que irse. Tiene cita con un autor un poco difícil (él nunca habla mal de nadie), un autor que después de saber que debía replantearse la trama de la novela que estaba escribiendo ha estado días desaparecido.

Carlos me recuerda que está a mi entera disposición. Se despide con un abrazo largo y cálido y me anima a que escriba: a que manche el papel para ubicarme.

## 12. Una escaleta para la vida

—Pita, necesito saber si mañana, en la mesa que hemos montado para hablar del feminismo en la actualidad, vas a querer a «la mujer del hembrismo». Perdona que te moleste, pero si te interesa, como ayer dijiste, hay que ir produciéndolo ya.

Acabo de despedir el programa y estoy saliendo del estudio cuando me cruzo con Quintanas. Tengo la cabeza en mil sitios y pese a que fui yo quien lo propuso, no recuerdo de qué me está hablando.

—¿Me puedes dar la escaleta, por fa?

La escaleta o guion técnico es la forma que tenemos en radio de organizar un programa. Ojalá pudiera gestionar mi vida privada de la misma manera: ordenada al minuto siguiendo una pauta que se adaptara a cada momento de mi vida. Esta semana, sin ir más lejos, me vendría bien una escaleta para la novela, ahora que me he embarcado en este proyecto que no sé ni por dónde coger.

Con ella en la mano recuerdo que «la mujer del hembrismo» es una activista que hace unos días se vio envuelta en uno de esos enfrentamientos contemporáneos que nos llegan a todos a través de Twitter. Se llama Isabel, es activista y tuvo que explicarle al concejal de Cultura de una localidad —que prefiero no nombrar porque sus habitantes no son responsables de la incultura de su representante político— que el machismo no es lo contrario del feminismo. En varios tuits, aprovechando al máximo los ciento cuarenta caracteres y con muchísima paciencia, le argumentó que la contraposición literal del movimiento social y político nacido a finales del siglo XVIII no es lo contrario a la actitud de prepotencia de algunos hombres hacia las mujeres. Y que la contraposición literal sería hembrismo, pese a que haya voces que apunten a su falta de existencia, dado que carece de una estructura social aunque el matriarcado se dé en algunas tribus del mundo —en concreto cinco—. El machismo, en cambio, la tiene en el patriarcado.

Recuerdo que me sorprendió que a estas alturas del siglo todavía hubiera que explicar estas cosas y me conmovió la pedagogía de la activista.

Le digo a Quintanas que sí, que la llame: que será un placer tenerla en la tertulia de mañana.

Pienso que desearía ser tan organizada en lo personal como lo soy en lo profesional, hasta que recuerdo que este es un orden artificial. Que la que tiene la última palabra siempre es la vida y que, con su urgencia y sus imposiciones, a veces se lo lleva todo. La vida, sí, aunque especialmente la muerte, se encargan a menudo de alterar una escaleta que en ocasiones has tardado días en cerrar.

Lo aprendí un par de meses atrás, sin ir más lejos, el marzo de aquel año. Lo recuerdo perfectamente. Aquella mañana teníamos previsto empezar con dos noticias de actualidad. Escuchar a sus protagonistas, ofrecer el análisis de los especialistas y avanzar con secciones más ligeras, entre las que destacaban la entrevista a un actor que presentaba película y una sección de gastronomía, donde hablaríamos con los *foodies* de sopas frías (ya que empezaban a subir las temperaturas). Pero habían pasado apenas veinticuatro horas desde los atentados terroristas de Bruselas: tres explosiones con una hora y media de diferencia, una doble en el aeropuerto internacional de Zaventem y otra en la estación de metro de Maalbeek. Cuatro atacantes. Uno de ellos dejó los explosivos letales en el aeropuerto donde los otros dos se suicidaron asesinando y el cuarto se hizo explotar en el metro.

Me negué a decir que se inmolaron, un término que se escucha en muchos medios de comunicación cuando un tipo se pega una bomba al cuerpo y explota. Según el diccionario del uso del español de María Moliner, en su acepción reflexiva, inmolarse es «sacrificarse por un ideal o por el bien de otros». Su acción terrorista, realizada en el contexto de una interpretación extremista, ¿constituye realmente un ideal?

No iba a ser yo la que alimentara discursos terroristas.

Hay mucha literatura sobre esto: el inmolido acepta su muerte como consecuencia de su conducta heroica por un bien superior espiritual o material, pero no la provoca. Ni yo ni nadie de mi equipo íbamos a usar ese término. Al menos, no en antena.

Los atentados habían dejado treinta y cinco muertos, doscientos treinta heridos, mucho dolor y, de nuevo, muchas preguntas. Tres horas antes del programa, en la redacción, yo estaba sentada en mi sitio, con el segundo café en la mano, y no podía evitar sentirme incómoda.

No importa el número de atentados acerca de los que hayamos informado o cuántas personas hayan muerto, cada uno de ellos salpica. Los primeros instantes en los que se interrumpe la vida, se acelera la redacción, pero según pasan las horas se ensombrece. Los compañeros, con gestos de cansancio, sobredosis de imágenes y sonidos de duelo, buscan lo que llamamos mirada lateral.

Además de las secciones fijas que ya habíamos preparado para ese día, nosotros teníamos poco que aportar que no hubiera sido dicho ya, más allá de la llamada a un español testigo de la tragedia y una familia que se había vuelto a casa, interrumpiendo así sus vacaciones, porque no soportaba pasear por la ciudad de la desolación.

Las veinticuatro horas posteriores a un atentado de esas magnitudes son delicadas para un informador. Demasiado tarde como para dedicar todo el programa al suceso, pero demasiado pronto para «hacer que la vida siga».

Repasando los guiones, pensé que, efectivamente, lo que teníamos previsto para ese día no iba a herir la sensibilidad de nadie, pero me llenaba de insatisfacción y, sobre todo, me hacía sentir incómoda. Sentí que teníamos que dar un giro a los acontecimientos.

Después de dudar un segundo, me levanté de la silla con determinación y anuncié en alto un cambio de planes:

—Nos cargamos Gastro y la entrevista.

Las conversaciones se detuvieron y se hizo un silencio. Los que todavía estaban escribiendo levantaron la cabeza del ordenador y alguien pidió que le repitieran lo que acababa de decir, probablemente porque no daba crédito.

Nadie dijo nada, estaban a la espera de lo siguiente: que explicara qué era lo que íbamos a hacer a cambio.

—Chicos, lo siento. Sé que es tarde y que una vez más hemos trabajado mucho, pero hoy es un día de reflexión. Hemos escuchado tantas voces que estamos saturados: afectados, familiares, médicos, Cruz Roja, expertos en terrorismo yihadista, especialistas en geopolítica. Creo que nos falta una: la nuestra. Sabemos lo vulnerables que somos, pero ¿sabemos quiénes queremos ser?

Somos actores sociales y estamos enredados en un montón de preguntas. ¿Hay que olvidar lo sucedido, sabiendo que volverá a pasar? ¿Seremos capaces de seguir adelante? ¿Es posible recuperar la alegría? ¿Por qué no tratamos de adelantar la entrevista al *clown*? Él es, más que cualquier otro, un superviviente, una voz autorizada para hablar de la vida después de la muerte

y de la resiliencia. El guion está casi hecho y podríamos añadirle algunas preguntas.

No hubo caras de entusiasmo ante mi discurso. Es por todos sabido que soy cabezota y, bueno, dirijo el programa, así que la resistencia fue nula.

Una voz tímida con cara de agobio dijo que iba a llamarle para proponérselo.

Quintanas, que hasta ese momento se había mantenido en silencio en un segundo plano, manifestó que cambiar a la entrevista le parecía algo sensato.

Alain Vigneau es un célebre *clown*, actor y pedagogo francés que lleva veinticinco años sanando heridas a través del humor y la risa y que había recopilado toda esta experiencia en un libro titulado *Clown* esencial, el arte de reírse de sí mismo.

No solo accedió a atenderme sino que aceptó pasarse por la emisora más cercana y entrar desde un estudio, lo que nos aseguró un buen sonido y una mejor calidad del encuentro. Aquel día tuve mucha suerte con él. Con él y con mi equipo.

Alain Vigneau, buenos días.

Buenos días.

Muchísimas gracias por estar una mañana como esta, con nosotros.

Un placer.

¿Puede alguien que haya sobrevivido a una barbarie como la de ayer, volver a reír, recuperar la alegría?

Es un tema muy delicado: lleva su tiempo. Tiempo y paciencia para que las personas que de cerca o de lejos hayan vivido este acontecimiento tan doloroso y horrible puedan alcanzar de nuevo una cierta alegría. De hecho, yo creo que todos estamos tocados.

Recuerdo los atentados del 13 de noviembre en París. Yo estaba en México dando un seminario de mi trabajo de *clown* esencial y cuando me dieron la noticia no pude seguir. Tuvimos que integrar el hecho que acababa de pasar. No podemos hacer como que no ha pasado nada.

¿Por dónde empieza el trabajo de recuperación? ¿Hay que respetar el duelo?

Yo creo que sí. Cada uno cargamos con nuestro historial de vida, con acontecimientos dolorosos, pero lo que acaba de pasar en Bruselas nos toca a todos como personas, como europeos. Es necesario darle un espacio a lo que viene primero, a lo que hay. Es decir, dolor, rabia, desesperación..., no podemos saltarnos ese paso.

En su tesis, una de las cosas que dice es que nacemos siendo originales y morimos como copias.

Sí, es de Carl Jung. Yo añado que no nacemos con vergüenza o con rabia, que son los acontecimientos que nos van pasando en la vida, las cosas que nos van diciendo, los mensajes de la familia y de la sociedad, los que nos van arrinconando poco a poco en una especie de vergüenza de ser como somos y como nos sentimos por dentro.

En el libro habla de su experiencia en el ámbito terapéutico de la risa, personificado en el *clown*, y en el que es usted uno de los máximos

exponentes en el mundo.

Yo me ocupo del payaso que lleva la nariz, que representa nuestra parte más torpe, más confusa, más antiautoritaria. La que tiene sed de libertad, de fantasía. Por desgracia la palabra «payaso» se usa casi como un insulto, por eso preferimos «clown».

Cuando me encuentro con alguien a quien admiro, que tiene cosas interesantes que contar, siempre me pregunto si sabré crear un espacio de confianza entre nosotros, si sabremos entendernos, si nos gustaremos y si nos hará grandes revelaciones.

Entrevistar a una persona a la que puedes mirar a los ojos, tocar en un momento dado; con la que has tenido la oportunidad de hablar un rato antes, de comprobar el estado de ánimo con el que viene y tratar de cambiárselo casi siempre te asegura el éxito del encuentro. Ese día no tuve esa posibilidad y me pesó porque era un hombre a quien respetaba y que ha tenido una vida durísima de la que quise que hablara. Además me escuchaba rara. Mi voz sonaba aguda y con poco cuerpo.

Se lo dije al técnico.

—Jorge, ¿tú me oyes bien? Me escucho metalizada, con poco cuerpo.

Me respondió exactamente lo mismo que responden todos los técnicos que se sientan al control cuando los locutores nos quejamos del sonido que recibimos.

—Yo te oigo bien. Tu ecualización es la misma de siempre.

Me dio una respuesta automática mientras toqueteaba todos los botones.

En general, creo que los técnicos de sonido piensan que somos un poco neuróticos con eso de oírnos. Pero merece la pena insistir porque al final no sé qué tocan que acabas oyéndote bien.

Pero me dije que no tenía tiempo de pararme en mi voz, tampoco para crear un espacio bonito en el que el entrevistado pudiera hablar con tranquilidad y confianza, así que tenía que ir al grano. Le pregunté por su pasado confiando en que no le hiciera sentir incómodo el que fuera hasta ahí tan rápido.

Usted no es ajeno a la tragedia. La vivió siendo muy pequeño. Esta experiencia de sanación ¿la ha extraído de la suya propia?

Sí, ciertamente. Una tragedia familiar me golpeó muy fuerte. Perdí a mi madre cuando tenía siete años en condiciones brutales, esto fue un tsunami; unos cinco años después, con doce, mi abuela encontró una granada de la Segunda Guerra Mundial que los alemanes habían dejado en su huida, y al manipularla le explotó. Yo estaba ahí cuando llegó la ambulancia.

Fueron circunstancias dramáticas que marcaron mi infancia y preadolescencia, que me enseñaron que la vida es profundamente incomprensible. Se vive, se muere, no hay nada seguro. Yo le di un beso a mi madre por la mañana y no la volví a ver nunca más. La vida es sumamente poderosa y a la vez igualmente frágil, como vimos ayer, de nuevo, de manera



flagrante. De hecho, yo estaba en Estrasburgo antes de ayer y me planteé volver por Bruselas...

Su madre murió asesinada a manos de un hombre. Deseaba que lo contase, pero entendía que si no lo había hecho él, era por algo. No quise tocar más ese tema.

Necesitaba que fuera más rápido, así que le interrumpí.

Y al final decidió usted no volver por Bruselas...

Sí, al final decidí volver por París por una cuestión de horario de aviones. Mira cómo son las cosas: estaba dando un seminario en Estrasburgo, tenía alumnos de Suiza, de Italia, de Moscú, de Alemania. Gente que venía a trabajar conmigo. Mis alumnos o yo mismo podríamos haber estado en ese aeropuerto. ¿Dónde está la vida? ¿Cuándo es tu momento? ¿Cuándo no lo es? En un instante estamos vivos y en el otro, muertos. Con mi *clown* celebramos la tragicomicidad de la vida. La dimensión trágica de la vida, la que yo viví en propia piel.

Esa revelación de la tragicomicidad de la vida me interesó muchísimo, me habría gustado detenerme ahí, pero desafortunadamente no había tiempo, así que avancé yo por él.

Pero lo primero que hizo usted, después de vivir esas dos pérdidas familiares, fue irse a las montañas y se hizo pastor... Huyó...

*[Se rio. Me puse en guardia porque me dio la sensación de que no le sentó muy bien].*

Sí, sí... Llegué a la adolescencia sin rumbo, sin norte. Yo tenía muchos sueños y leía mucha filosofía: Voltaire, Rousseau. Devoraba los libros de Gandhi. Toda esta contracultura de los *hippies* me interesaba muchísimo, pero no veía que pudieran encajar mis sueños en esta sociedad tan cuadrada, tan oficial, donde todo parecía ser tan serio. Por eso me escapé a la montaña. Mi sueño era ser pastor y lo fui durante diez años.

Estaba recordando una frase de Chaplin que dice: «Mirada de cerca es una tragedia, pero cuanto más te alejas, más cómica se ve la vida». En referencia a esta tragicomicidad de la vida de la que antes hablaba usted, hay una cosa del libro que a mí me conmueve: cuando se pregunta cuál es el lugar de nuestro corazón donde se hermanan lágrimas y risas en una sola expresión.

Sí, ese es un tema importante. Chaplin, sin ir más lejos, tuvo una infancia muy difícil. Su padre era alcohólico, su madre tenía brotes psicóticos. Pasó por muchos centros de acogida y años más tarde escribió que «nunca es tarde para tener una infancia feliz y la segunda vez solo depende de ti». Ese espíritu de revancha está presente en mi trabajo. Esta frase que usted cita sobre la dimensión a la vez cómica y trágica de la vida depende de la distancia desde la que se mira. No podemos pretender reír si antes no le hemos dado su espacio a la tragedia, si no hemos llorado lo suficiente, pateado y gritado todo lo que tengamos que gritar.

Hay mucho tópico en torno a la alegría, con la risa. Incluso con eso del payaso; pero hay que mirar más allá. La risa que nosotros alcanzamos en los mejores momentos es una risa de alegría, pero, sobre todo, es una risa de celebración. Celebrar que estamos en el río de la vida, con todo lo que eso conlleva. Son carcajadas que celebran la vida y que rompen corazas musculares.

A mí, como payaso profesional, me costó más de diez años reírme de mí mismo.

Si para usted, que se estaba preparando, no fue fácil, imagine para el resto. ¿Qué sería lo primero que tendría que hacer alguien que quisiera empezar un proceso de sanación?

Para mí lo primero es devolver el derecho a la persona de sentir lo que siente. Yo no vengo a salvar la vida de nadie, ya tengo muchas cosas mías por resolver.

Solo me pongo a su lado y acompaño a la persona hacia el lugar al que decide ir; somos mundos complejos y nadie mejor que uno mismo para elegir lo que necesita. Por otro lado,

también es una cuestión de responsabilidad. Yo devuelvo a la persona la responsabilidad de decidir dónde quiere ir. ¿Miedo? Pues miedo. Vamos por ahí. ¿Vergüenza? Pues vergüenza. Yo creo que mucho de lo que nos hace daño no es sentir lo que sentimos, sino tener la sensación de que lo que sentimos no es lo adecuado. Esto nos hace menguar. Tapar los sentimientos nos hace mucho daño.

Yo, frente a los acontecimientos de Bruselas, como payaso profesional y psicoterapeuta del humor, siento rabia, tristeza, tengo ganas de llorar. Me devuelvo el derecho de patear, de gritar, de expresar mi enfado, porque si no lo hago es muy difícil que luego pueda alcanzar una calma desde la que pueda nacer la alegría.

Hablamos de la risa como herramienta para reconciliarnos con nosotros mismos, pero ¿y con los demás? ¿Puede servir la risa, por ejemplo, para la construcción de la paz? ¿Para reconocer el daño y pedir perdón?

Sí, sí... El humor tiene mucho que ver con el amor. El que usamos en el *clown* esencial, que es muy diferente al peyorativo, al crítico o sarcástico —ese que hace tanto daño—, es un humor amoroso.

Mirarnos y reconocernos con nuestras luces y sombras. Se dice que la risa es la distancia más corta entre dos personas. Yo soy socio de Payasos sin Fronteras, aunque ahora no tengo tiempo material de salir de expedición, pero fui a muchos países con ellos y era impresionante ver la reacción de los niños, de las personas que estaban en estado de *shock* después de un tsunami, de un terremoto, en campos de refugiados. Esta necesidad de reír con los payasos, de alegrarse la vida y de hacerlo juntos.

En Guatemala fuimos a actuar a una comunidad indígena que había sido muy castigada por la guerra civil, que duró treinta y seis años. El alcalde nos dijo: «Miren, es la primera vez que se junta toda la comunidad para un acto que no sea ni religioso ni político». Se dice que cuando dos personas se ríen juntas de algo tienen algo en común.

Esto de la risa es algo más serio de lo que parece. Usted le ha puesto la nariz roja a asesinos, a narcotraficantes, a niños que han sobrevivido a la tragedia (me estoy acordando de la masacre en 2004 en la escuela de Beslán, en Rusia, en la que murieron trescientas setenta personas). ¡Caramba con el poder de una nariz roja!

Sí, pero hay que especificar bien, porque existe mucho tópico con la nariz del payaso. Es una máscara que nos permite tomar una u otra identidad —eso de entrada— y no es una máscara de la comicidad sino de la ingenuidad.

Menciona ahora la masacre de Beslán; yo traté a un superviviente, un chico de veinticinco años que entonces era una niño. Lo fusilaron, le dieron por muerto, pero se salvó porque había nacido con todos los órganos del revés. Cuando esta persona llega a mí para participar en un programa de psicoterapia con meditación y terapia Gestalt, tenía muchos problemas de salud y un enfado grandísimo. Cuando terminamos con el trabajo que hicimos con él, que fue catártico y profundamente bello, lo enterramos. Hicimos un entierro *clown*, todos llevábamos la nariz roja. Una cosa totalmente surrealista para dejar atrás el pasado. Un pasado que ya había aceptado, integrado y abrazado. Y lloramos, ¿cómo no llorar al ver a alguien que fue fusilado y que ahora llevaba una nariz roja? Lo que busco es que seamos capaces de transformar nuestro pasado en nuestro patrimonio, por muy difícil y por muy doloroso que resulte. Es un trabajo que he hecho y sigo haciendo conmigo mismo.

Pero, señor Vigneau, no todo el mundo está preparado para eso. Puede incluso resultarnos obsceno reírnos en ciertos momentos de la vida. La carcajada también puede herir, el humor se utiliza en ocasiones para atacar.

Para lo que no estamos preparados es para amarnos a nosotros mismos y amar a las personas que nos rodean. Por lo tanto, la carcajada y el humor son herramientas que pueden ser tan beneficiosas como dañinas.

Hay personas que me cuentan que recuerdan escenas de la infancia en las que algún familiar o maestro los ridiculizó muchas veces delante de un grupo, en la escuela o en una cena familiar. En un momento de especial sensibilidad para el niño, esto queda grabado para siempre y manda un mensaje negativo al cerebro, diciéndole que no es adecuado: no sabes

dibujar, no bailas bien, eres torpe, eres demasiado gordo, no encajas, eres tonto. Muchas veces, la risa del grupo que confirma la sentencia condena a la exclusión del niño.

Alain Vigneau, muchísimas gracias. Bienaventurados los que pueden reírse de sí mismos, porque nunca les faltará material para reír.

Tendrá que pasar tiempo, pero recuperaremos la alegría, porque es parte intrínseca de la vida, es la fuerza de la vida. Muchísimas gracias por la conversación y suerte en el arte de reírse de ustedes mismos.

Hay programas que pasan volando y la mañana se te va en un suspiro. Ese día de marzo fue uno de ellos. Sabía que el de Gastro no se iba a tomar especialmente bien que su sección hubiera caído. Ese tipo de decisiones espontáneas no solían gustar demasiado. A pesar de todo, yo estaba feliz. Pensaba en el *clown*, en su discurso tan sereno. Tan lúcido. Me impresionó la lírica de la entrevista, incluso me apunté alguna frase poderosa y certera.

«Lo que busco es que seamos capaces de transformar nuestro pasado en nuestro patrimonio, por muy difícil y por muy doloroso que resulte».

Pensaba en el poder transformador que tiene la cultura.

Pensaba también en que a veces salirse del orden, abandonar escaletas tiene también sus recompensas. Lo pienso ahora, dos meses después, mientras salgo del estudio, mientras me reprendo a mí misma: No te excuses Pita, tu novela sí necesita una escaleta.

Y mi vida también.

Con el recuerdo de la entrevista en la cabeza y la escaleta que me acaba de dar Quintanas en la mano, recorro el pasillo rumbo a la redacción para recoger al equipo y perfilar los contenidos de mañana. Me cruzo con Celia, que lleva temas de terrorismo y es habitual verla en la misma postura en la que está ahora: sentada en la escalera, hablando por teléfono con alguna de sus fuentes. Con una mano sujeta el teléfono y con la otra protege de las miradas las palabras que salen de sus labios. Me saluda con la cabeza.

En dirección contraria viene Julio, de Tribunales, que hoy es una estrella mediática que anoche salió en todos los informativos de la tele cuando le metió por el ojo la alcachofa del micrófono a un concejal acusado de un delito de prevaricación, en plena melé de periodistas. Fue sin intención, dice mientras ríe y saluda. Julio es el mismo que presentó en directo a una mariscadora como la mujer que llevaba veinte años «ganándose la vida con la almeja».

Me detiene Pepe, una de las voces institucionales de la casa; es el que locuta las menciones publicitarias en directo, las promociones, las cuñas e incluso los indicativos y jingles. Tan fonogénico como intenso, siempre tiene un chiste que contar, un comentario que hacer y muchas horas libres entre locución y locución. Me felicita por la entrevista a la vez que dice que le

gustan mucho los *clowns* y que se ha leído su libro. Quiere hablarme de otra historia que le ha impresionado. Me gustaría oírle, pero hoy estoy cansada y le digo que tengo prisa. Acelero. Cuando hay gente, este pasillo se hace muy largo. Creo que si me parase a hablar con todas las voces con las que me cruzo, podría tardar un día entero en recorrerlo.

Sorteo la escalera a la que está subido Esteban, de Servicios Generales, que, ataviado con su mono azul, se juega la vida cambiando una bombilla en plena hora punta. Supongo que como lleva aquí tantos años, ya no huele el peligro. Desde arriba me da los buenos días. Respondo con un «ten cuidado, me alegra verte».

Llega el calor y con él los estudiantes en prácticas, que andan buscando desesperadamente una mesa libre donde instalarse. Pronto serán parte de la redacción y llenarán las paredes de las fiestas de becarios. Nunca fui a una, ni siquiera cuando lo era. Al contrario que ahora, que animo a mis compañeros en prácticas a hacer algo bonito con su tiempo, entonces nunca pensé que la diversión formara parte de la formación. Mi padre me previno de las distracciones que te alejan del objetivo, de manera que fui una joven disciplinada y responsable. A la radio iba a trabajar y de allí a casa a estudiar.

Casi no recuerdo cómo era la Pita becaria. Yo estaba ya en el último año de universidad cuando supe que en dos semanas harían pruebas: una de actualidad, otra de voz. Pensé que por probar no perdía nada. Saqué muy buena nota en ambas. Dicen los que llevan más años que ya tenía fonogenia, que se veía que entendía la profesión, aunque era extremadamente tímida. Entré a trabajar como productora en el programa de la tarde. Enseguida pasé a hacer antena y poco a poco empezaron las oportunidades de crecer, de cambiar de un programa a otro. Me dieron la dirección de un tramo local y a los dos años, la mañana. Un sueño que jamás me atreví a imaginar y que se hizo realidad de la manera más natural.

Papá se opuso a que empezara a trabajar sin haber terminado la carrera, pero yo quería respirar redacción ya, y me enfadé tanto que no tuvo más remedio que dejarme probar. Sabía que la radio me encantaba. Él me enseñó a amarla; aún ahora se levanta y se acuesta con ella.

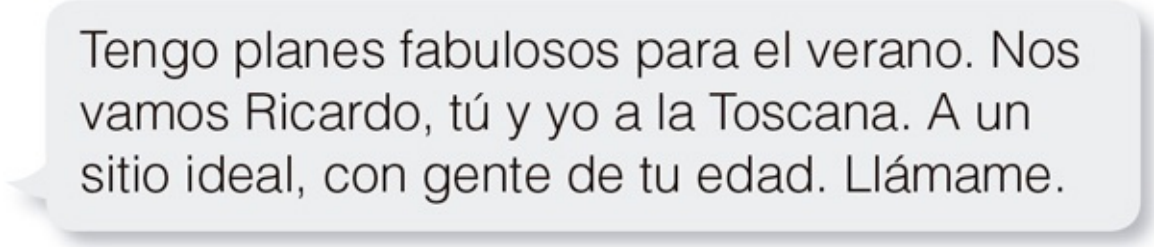
Los primeros años de vacío que dejó su mujer los llenó la radio. Las primeras lágrimas sin su mujer las recogió un programa de madrugada de testimonios que todavía se emite y en el que la gente se cuenta las pequeñas y grandes cosas que le pasan.

—Es la vida, Pita. Cuando seas mayor y la entiendas, te gustará escuchar la vida.

Y así ha sido. En casa había una radio en cada cuarto, una costumbre que he trasladado a cada casa en la que he vivido.

Roberto viene detrás acelerando para cogerme y aprieto el paso para jugar con él. Me alcanza. Me comunica con cierta preocupación que en Cultura se han cabreado con nosotros porque en el programa de hoy hemos hablado del musical que iban a tratar ellos esta tarde y que no los hemos avisado. Le pregunto del uno al diez cuánto se han cabreado y, saltándome la diplomacia, le pido que se disculpe en mi nombre y que les sugiera que se relajen, que no somos neurocirujanos. Un comentario que no puedo evitar y por el que me castigarán los próximos días con la indiferencia. En la redacción se maneja un material sensible que a la mínima puede romperse. Le pregunto si he roto algo más y sigo andando. Tengo la cabeza como para preocuparme de las distintas sensibilidades de la redacción. Estaba pensando en llamar a André y preguntarle por la fecha exacta de su llegada. También quiero hacerle una propuesta: me voy a verle quince días a Río y nos venimos juntos a España otros quince. Creo que le va a encantar la idea. Si me pone pegas le diré que es el sacrificio que debe hacer a cambio de que le busque un novio español.

Tengo un mensaje de papá:



Tengo planes fabulosos para el verano. Nos vamos Ricardo, tú y yo a la Toscana. A un sitio ideal, con gente de tu edad. Llámame.

La sensación de control sobre mi propia vida, con la que ahora me muevo por el pasillo, acaba de esfumarse.

## 13. La huida

Empecé a correr huyendo.

Huí de una vida doméstica que no entendía y que acabó por asfixiarme. No sabía qué ocurría, pero algo pasaba. Estar las veinticuatro horas del día dándole vueltas a ese algo era terriblemente incómodo. No identificar el problema me resultaba desconcertante y no saber quién de los dos podía arreglarlo, frustrante.

Llega un punto en el que dejas de querer comprender, de hablar, de compartir. Es entonces cuando dejas de vivir y empiezas a sobrevivir.

Al principio culpas al cansancio y confías en que el fin de semana reparará los daños. Más tarde van pasando los meses y depositas la confianza en las vacaciones: los viajes son las transfusiones que ayudan a respirar a una relación enferma.

Sin embargo, nada mejoraba la situación y mi rutina de gimnasio tres veces por semana pronto fue insuficiente. Necesitaba liberar tensión y, sobre todo, pasar el menor tiempo posible en casa.

Sí. Empecé a correr huyendo.

Dos millones y medio de españoles practican este deporte que es tendencia. Cientos de miles lo hacen en Madrid, muchos de ellos en mi barrio. Ver la cantidad de hombres y mujeres que cada día corren por el perímetro exterior de El Retiro, un circuito muy popular en el que puedes hacer de cuatro a cinco kilómetros, entre naturaleza y coches, me animó a practicar el *running*. El parque tiene ciento dieciocho hectáreas vivas cuya energía y color cambian con las diferentes estaciones del año. Es el pulmón de la ciudad y hoy, ya separada, sigo recurriendo a él para huir.

No es que me guste mucho correr, pero cuando lo hago desconecto y trato de conectarme con lo que me rodea: con los otros deportistas, los grupos de jóvenes que se tiran en la hierba, los que leen en los bancos, las parejas que se besan. A veces me cruzo con alguna ardilla, observo a los gorriones llevarse

el pan de las mesas, a las cotorras argentinas, pequeños pájaros verdes, esa especie invasora.

—Pita, son pájaros muy sociables. En los setenta se puso de moda tenerlas en casa. Hacen mucho ruido para comunicarse. Probablemente ese fue el motivo por el que sus dueños las abandonaron —dice papá en mi cabeza.

Si tengo suerte comparto trayecto con algún pavo real y si estoy muy concentrada escucho al estornino, capaz de imitar el sonido del móvil, el pobre.

Contemplo espectáculos de marionetas, músicos, lectores de manos, adivinos y videntes. Una de las pocas esculturas del mundo dedicada exclusivamente a Lucifer, que se encuentra en la rotonda del duque de Fernán Núñez y el paseo de Cuba, sobre un pedestal y una fuente con ocho caños, es mi lugar favorito y también el de los patinadores y los que surfean el asfalto.

Me emociona pensar que estaré aquí firmando mi novela en la próxima Feria del Libro.

En el parque hay más de diecinueve mil cuatrocientos árboles, eso dice siempre papá. De niña solíamos merendar junto al árbol más viejo de la ciudad, que está en el parterre francés, cerca de la puerta de Felipe IV y la calle Alfonso XII. Se trata de un ahuehuete, una de las pocas coníferas de hoja caduca que en lugar de mudar las hojas, las mantiene secas hasta la primavera, y al que tuvieron que proteger hace unos años de los vándalos con una reja. Cuenta la leyenda urbana que lo trajo de México Hernán Cortés. A papá le encantaba añadir que no puede ser cierto, que fue plantado alrededor de 1633 cuando el conde-duque de Olivares mandó construir el parque como espacio de recreo para el rey Felipe IV.

Me gusta pararme en el longevo árbol cuando corro. Es mi motivación cuando tengo la tentación de volverme a casa. Pienso: «Venga, Pita, hasta el árbol».

Pese a que cada día me duele algo nuevo, vuelvo a casa más tranquila. Corro porque es fácil y alivia un poco la monotonía de estos días, y porque mientras corro no tengo que hablar ni escuchar a nadie.

Un amortiguador emocional sano, urgente: eso es lo que pensaba la tía Teresa que me sanaría:

—Pita, estás en proceso de recuperación, lo mejor que puedes hacer por ti es buscar amortiguadores emocionales sanos con los que desahogarte: haz

más deporte, lee, ve al cine, escucha música, tómate tu tiempo para respirar, para descansar, incluso para llorar... Busca el silencio.

Pero aquel no era el mejor día para buscar el silencio, mientras la tía, Ricardo, papá y yo merendábamos frente a la Puerta de Alcalá, en una terraza que acababan de inaugurar en la plaza de la Independencia. Miro el móvil y veo que tengo tres audios de voz: uno de Anita y dos de Lola. No tengo ganas de escucharlos ahora, lo haré luego.

«Un rincón adorable», decía papá en voz alta, y yo añadí en bajito: «Donde los sándwiches cuestan lo mismo que un bistec».

—Ya, hija..., pero ¡qué sándwiches! Deliciosos, pequeñitos..., sofisticados.

Ricardo, que es de hablar poco, interviene:

—Lo de los sándwiches sofisticados ya lo inventó Embassy.

Ricardo adora este salón de té, de más de ochenta años de antigüedad, ubicado en La Castellana y que en la posguerra además de ser un nido de espías, cobijó y ayudó a escapar a judíos y otros perseguidos por los nazis, que eran evacuados a través de un pasadizo que los conducía directamente al tercer piso del edificio. Es un pedazo de la historia que María Dueñas incluyó en su *bestseller* *El tiempo entre costuras*.

Los productos de Embassy se elaboran según recetas originales, las rebanadas de pan para los sándwiches siguen siendo de exactamente cuatro milímetros de grosor, una precisión que a Ricardo, como buen británico, le fascina. El único regalo que pide en cada cumpleaños es la tarta de limón que preparan ahí.

—Hablamos de conceptos distintos, querido. No digo que no, pero ¿en qué otro lugar, como aquí, puedes merendar viendo la Puerta de Alcalá, El Retiro y las Escuelas Aguirre?

—Precisamente ahí..., en las escuelas, en la Casa Árabe, papá —añado yo.

—No es lo mismo, hija.

Parece que la conversación ha perdido interés para él, así que vuelve a otro punto:

—Respecto a lo de los amortiguadores sanos, tengo que anunciarte que Ricardo y yo te tenemos preparada una sorpresa.

—Yo... ya sabes que no estoy muy de acuerdo —trata de decir su marido, hasta que mi padre le interrumpe:

—*Sure!* Pues claro que estás de acuerdo. Pita, cariño, solo te quedan unos minutos para saber cuál es.



La sorpresa, una mujer rubia y musculada de unos treinta años de edad, se presentó media hora más tarde. Papá había quedado con ella en el centro de la rotonda de la plaza, en la misma Puerta de Alcalá. Había comprado algo para mí a través de la aplicación de Wallapop.

—Es adicto —dice Ricardo—. Vender no vende, pero comprar... *all the time!*

—*That was not nice at all* —replica papá.

Justo cuando le estaba preguntando cómo se iban a reconocer con la vendedora, mis ojos se detienen en una mujer a la que mira todo el mundo. Está sola y a su lado tiene un soporte de metal tan alto como ella, que termina en una bola que parece de boxeo, de esas que salen en las películas.

Un *punching ball* ajustable, de adultos, para aprender los movimientos del boxeo. Dice que está en perfecto estado, tiene hasta una bomba para hinchar la pera que en su día le costó cien euros, pero lo vende por treinta, por falta de uso. El mismo que le voy a dar yo, me digo.

La chica se coloca en posición y nos hace una demostración del producto: empieza a darle golpes, con bastante estilo, aunque con una fuerza descontrolada, todo sea dicho. Yo me pregunto si también ella estaba perdida y se compró algo que hiciera de colchón emocional. Me dan ganas de abrazarla y de preguntarle si sirvió para algo.

Dos o tres personas se paran. Supongo que se pensaban que era una broma televisiva o una *performance*.

—Nos lo llevamos —dice papá sacando un billete de cincuenta.

Parecemos traficantes con público, que es testigo de nuestra transacción.

—¿Una bolsa tienes, guapa? —Ahora sí que parece un *dealer*.

—No. Es que vivo aquí cerca, ¿sabe? Pero no se preocupe, que no pesa mucho.

Estoy de acuerdo con ella en eso de que no pesa demasiado, pero sí abulta y llama mucho la atención. Decido ponerle la chaqueta de Ricardo por encima al cacharro.

El bolsillo de la chaqueta vibra. Ha entrado otro audio, seguro que es Lola. Jo, qué pesadita.

Los cuatro atravesamos la calle Alcalá mientras cargo con algo que bien podría parecer un perchero o una persona tumbada. Alguien nos tuiteará, seguro.

Maldigo por dentro a mi padre y al trasto que no he elegido y al que ahora voy a tener que encontrar un sitio en casa, pero no le digo nada, sobre todo porque no me deja. Habla y habla.

—El boxeo se ha convertido en el deporte de moda entre las famosas. ¿Sabías que es el que practican los ángeles de Victoria's Secret?

—Papá, no soy modelo de lencería: soy periodista.

—Por eso, hija, tú siempre dices que esta es una profesión que salpica. ¡Dale golpes a todo eso que hace daño, que te frustra!

—Pero es que yo no quiero golpear a nada ni a nadie...

Sigue hablando. El resto de la comitiva calla y yo decido hacerlo también. Ya estamos llegando a casa. Esta noche saldré a correr. Creo que llevo toda una vida haciéndolo, aunque tengo la sensación de llegar siempre tarde a todo. Correr me ayuda a relajar mi conciencia.

La tía Teresa interrumpe a papá:

—Pita, ¿esa no es tu mejor amiga Lola?

Mi mejor amiga Lola (dicho todo seguido), que así es como yo la llamaba en el instituto, estaba sentada en el portal de mi casa con una maleta en la mano. Tiene cara de haber llorado mucho.

Al verme se levanta, dice que me ha mandado un montón de mensajes y que el conserje no está. En vez de preguntarle qué es lo que hace aquí, sin niñas y con una maleta, le digo que el conserje tenía médico y le pido a mi familia que nos deje solas.

—Pita, no olvides mandarme una foto cuando coloques la pera —dice mi padre.

Una vez arriba, le preparo un Cola Cao y le pido que me cuente qué es lo que ha pasado.

—No podía más con la precariedad instalada y duradera. Los he dejado a todos ahí. Ahora Pablo tendrá que apañárselas solo.

—Pero ¿ha pasado algo? —pregunto.

—Tengo muchas dudas, Pita. No sé qué es lo que estoy haciendo con mi vida. He puesto todo lo que tenía en mi familia y he desaparecido. Todo lo que hago es insuficiente para unas niñas que se quejan de manera continua, que no paran de llorar y que parecen no estar satisfechas nunca. Me siento muy culpable. Nada es como imaginaba y el amor no es suficiente para compensar las renunciadas de la maternidad.

He oído decir que el desánimo conduce a la sinceridad, pero no puedo creer lo que está pasando. No es que me sorprenda que reconozca que la maternidad no es esa aventura idealizada que impone la sociedad, lo que me tiene alucinada es que haya sido ella y no su marido quien haya echado a correr. Esto sí que no me lo esperaba.

—Pita, quiero a mis hijas, pero vivo en una guerra constante. Te veo a ti, libre, tomando tus decisiones, centrada en tu carrera, y me pregunto si he hecho bien en tenerlas.

Ahora ya no sé si me sorprende más que esté aquí sentada en mi sofá o que esté aquí sentada en mi sofá verbalizando algo tan inesperado.

Lola, la madre perfecta, abrazando la revolución de las mujeres que se arrepienten de ser madres. Me recuerdo a mí misma no hablarle nunca del libro *No Kid*. 40 buenas razones para no tener hijos, de la psicoanalista francesa Corinne Maier, a la que *The New York Times* otorgó el título de «heroína de la contracultura» y que plantea que al centrarnos en la familia no nos ocupamos de retos globales como la contaminación, el cambio climático y la sobrepoblación.

Me lo regaló la tía Julia. Se me vienen a la cabeza palabras de su ensayo:

«Cambiemos el mundo, no los pañales. Niños, bienvenidos y buena suerte a todos mientras os abris camino en este mundo podrido que vuestros padres, que os quieren mucho, os han dejado... Pasaron tanto tiempo cuidando de vosotros que no tuvieron tiempo de transformarlo».

Me digo que tengo que esconderlo en un cajón el tiempo que esté aquí, y le pregunto:

—¿Qué pasa con el enriquecimiento personal que da el ser madre?

Me mira pero no responde. Una vez más, valoro la fuerza de un silencio, también hoy ha sido la mejor respuesta.

—Pita, me voy a quedar unos días contigo. ¿Puedo?

—Claro —respondo aunque esta situación me venga grande.

¿Cómo voy a ayudarla? ¿Qué puedo decirle yo, que habría echado a correr mucho antes?

Lo único que puede hacer una buena amiga no madre es acompañarla en su huida.

—Lola, a partir de este momento somos fugitivas.

Estuvo en casa una semana.

Lo que hacía por las mañanas mientras yo trabajaba, aparte de dejarme la casa impecable y cocinar unos platos riquísimos y sanísimos, nunca lo supe.

De su paso por aquí todavía da fe la despensa: quínoa, semillas de sésamo, chía o el reekeh, un cereal muy popular en Oriente Medio, la última tendencia *foodie* en Europa. Prometí echarle un vistazo en Google. Todavía no lo he hecho. De nuevo me persigue el FOMO, esa sensación de que hay demasiados libros que leer que los demás ya están leyendo, demasiadas

películas que ver que los otros ya han visto. Demasiadas cosas por saber que los demás ya saben. En fin, demasiado que abarcar.

La llegada de Lola hizo a papá muy feliz. Siempre consideró a mi mejor amiga una muy buena influencia para mí. Sé que le habría gustado que me pareciera a ella en algún aspecto. Uno de ellos, en la cocina.

—Lola, cariño, ¿verdad que si Pita usase la Thermomix haría cosas tan ricas como las que haces tú? Estoy cansado de decirle lo fácil que es.

Ni que decir tiene que le sacamos mucho provecho al saco de boxeo durante el tiempo que mi amiga estuvo aquí; lo pusimos en medio del salón y allí sigue. Papá se presentó una tarde con dos pares de guantes, unos rosas y otros azules, para que no lo acusara de fomentar estereotipos de género.

Nos bajamos una aplicación para iPhone que reproduce el sonido de ambiente de un *ring* de boxeo, el del público y el de la campana que indica el comienzo y final de cada *round*, y nos liábamos a golpear la pera con la música de fondo de Rihanna.

Fuimos todos los días al gimnasio juntas con un taco de invitaciones que tenía sin usar. Bromeábamos sobre el culo que queríamos que se nos pusiese con los *gliders*, unos discos de tela que se extienden en el suelo sobre los que colocas tus pies y con los que al hacer los ejercicios te juegas la vida, porque resbalan muchísimo. «¿A por el culo de J. Lo?», nos preguntábamos antes de cada entrenamiento. Al salir, nos tomábamos un zumo en el bar de debajo de casa y paseábamos por El Retiro. Me hablaba de ella, me preguntaba cómo era de adolescente. Pobrecita, llevaba tanto tiempo siendo madre que había olvidado cómo era.

—Lista. Ingeniosa. Divertida... La mejor amiga del mundo. Guapísima. Ligabas mucho, Lola. Igual que ahora, Lolita —me apresuro a decir.

—Ya no soy así, Pita. Ya no sé quién soy.

Le doy un abrazo y pienso que yo tampoco recuerdo muy bien cómo era. No deja de ser sorprendente que, siendo las dos tan diferentes y viniendo de realidades tan distintas, estemos igual de desconcertadas.

La vida, cuánto más vacía, más pesa.

Las noches que yo no tenía nada extra que preparar para el programa, tras el informativo, nos tumbábamos cada una con una manta en el sofá para ver la serie de la que todo el mundo hablaba, *Transparent*. El título viene de la combinación de las palabras transexual y *parent*, padre en inglés, y recorre la historia de una acomodada familia judía de Los Ángeles, desde el momento

en que el padre, un profesor jubilado, comunica a sus tres hijos que siempre se ha sentido mujer y que a partir de ese momento lo va a ser.

Le digo a Lola que encuentro muy paradójico que un hombre cisgénero (cuya identidad de género y género asignado al nacer coinciden) interprete a una mujer transexual. Y me pregunto si no hay personas trans que puedan interpretar a personajes trans.

Cuando te dedicas al periodismo social, te pasas el día enfadada con el mundo, es inevitable.

—Ahí fuera tienen a Caitlyn Jenner.

Lola no sabe de quién le estoy hablando.

—El exesposo de Kris Jenner, madre de las Kardashian y de dos hijas que tuvo con él, Kylie y Kendall, antes del cambio. —Se hace un silencio—. Lola, ¿no sabes quiénes son las Kardashian?, ¿son *celebrities* muy famosas!

Lola no va a la peluquería porque el modelo de crianza que ha elegido no da tregua, por lo tanto no lee el ¡Hola! Yo voy cada tres semanas porque me salen canas, y lo leo siempre. Hay que leer de todo, suele decir Quintanas, mi productora. Hay que saber de todos.

Se ríe:

—Pita, esta es una serie que trata de personas que intentan saber quiénes son.

Me tira un cojín mientras me dice que soy la lista que todo lo sabe.

Le explico que Caitlyn, anteriormente William Bruce Jenner, es una exatleta que ganó la medalla de oro en los Juegos Olímpicos del 76. Que fue padrastro de las Kardashian y que participó en un reality que culminó un proceso de reasignación de sexo y que cambió legalmente su nombre y su género. Que si no ha visto la portada de *Vanity Fair* en la que posó para la fotógrafa Annie Leibovitz.

No le da ninguna importancia a la información que le estoy ofreciendo y sube el volumen de la tele.

Me levanto de un salto, le quito el mando y me indigno, dando por hecho que entonces tampoco se habrá fijado en que el *outfit* con el que voy al gimnasio ha sido diseñado con su asesoramiento y que en el vídeo promocional, que está narrado por ella, habla de sus victorias, tanto en el ámbito deportivo como en el personal.

—*For every victory!* Así se llama la línea de ropa deportiva. ¡Joder, Lola, que solo sabes de cacas, deberías actualizar tu disco duro!

Me siento al lado de ella y le busco en la *tablet* el *spot* publicitario que la marca de ropa ha hecho de cara a los próximos Juegos Olímpicos de Río

2016. De factura impecable, muestra a diferentes deportistas entrenando: la gimnasta Chelsea Werner, con síndrome de Down, o el surfista Mike Coots, quien sigue subiéndose a las olas a pesar a haber perdido una pierna por el ataque de un tiburón. Caitlyn Jenner es la voz en *off* que sobre una música minimalista dice:

*Creí que era demasiado tarde...  
Y que el objetivo estaba demasiado lejos.  
Sentí que no podía hacerlo sola  
ni con el mundo entero mirando.  
Luché por encajar.  
Por mi derecho a ser diferente.  
Me sentí atrapada en mi cuerpo  
Y por lo que otros esperaban de mí.  
Tuve que sacar fuerzas que no sabía que tenía.  
Dudé si merecía la pena.  
Nada fue fácil...  
pero nada realmente importante lo es.  
Seguir adelante cualesquiera que sean los obstáculos  
es lo más parecido a la victoria.  
Tanto si representas a tu país...*

(En ese momento, la cámara recoge un plano corto de la narradora que girando la cabeza sentencia):

*Como a ti misma.*

Nos miramos y nos echamos a llorar.

Fue tan inspirador y apropiado como ridículo y contemporáneo: dos mujeres de su tiempo sintiéndose representadas y emocionándose por un anuncio de ropa deportiva.

Tras las lágrimas vienen las risas y, animadas por la cerveza que nos estamos bebiendo, Lola me pide permiso para hacerme una pregunta. Le concedo un permiso del que luego me arrepiento. Empieza diciendo que, como bien sé, ella solo se ha acostado con un hombre.

—¿Cambia mucho el sexo dependiendo de con quién lo hagas?

Su pregunta me deja descuadrada. No sé qué decirle porque de sexo solo hablo con André, y en unos términos tan poco pedagógicos que no me atrevo

a emplear con ella. Recuerdo que además de madre es mujer y que es mi amiga. Le debo una explicación por mucho que me cueste.

Le cuento que en líneas generales no, pero que puede llegar a cambiar mucho, muchísimo, si das con un hombre con el que tengas mucha conexión.

—¿Sexual? —pregunta incorporándose muy interesada.

—¡Tan sexual que se vuelve espiritual! —le grito, y las dos nos reímos.

Me pide que le recomiende un sitio para hacerlo. Le ruego que no lo llame hacerlo, que suena muy cursi. Me exige que responda. Respondo solo si repite conmigo: fooooooolllar. Dice que le da vergüenza y la amenazo con que se va a quedar sin saberlo. Acepta. Follar suena pequeño en su boca. Le digo que tiene que probar la playa; piel caliente y salada, sonido del mar. Me pregunta si dentro o fuera del agua. Respondo que dentro y fuera. Quiere más. Que no deje de hacerlo en la montaña: olor a pino, el cielo y el sonido del viento en los árboles. Me pregunta si lo he hecho en un avión; le digo que ni lo intente, que no merece la pena. Dice que siga y lo hago: desde cualquier hotel alto, con vistas a la ciudad de noche, abrir las ventanas, escuchar la ciudad y ver sin que te vean. Me confiesa que nunca lo ha hecho en otro sitio que no fuera la cama. Le aconsejo que empiece probando el suelo, que es una primera gran experiencia. Que da mucho morbo y que agradeces volver a la cama.

Esa noche nos quedamos dormidas en el sofá. Abrazadas.

De manera puntual, a última hora del día Pablo me mandaba el parte familiar por WhatsApp:

Pablo: Las niñas bien. Todo en orden.  
Espero que por allí también.

Yo: Pregunto Lola si han tenido su tiempo  
fuera de pantallas.

La máxima preocupación de Lola era que en su ausencia pasaran demasiado tiempo frente a la tele.

Pablo: Afirmativo.

En eso habíamos quedado, en que fuera yo la que recibiera los mensajes. En eso habían quedado: en dar tiempo y espacio a Lola.

Nunca me dijo que extrañaba a su familia, pero sé que lo hacía: la oía llorar cada noche que dormimos juntas en mi cama de matrimonio.

Al séptimo día me dijo que volvía a casa. Que debía buscarse en el mismo sitio donde se perdió y seguir su rastro.



## Borrador 2

Al igual que Lola, yo también me buscaba. Confiaba encontrarme a través de esa novela que trataba de escribir. Abría el ordenador y miraba desconcertada el espacio en blanco que era una promesa llena de preguntas: ¿qué quieres escribir, Pita? ¿Tienes algo que decir? ¿Quién eres, Pita?

Entonces escribía:

Creo que nunca fue..., que lo inventé.

Creo que nunca fui..., que me inventó.

Creo que nunca fuimos. Que solo nos acompañamos y tuve que quitarme las gafas para verle. Tuve que cerrar los ojos para verme.

No ha pasado nada malo entre nosotros, pero ya no somos nosotros. Nada se conquista de manera definitiva. Ni siquiera lo que se tiene. No sé quién soy. No sé quién quiero ser. No sé si quiero estar aquí. Ya no sé si te quiero. Ya no sé lo que quiero.

Solo sé que tú ya no eres tú.

¿Qué hacer con una persona de la que te estás distanciando? Una persona que no entiende tu trabajo, que no le interesa lo que haces, dices o escribes. Una persona que tampoco quiere compartir el suyo porque piensa que no te interesa. Porque no lo vas a entender o está cansado de hacerlo.

Tú... dejas de preguntar. De interesarte. Él tiene muchas cosas que hacer, muchos compromisos que atender y parece que molesta.

Tú también tienes muchas cosas que hacer y muchos compromisos que atender y no quieres que te molesten.

Un deportista de élite y una periodista resignada que van juntos a los eventos, se fotografían sonrientes para los medios y suben la foto a las redes sociales.

Un deportista de élite que contigo no hace deporte.

Le miro de reojo. Tengo ganas de cogerle de la solapa, besarle la boca mientras le pregunto si se acuerda de cuando volvió de Canadá con la medalla de oro en la mano. Cuando abrió la puerta, salté a sus brazos y recorrimos el pasillo besándonos. Cuando casi sin quitarnos la ropa hicimos el amor con urgencia y pasamos la tarde en la cama desnudos, mirando la ventana, viendo cómo caía la lluvia de la primera tormenta del verano más seco de los últimos treinta años. Ese fue el titular del día. Ese y que era el nuevo campeón del mundo de triatlón.

Llevábamos un mes sin vernos. Era agosto. Éramos un equipo.

Ya no tengo interés por cogerle de la solapa y decirle todas esas cosas. He perdido las ganas de chocar una vez más con su silencio.

¿Qué hacer con una persona de la que te estás distanciando?

Ir al cine es una buena opción para no tener que mirarte a los ojos. Para no encontrarte en el silencio. En aquella etapa demasiado larga, que se me hizo eterna, vimos más de cincuenta películas.

Dice la tía Julia que ha cambiado la palabra soledad por solitud. Un término hermoso en desuso, que define con precisión la falta de compañía. Dice que una versión más fuerte y más sabia de mí emergerá cuando no me sienta sola estando en pareja.

Me pregunto cuánto tiempo tengo que esperar.

Carlos me pidió que se lo leyera y así lo hice. Me incliné un poco hacia su hombro para estar más cerca del oído y se lo leí a media voz. Una vez terminé, le miré fijamente a los ojos. Me daba mucho miedo decepcionarle, pero quería que fuese sincero. Nos habíamos reunido en una terraza de la parte alta del barrio, que está situada en una callecita pequeña de la que no recuerdo el nombre y que está hasta arriba porque la semana pasada salió en todos los informativos al desplomarse un árbol que hirió a dos clientes. No nos acordábamos de ese suceso, pero en este sitio, que solía estar vacío, todo el mundo lo comentaba.

Nos pedimos dos té verdes con hielo. Imaginamos que cae otra rama y lo hace sobre nosotros. Imaginamos el titular: «Autora y editor pierden la vida

en pleno proceso creativo aplastados por una rama». Nos parece un buen final para la novela. Bromeamos.

A Carlos le gusta y yo respiro tranquila.

Le digo que me ha dolido recordarlo y que no sé narrar ni el amor ni el sexo sin caer en el patetismo.

Me pregunta por qué me duele si fui yo la que decidió poner fin a la convivencia.

Le respondo que no es la primera vez que proyecto al otro ni tampoco la primera en poner en manos del otro mi identidad. Que me molesta pensar que lo hago para no esforzarme.

Quedamos en vernos en dos semanas para que tenga un poco más de tiempo. Será nuestro último encuentro antes de las vacaciones.

## 14. La impostura

Desde que Lola se fue, la casa está en reposo. Ya no suena música y en la cocina no bailan los cacharros. La verdad es que la echo mucho de menos.

Como hoy no tenía ganas de correr, ni siquiera de ir al gimnasio, me he echado una siesta de dos horas. Estoy baja de energía y fuera hace calor.

Son casi las ocho de la tarde de mi miércoles sin Lola y enciendo la radio para escuchar el informativo mientras me hago un zumo de mandarina y limón.

Papá dice que el limón tiene más vitamina C que la naranja, pero que entre todos la hemos sobrevalorado. Pongo las frutas sobre la tabla de madera, las corto y las meto en la licuadora, el primer pequeño electrodoméstico que me compré tras la separación.

Suenan las señales horarias.

«Son las ocho, las siete en Canarias...».

Arrancan los titulares. Suena la sintonía...

Es miércoles, uno de junio... La mayoría de partidos políticos del Congreso ha aprobado hoy la Ley de Renta Mínima que contempla una prestación de al menos 426 euros para las familias sin recursos o en situación de exclusión social y que proviene de una iniciativa legislativa popular de los sindicatos UGT y CC. OO.

En el plano internacional, en Brasil, el periodista radiofónico André Gilson, destacado por sus denuncias de corrupción, fue asesinado ayer a tiros por dos desconocidos durante la emisión de su programa.

André dirigía una emisora de radio local, en Jacarepagua, un barrio de Río de Janeiro. El periodista había sido reconocido por esta casa con un premio por su trabajo con los niños de las favelas. El asesinato ha conmocionado una vez más a Brasil, considerado el tercer país más peligroso de América Latina para ejercer el periodismo, solo por detrás de México y Colombia, según el último informe de la organización internacional Reporteros Sin Fronteras.

No es posible. No es posible que hayan matado a André. Estoy paralizada. Abro internet en el móvil. La noticia está por todas partes, aunque no será *trending topic* en Twitter.

Me cuida de acceder a ciertas páginas porque no en todos los países tenemos la misma sensibilidad para tratar las noticias. No quiero encontrarme la foto de mi amigo con la cabeza destrozada por un tiro.

Leo horrorizada que conducía su programa y ¡estaba en directo! cuando dos personas abrieron la puerta del estudio y lo mataron a tiros. Los asesinos se habían hecho pasar por anunciantes para entrar en el edificio. Uno se quedó en la puerta vigilando, le dispararon cuatro balas y huyeron. André fue trasladado con vida, pero murió en el hospital.

Grito: ¡Nooooooooooooooooo!

No sé qué hacer. No sé a quién llamar.

Suena el móvil. Es Amelia.

—Pita, hija, ¿tienes puesta la radio? —Me pongo a llorar—. Ya veo que te has enterado. Oye, voy a llamar a la emisora de allí si te parece. Luego te cuento.

—Gracias —le digo entre sollozos.

—Lo siento mucho, hija. Un beso.

Me quedo en la cocina sentada en el suelo llorando. No sé cuánto tiempo permanezco allí. Me bebo el zumo de un trago y me llevo mi pena al sofá.

Me acuerdo de cuando nos conocimos.

—Tú te juegas la vida. Yo, no.

—Con cada renuncia uno también se juega la vida.

¿Qué he arriesgado yo? Él todo, y es eso lo que ha perdido. Se acabó. Ya no espero ese abrazo. No más denuncias. No más cervezas. Ya no saldremos por Chueca. Nunca tendrá un novio español.

Tengo la tentación de abrir Instagram y ver su última foto. No lo hago. Se me ha revuelto el estómago. Me levanto corriendo al baño, pero no llego a tiempo. Vomito en el suelo del salón. Vomito y lloro. Lloro y vomito. Me tumbo en el sofá y me tapo con la manta. Me quedo dormida. Me despierta el teléfono, es Amelia.

—Pita, hija... ¿Cómo estás?

Pregunta retórica que no respondo. Estoy tan desconcertada y tan afectada que no logro decir nada.

—Mira, he hablado con un técnico de sonido que lo vio todo. Le dispararon tres tiros, Pita. Hay un posible detenido y tres sospechosos. El sindicato de periodistas vincula su asesinato con una investigación sobre redes de prostitución de menores en las favelas. Por lo visto llevaba días amenazado. Llegó a decir en antena que no tenía miedo. Los compañeros le

habían pedido que callase, pero no lo hizo. Lo mataron porque hablaba demasiado.

Acierto a decir que él no era una persona de tener miedo. Y pienso en una nueva paradoja: nos pagan para que hablemos.

—Pita, cariño, no te puedo decir nada más. ¿Quieres que hagamos algo con esto en antena?

—Sí, sí..., claro —respondo.

—Oye, he mandado un ramo de flores en tu nombre a la familia y otro a la emisora.

—Gracias, Amelia. —Y me pongo a llorar.

Vuelvo a internet en busca de respuestas que sé que no voy a encontrar.

Leo que el Gobierno ha lamentado la pérdida de «una de las voces más importantes de la región de una forma trágica y banal», que fueron tres disparos en la cabeza con un revólver calibre treinta y ocho los que acabaron con su vida en el acto.

Era alguien especial. Teníamos algo especial. Mi amigo.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

La noticia recoge los asesinatos de otros compañeros por ejercer su profesión. Me detengo en el primero: este mismo mes, en Minas Gerais, sudeste de Brasil, un bloguero que publicaba sucesos y denunciaba corrupción local fue encontrado por la policía decapitado. Llevaba ocho días desaparecido.

No voy a leer más. Hoy no. He tomado una decisión: viajaré a Brasil para averiguar quién y por qué han matado a mi amigo. Escribo un WhatsApp al director general, uno de los muchos jefes que tengo.

Mañana, si tienes un momento, necesitaría hablar urgente contigo.

Yo tuve un profesor al que admiro mucho que dice que el verdadero periodismo es intencional, es aquel que se fija un objetivo y que intenta provocar algún tipo de cambio. No hay otro periodismo posible. Su amistad es de los regalos más bonitos que me ha hecho la profesión. Doctor en Periodismo, con una larga y brillante trayectoria, una vez me aconsejó que cuando entre a un despacho, lo haga siempre muy arriba, porque es posible que salga de rodillas.

He llorado mucho, pero hoy he amanecido firme. Exijo viajar a Brasil. Haré el programa desde Río de Janeiro, donde aprovecharé para recopilar información fidedigna y volveré sabiendo por qué han matado a un nuevo periodista. Por qué han asesinado a André.

Le digo que no supondrá mucho dinero porque iremos tres del equipo.

Me mira fijamente y me responde que nada le gustaría más que yo pasase una semana en Río de Janeiro, que me daría el nombre de dos restaurantes espectaculares que hay en Copacabana.

—Creo que no me he explicado. No voy de vacaciones —contesto.

Se pone de pie y mirándome desde ahí arriba, me cuenta que la muerte de un periodista es pequeña ante los ojos del mundo, que nuestros problemas son mínimos si los comparamos con los grandes debates mundiales. Que valora mi arrojo y determinación, pero que esta empresa no puede responsabilizarse de la vida de tres de sus trabajadores.

Mi jefe aplica siempre conmigo la primera regla de la política: que parezca que tienes en cuenta al otro. Se le nota y mucho, siempre.

Salgo de la reunión de rodillas. Tocada, pero no hundida. No soy más que una periodista, pero tampoco soy menos. Pienso ir a Brasil. No sé cómo, pero lo haré.

Sentada en mi mesa, en la redacción, sumida en mis pensamientos, contesto con monosílabos a las consultas que me hace Quintanas sobre los contenidos del programa de mañana. Haremos una llamada al técnico de sonido que presencié el asesinato de mi amigo, y todavía no sé si es una buena idea.

En mi cabeza da vueltas la idea del viaje. Pienso en pedir una semana en la radio y en dejarme asesorar por mi profesor, con el que mantengo una amistad sincera y que es experto en investigación. Al mismo tiempo me viene a la cabeza Juan, ¡claro!, cómo no lo había pensado antes. Él es escolta y sabrá qué debo hacer o, al menos, por dónde debo empezar.

Me meto en un estudio de grabación vacío para que nadie escuche mi conversación y le llamo.

—Juan, quiero pedirte algo más que un café. Necesito tu ayuda. Quiero ir a Brasil. Quiero investigar un asesinato.

Me pregunta si es importante para mí.

—Mucho —le contesto.

Quedamos esa misma tarde en el único lugar donde puedo respirar y que desde que llegó el buen tiempo se ha convertido en una extensión de mi casa, El Retiro.

Nos sentamos en la terraza que hay justo enfrente de la fuente del Ángel Caído. Su mirada de persona buena me tranquiliza entre todas las demás. Nos pedimos un café y un Aquarius. El café es para mí, he dormido fatal. Me cuenta que llevaba años sin pisar el parque y le digo que yo, de un tiempo a esta parte, desde que me separé, raro es el día que no vengo. Él no sabía que me había separado. Añado que yo no se lo había dicho, pero que el de hoy es día de confidencias.

Le cuento lo que sé de la muerte de André y me dice que podría viajar conmigo y encargarse de los visados, que al mío le van a poner muchas pegas, pero que él se encarga. Me hace preguntas relacionadas con el caso que estaba investigando y con la zona en la que estaba trabajando mi amigo, pero no puedo responder a ninguna. No sé nada. Nosotros no hablábamos de eso. Lo cierto es que no tengo ni idea de nada y mi ignorancia me avergüenza. Me entran ganas de llorar. No quiero llorar más. Menos delante de él.

Me propone volar en un mes y considera que pasar allí una semana será suficiente. Conserva el contacto de un antiguo compañero que ahora trabaja para una familia. En Río casi todas las personas con dinero cuentan con protección diaria y privada. La seguridad es ahí un gran negocio. Después de demostrarme que puedo contar con él, me mira a los ojos y me dice que hace tiempo que asumió la imposibilidad de proteger a todo el mundo. Que piense bien lo que voy a hacer, pero, sobre todo, que piense para qué lo voy a hacer.

Tiene mucha prisa. Nos damos un abrazo largo y quedo en volver a llamarle esta semana. Me urge hablar con mi profesor, decido hacerlo ahora, mientras subo caminando hacia mi casa. El parque está tranquilo, no creo que el canto de los pájaros interrumpa nuestra conversación.

Normalmente le mando un mensaje antes, para asegurarme de que no estoy siendo invasiva y que puede atenderme, pero lo de hoy es un SOS.

Camilo coge el teléfono enseguida. Dice que no puede hablar mucho porque está en la pausa de una clase. Ya sabe por qué le llamo. Sabía de nuestra amistad, nos había visto en Twitter, también en Instagram. Quedamos en vernos a las ocho, que es cuando termina.



Nos pedimos dos cervezas y dos pinchos de tortilla en un bar cercano a la universidad. Los nervios me han cerrado el estómago. En ese momento me doy cuenta de lo poco que he comido desde que pasó lo de André.

Camilo se sienta siempre frente a la puerta para controlar las salidas y las entradas.

—Soy periodista —dice con una sonrisa.

Admiro que, tras años de profesión, tenga siempre una mirada nueva.

En estos momentos, yo, periodista de redacción que apenas sale del estudio, necesito que él me explique cómo ejercer el periodismo de investigación. Él, que ha convertido una noticia en caso judicial, que ha conseguido que se abra un sumario.

Me recuerda que el verdadero reto de esta profesión es ético. Me sugiere que viaje con una lista de fuentes y que contacte con la ONG con la que estaba trabajando André. Todas las historias necesitan una cara, pero también un documento: «Sigue el movimiento del dinero, de su dinero. Entérate de si tenía pareja y habla con él. No solo hay que preguntar, hay que saber a quién preguntar. Habla con todos, pero no solo con su entorno más cercano, con sus compañeros de trabajo», me recomienda.

—No te quedes en las víctimas, también debes acercarte al victimario. Y sobre todas las cosas, no te creas todo lo que te digan.

Me pregunta si estoy preparada para moverme por la parte más sucia de la ciudad, por la parte más oscura del ser humano.

Me recuerda que debo viajar con chaleco antibalas, me dejarán uno en la APM o en Reporteros Sin Fronteras. En esta asociación firmaré un contrato de préstamo y depositaré una fianza de trescientos euros. Le digo que ya soy socia.

—No se te ocurra viajar sin un equipo de seguridad fiable. Sería interesante que te empostraras en una de las unidades de policía que desde 2008 se desplegaron para el proyecto de pacificación de las favelas. No llames la atención. No te muevas por ahí haciendo ver que eres periodista. Ninguna cobertura merece arriesgar la vida.

De todo lo que me cuenta tomo nota en un cuaderno que llevo en el bolso. Le digo que en principio no necesito saber nada más.

Me desea mucha suerte y me mira a los ojos y, al igual que ha hecho Juan, me pide que piense lo que voy a hacer, pero sobre todo que piense para qué lo voy a hacer, y añade:

—Pita, el miedo es el mejor antídoto contra la estupidez.

Veo en sus ojos que no debo ir.

Después de las tres conversaciones mantenidas hoy, a estas alturas del día no sé dónde colocar mi confusión. Escribo a la tía Teresa y le pregunto si me invita a cenar. Necesito escuchar una voz más.

¡Claro que sí, guapi! Y añade el emoji que guiña el ojo.

Ya en el portal de su casa me cruzo con un repartidor de *pizza*; adivino lo que hay de cena.

En el salón, comiendo con las manos, sentadas en el sofá, me sincero con ella:

—Tía, estoy hecha un lío. André era mi amigo. Yo le quería. Siento la obligación de hacer algo, de viajar, pero mi intuición me dice que no va a servir para nada. Yo no soy esa clase de periodista que se mueve con soltura en zonas de conflicto. Temo hacer el ridículo ante mis ojos y los de los demás.

La tía me escucha hablar, es la persona que mejor escucha de este mundo. Dice que es porque así se ha ganado la vida. Yo sé que es una habilidad con la que nació. Hablamos de papá y le ruego que no le comente nada de mis planes. Está totalmente de acuerdo en que es mucho mejor así.

Me marcho a casa andando. Andar me ayuda a pensar, pienso mejor en movimiento.

Ya ha caído el sol. Voy bajando la calle. Me detengo en la verja de la Casa Árabe y miro hacia la Puerta de Alcalá. El cielo tiene tres tipos de naranja. En medio de mi campo de visión, en la confluencia de Alcalá y O'Donnell, en el límite de los distritos de Salamanca y Retiro, frente a la puerta de Hernani que da paso al Retiro, está la estatua del político Espartero, montado a caballo y vestido con traje de campaña.

En la ciudad hay un dicho popular que papá odia por ordinario: «Tienes los cojones como el caballo de Espartero», en referencia al tamaño de sus testículos. Me digo que no es que mi vida sea una continua paradoja, es que se está convirtiendo en una broma.

Teresa me ha recordado que mi profesión consiste en hacerse muchas preguntas y me ha sugerido que me haga un ejercicio de PyR. Preguntas y respuestas.

¿Por qué quiero ir?

Me respondo que yo le quería. Que quiero ir porque debo ir.

¿Por qué debo ir?

Porque soy periodista y puedo averiguar quién le mató.

¿Por qué puedo averiguar quién lo mató?

Cuando me iba a responder que en eso consiste mi trabajo, palpo la posibilidad de generar problemas a mi alrededor, de que nada sirva para nada y en un alarde de honestidad conmigo misma reconozco que me muevo entre la ética y la estética y por primera vez soy consciente de mi incapacidad para abrir y seguir una investigación. Recuerdo las voces tan diferentes que he escuchado hoy:

La de mi jefe: «Te daría el nombre de dos restaurantes espectaculares que hay en Copacabana».

La de Juan: «Hace tiempo que asumí la imposibilidad de proteger a todo el mundo».

La de Camilo: «El miedo es el mejor antídoto contra la estupidez».

Descubro con terror que me estoy refugiando en la impostura, el único lugar que como periodista me queda para refugiarme.

Ahora sé que no voy a ir a Brasil.

## 15. Sospechosa de no ser madre

Comentan en la terraza que Cristina ha sido madre.

La terraza, junto con el pasillo en el que se ubican los baños, es el punto de encuentro de las conversaciones en la radio. Ya estamos casi en verano y hay mucho movimiento fuera, entre los que fuman y los que acompañan. Se lleva mucho en la radio eso de «acompañame a fumar».

—Pues ella es de las autónomas, no creo que esté mucho de baja —dice una voz.

—La baja por maternidad de las autónomas está regulada en los mismos términos que el régimen general: dieciséis semanas ininterrumpidas de prestación. Si no la disfruta, se pierde los primeros días del bebé, que son los mejores.

—¿¿Cómo disfrutar?! —exclama otra, molesta con el comentario.

—Si deja al niño solo, se muere. Y a lo mejor no puede permitirse contratar a alguien que lo cuide...

—De todas maneras, no tiene pinta de ser una persona muy maternal —aporta una tercera.

—Y tú..., Pita, a ti te encantan los niños. ¿Cuándo te vas a animar?

Quiero decirle que efectivamente me gustan los niños, pero que, al igual que otros hombres y mujeres, soy una persona relativamente feliz, con sus altibajos como todo el mundo, que disfruta de la vida tal y como viene. Que me he sentido útil y realizada, siempre con cosas que hacer, y que no he echado en falta la maternidad. Y que ahora estoy sin pareja. Sin embargo, en vez de eso contesto:

—Huy, con el lío que tengo —mientras pienso que no tiene confianza alguna para hacerme una pregunta tan personal.

Las no madres siempre somos sospechosas. Sospechosas de tener algún problema físico y no poder tener hijos o de que el problema esté en nuestras parejas. De que ningún hombre nos haya querido hacer madres. La mirada hacia una no madre es de lástima o de desaprobación.

Y en el caso de una mujer a la que el mundo laboral ha bendecido, es sospechosa de ambición, que es una virtud para los hombres y el peor de los defectos en las mujeres.

Una mujer ambiciosa es egoísta porque ha antepuesto su carrera a la maternidad para la que está programada.

A mí me gustan los niños, pero, al igual que otros hombres y otras mujeres, carezco del instinto de la crianza.

Me saca de mis pensamientos una nueva voz.

—Bueno... Pita, tú eres un encanto, pero en casa debes de ser muy especialita, ¿no?

Hemos perdido el oremus, que diría papá. Una expresión antigua que viene de cuando se daba la misa en latín y que me hace mucha gracia. Tiene que ver con perder el juicio, o la idea de lo que se va a hacer o decir.

No puedo con estas tertulias improvisadas, así que sonrío mientras me alejo un poco del grupo y me asomo por la barandilla para entretenerme con el *skyline*. Al fondo, la sierra; un poco antes, La Castellana con el eje financiero, plaza de Castilla y, a los pies, el Madrid moderno y el clásico, con la habitual boina de contaminación.

Mi vista se detiene en la bandera de la plaza de Colón, que ondea de un mástil de cincuenta metros de altura; tiene un eje que gira en la dirección del viento gracias al cual nunca se enrolla, así que como para no verse. Entró en el Guinness por ser la más grande de todas las españolas. Dicen que fue el capricho del expresidente José María Aznar, quien sugirió su ubicación al entonces alcalde de Madrid, José María Álvarez del Manzano. En su momento generó mucha polémica y hace unos cinco años el viento hizo que cayera al suelo, sin provocar daños.

Es curioso cómo nos acostumbramos a todo. Giro la cabeza y me topo con Pablo, una de las voces de la información deportiva, que se está fumando un cigarro. Es un chico muy agradable y prudente. Uno de los primeros hombres que conozco que levantó la voz contra los titulares machistas que se usan a menudo para hablar de deportistas femeninas. Un chico con mirada crítica y perspectiva de género. Hablamos de deporte y después de contarle que corro, le pregunto si él también. Me dice que solía correr, pero que ya no.

—Yo no tengo el síndrome de Peter Pan...

—¿Y yo sí? —le pregunto.

—Es obvio —dice sonriendo.

Será por la inercia social, por la tradición cultural, o por el peso del patriarcado, que diría mi tía —bueno, ella diría del heteropatriarcado—, pero

yo levanto sospechas. No estoy dentro de la normalidad, y eso que cada vez somos más las mujeres que no tenemos hijos.

Llevo casi toda mi vida laboral en esta emisora, aquí tengo muchos amigos y otros tantos conocidos, a los que admiro y tengo cariño, pero de los que apenas sé lo que son, al margen de compañeros de trabajo.

Le miro mientras me pregunto qué cree que sabe de mí o qué sabemos de la vida de los otros. Aquí cada uno libra una batalla que el otro desconoce.

Me llega un audio de Anita que escucho junto al dispensador de agua, mientras trato de ponerme un vaso: es la que será la canción del verano.

«El verano que asoma. Tu verano, Pita. Qué ganas de verte, hermana».

Me cruzo con Santi, el hombre del tiempo.

—Hombre, Pita, qué alegría. ¿Estás bien?

—Todo bien. Despejada como el día —respondo.

En esta profesión todo el mundo quiere oír que está todo bien; no fenomenal, pero tampoco fatal.

Recuerdo que una vez una oyente me preguntó: «Y usted... ¿Qué?».

No supe qué responderle, porque no supe por dónde empezar. Imaginé que le contaba que me estaba separando, que estaba a punto de salir, como diría la tía Julia, de mi zona de confort. Que mi entorno me exigía demasiado y que antes de empezar ya estaba cansada.

Ya he oído suficiente. Hora de volver a la redacción. Voy a llamar a Juan para decirle que no vamos a Brasil, que seguiré desde aquí la investigación y que soy muy afortunada de tenerle, siempre.

Le mandaré un audio a Camilo comunicándole mi decisión e invitándole a comer cuando tenga tiempo, para darle los detalles.

En cuanto a mi jefe, a estas alturas ya se habrá olvidado de que le pedí viajar. No creo ni que recuerde por qué era importante para mí.

Paso por el estudio de continuidad, el que emite las veinticuatro horas del día. En la pecera hay un revuelo tremendo, cuatro técnicos corren de un lado a otro y un redactor entra en el estudio apresuradamente con varios papeles en la mano.

Parece que por segunda vez esta semana se ha colgado el sistema informático: no suenan los audios ni entran las llamadas.

Estos días los técnicos de sonido no hablan de otra cosa: tras diez años usando el mismo, estrenan programa informático y no ganan para sustos.

Cuando esto pasa, a todos nos invade un pánico contenido. Si te toca en pleno programa, actúas con naturalidad, improvisas, tiras de colaboradores y

lees cualquier cosa que te pasen; para llenar de contenido esos minutos serías capaz de leer con naturalidad el menú del día si llegara a tus manos.

## Borrador 3

El pico de gripe coincidió con el de nuestra crisis. Las toses de ambos evitaban que el silencio llamase al silencio. Cuando uno dejaba de toser, empezaba el otro.

Tuvimos suerte. Aunque casi enfermamos, nunca nos hicimos daño.

Le escuchaba decir: Pita, yo no soy como los demás hombres. Yo soy fuerte. Soy un deportista: un guerrero. Yo le pedía que lucháramos para volver al mismo equipo.

Su arma, el silencio.

La mía, la palabra.

Me quedé afónica. Él no abrió la boca.

No hubo desilusión cuando descubrí que la guerrera era yo.

No puedo decir que la convivencia fuese la muerte de nuestra pareja, pero no esperábamos mucho de la vida en común y eso la enfermó.

Hace mucho que no escucho un «Sí». Y me hace falta.

Cuando ejerces una profesión en la que cada día te cruzas con la parte más oscura de la vida, te hace falta la luz.

Me estaba cansando de los «No».

Hoy me cansé de los «No».

No te gusta tu trabajo...

No te gusta tu casa...

No te gusta nuestra vida...

¿Y yo...?, ¿te gusto, yo?

Nos graban en el corazón que no hay felicidad sin amor, ni amor sin felicidad. Me pregunto si los momentos más felices de mi vida han sido en pareja.

El viaje a la ciudad que será sueño bajo el agua fue metáfora de nuestra historia.

Tú y yo, los personajes ausentes.



El viaje a Venecia.  
Bella y decadente.  
La historia. La ciudad que se hunde.  
El amor como distopía.

Para nuestro último encuentro antes de las vacaciones elegimos la cafetería del Círculo de Bellas Artes, que nos viene bien tanto a Carlos como a mí. Hoy se me ha hecho un poco más tarde trabajando y me pilla cerca de la radio. Él termina la reunión con otra autora. La veo levantarse de la mesa. Es guapa y un poco más joven que yo. Me pregunto si será periodista. Si también le habrá pedido una novela de amor. Si la mirará con los mismos ojos de cariño y la escuchará con la misma comprensión con la que me escucha a mí. Pienso que escribe bien y que seguro que tiene más cosas que contar que yo, que lo único que hago es juntar letras y darle pena. Me pregunto si la preferirá a ella antes que a mí y me avergüenzo de mi pregunta porque vienen directos a mí sonriendo.

—Mira, Pita. Quiero presentarte a Julieta. Compartís editor.

—El mejor —contesto yo con otra sonrisa—. ¿Y qué tal llevas lo de escribir? —le pregunto.

Me responde que ahora un poco mejor. Pero que solo disfrutará cuando esté terminada. Que escribir no es fácil.

Me siento en la misma silla en la que minutos antes otro proyecto de escritora hablaba de su ópera prima. Nos pedimos dos vinos tintos.

Me dice que le ha emocionado mucho lo que le mandé el otro día. Que ha encontrado cosas muy interesantes en las que profundizar, como cuando propongo cambiar la palabra soledad por solitud. Añade que le parece muy contemporáneo y me anima a seguir.

Me pregunta si he establecido una rutina de escritura y le respondo, muy a mi pesar, que no. Que a veces me siento en un banco a la sombra y apunto ideas que me interesa construir, en la libreta negra que me regaló mi amiga Lola cuando supo que iba a escribir. Le cuento que esa sí que tiene una novela, aunque, si lo pienso bien, el que la tiene es mi padre. Le hablo de él: es muy pesado y a veces me agarra tan fuerte con su brazo protector que me ahoga. Que su marido, en cambio, es la imagen de la prudencia. Que mis tías también son dos buenos personajes. Tan distintas y tan iguales. También le digo que tengo un amigo que lleva años acompañándome con su cariño en la distancia y que tiene mucho que contar pero que nunca lo haría: es escolta. Que la radio sería un lugar perfecto para ambientar una novela. Y que no

escribiría sobre todo esto, porque son todos tan especiales que me iba a costar que el lector se los creyera.

Le digo que no me he puesto plazos ni horarios. Cuando me apetece escribir, escribo, y estoy empezando a hacer las cosas por el placer de hacerlas.

Quedamos para después de vacaciones. Me coge las manos, me mira a los ojos y me pide que escriba todo esto. Que le dé mi verdad. Mi mirada.

## 16. La ola y la vida

En una ocasión entrevisté a un tipo que me contó que cuando una situación le superaba, sentía que se le hacía bola. Recuerdo que de pequeña pasaba horas sentadas en la mesa de la cocina, tratando de ingerir la bola de comida que guardaba en uno de mis carrillos, mientras mi padre me amenazaba:

—Pita, princesa, no te vas a levantar de ahí hasta que tragues.

Era una amenaza que a veces cumplía, mientras la tía Teresa le sugería que encontrara una manera positiva para que comiera por mí misma. Si me obligaba, decía, iba a conseguir que asociara la comida al sufrimiento y acabara por detestarla, y lo mismo me ocurriría con el momento de sentarme a la mesa. Pero papá nunca abandonó su asedio y alrededor de los nueve años decidí rendirme. Supongo que ambos aflojamos el pulso padre único-hija única.

El entrevistado, en realidad, lo decía porque padecía ansiedad, pero yo encontré en su expresión la ilustración perfecta de mi infancia y de algunos momentos de la madurez.

El de las vacaciones, por ejemplo, se me había hecho bola. No me había sentido así desde el día que decidí poner fin a mi matrimonio.

Queda una semana para que comiencen y por primera vez en mi vida no sé qué es lo que voy a hacer. Papá y Ricardo se van a la campiña francesa quince días, se supone que voy con ellos, pero he tomado la decisión de no hacerlo. Todavía no lo saben. El otro plan es reunirnos todos en la casa que la tía Teresa tiene en Altea. Allí podré estar todo el tiempo que quiera, pero llevo días pensando que necesito demostrarme que puedo estar sola. Necesito pensar en André. Llorar a André.

Me apetece mucho tener tiempo para mí, pero me aterra no saber arreglármelas sola. Si no sé qué quiero para mi vida, si ya no sé ni quién soy, cómo voy a saber qué quiero para mis vacaciones. Tengo miedo a fracasar también con mi ocio.

Me siento abrumada por el mandato social de pasarlo bien estos días, de disfrutar en familia, con amigos, en pareja. Si no tienes un buen plan parece que no has hecho bien las cosas, que no has sabido organizarlas o que no las mereces. El fracaso vacacional es uno de los grandes tabúes de nuestra sociedad, que diría la tía Julia.

Otra voz que aparece en verano, que grita. Otra presión social que agobia a quien no puede o no tiene con quien veranear.

Anoche me metí en la cama con el ordenador y estuve mirando unos «todo incluido» en Canarias. No es el destino más sexi que podía haber elegido para disfrutar de los días más especiales del año, pero he decidido pasarlos sola, por primera vez en mi vida, y necesito un viaje cómodo en el que no tenga que preocuparme por nada.

Quiero comer, dormir, leer, bañarme y hacer deporte, pero sobre todo quiero no tener que hablar con nadie.

Estoy agotada: ha sido un año complicado. Mi vida personal se ha ido al garete y no es que me encuentre mal: es que no me encuentro entre tanto ruido y entre tanta voz.

He visto que existe la opción de las vacaciones activas. Hoteles con un programa deportivo que ofrece la posibilidad de elegir entre muchas disciplinas cada día.

Sentada en la redacción escucho a mis compañeros Carlos y Ana, de Internacional. Él se marcha al Líbano, visitará a su amigo que está de corresponsal y aprovechará para ver qué se cuece por allí. Ana vuelve a Venezuela a terminar un documental que empezó el año pasado y que recorre diferentes prisiones latinoamericanas para hablar de la maternidad privada de libertad.

Me gustaría ser como ellos. Estar en ese mismo punto de valentía y de compromiso, pero carezco de una gran pasión al margen de mi trabajo, y mi proyecto de novela también se me está haciendo bola.

Aumenta mi agobio y mi urgencia, así que me lo tomo como si fuera parte de mi trabajo y me comprometo a no marcharme de la radio sin rematar la faena.

Me fijo en un *resort* en la isla de Fuerteventura:

Rocks Resort está situado en una pintoresca bahía junto al pueblo de pescadores a treinta minutos del aeropuerto de Fuerteventura. Dispone de una amplia oferta de actividades deportivas. Instalaciones pensadas tanto para deportistas de élite como para el aficionado y las familias activas. Restaurantes y zonas ajardinadas.

Desconfío de la palabra «pintoresca» y del concepto «familias activas», pero tengo urgencia por cerrar esto, las fotos me seducen y pienso que no debe de haber tantas familias deportistas en el mundo, ¿no? Ya sería mala suerte que coincidiera con todas en la piscina; además yo siempre he sido de playa.

Sigo leyendo. Hay dos tipos de alojamiento: hotel de doscientas habitaciones, idóneo para pareja, y cincuenta apartamentos ideales para familias. Quince villas con piscina privada para unas vacaciones exclusivas.

Vale, no encajo.

En los alrededores de Rocks Resort hay más de cinco rutas para correr. Clases de yoga durante todo el día. «Consulte el *pack* Yoga Rocks».

Bueno, igual sí.

Deporte y descanso. Las personas que entrenan suelen hablar poco e ir bastante a lo suyo. Ese es el tipo de gente con el que me quiero cruzar. Pienso que me va a salir carísimo, los singles estamos condenados a gastar más por lo mismo, somos los grandes olvidados en las ofertas de vacaciones, a no ser que elijas un viaje específico para personas sin pareja, algo que me sugirió hace una semana mi padre.

—¿Estás loco? —le respondí.

A ver cómo le explico ahora a papá que estoy muy bien con ellos, pero que necesito estar unos días sola..., que no puedo más. Se lo va a tomar como algo personal y va a insistir una y otra vez, prometiéndome que me dará el espacio que necesite. Bueno, eso ya lo resolveré. Ahora recuerdo que me hace falta este viaje y que tengo un dinerito guardado. No lo pienso más y reservo. Diez noches con sus días en habitación doble con vistas al mar. Operación realizada. Voy a sacarme el billete de avión ya, que en veinte minutos empieza nuestra última reunión de la temporada y quiero marcharme de aquí con las vacaciones cerradas.

Me levanto y salgo al pasillo satisfecha. Me encuentro con María, que produce unos de los programas del fin de semana. Afortunadamente la veo poco porque su jornada de trabajo empieza a mitad de semana. Es una mujer aparentemente agradable que habla muy alto y con una confianza que resulta invasiva.

—Vaya, Pita, ¡qué alegría verte! ¿Todavía por aquí? ¡Qué tarde os dan las vacaciones este año! Supongo que estás deseando cogerlas. Te hacen trabajar demasiado. Debes de estar exhausta... Bueno, a todos nos hacen trabajar demasiado. Ya sabemos cómo están las cosas, los equipos son cada vez más

pequeños y así es imposible llegar a todo... Sabes que pronto habrá más despidos, ¿no?

Habla muy rápido y hoy no tengo ganas de fingir que la escucho; llevo haciéndolo todo el año y lo cierto es que no sé muy bien por qué. Supongo que, aunque no me caiga muy bien, tampoco me da motivos para no hacerlo.

La interrumpo.

—Ya, ya sabemos. María, me tengo que ir.

—Sí, claro. Oye, ¿adónde te vas de vacaciones?

—Canarias —digo mientras camino por el pasillo hacia la sala de reuniones.

—Huy, ¡creí que te irías a un destino más exótico! Las estrellas os hacéis unos buenos viajes.

—Bueno, es un viaje de deporte —contesto mientras camino, y pienso si alguna vez ha estado ella en alguna de las islas Canarias. No se lo pregunto, de hacerlo estaría obligada a seguir escuchándola.

La oigo gritar por el pasillo:

—Es broma, Canarias es un gran plan..., si no tienes otro mejor.

Acelero el paso. Ni me giro. Me fastidia haberme justificado. Me prometo no volver a pararme cuando se dirija a mí por otros motivos que no sean estrictamente profesionales.

Abro la puerta de la sala que reservamos ayer. Gritan y aplauden. Está todo el equipo: han comprado cava y pastelitos salados. Yo también grito de la emoción.

—Pita, bebamos y comamos, que ya no hay nada que producir —dice Peio mientras descorcha la botella y sirve el espumoso en los vasos de plástico de la máquina del agua. Una mano aparece entre el grupo y coge un pastelito que enseguida se lleva a la boca. Ha pasado una hora desde el final del programa y, como siempre, a estas alturas de la mañana, estamos muertos de hambre.

Le doy las gracias a este equipo brillante con el que me he sentido muy realizada una temporada más. Le doy las gracias por compartir su talento y creatividad conmigo y con los oyentes. Por su disposición y por haber sido mi motivación diaria estos últimos meses. Por haber llenado mi vacío.

Me han ayudado a entenderme, también a superarme. Me han acompañado desde una distancia muy prudente con sus risas, sus detalles y sus sugerencias. Nunca me han dejado caer. Reconozco cada gesto discreto que han tenido conmigo, como aquel día en el que había decidido poner fin a mi matrimonio. Todos lo sabían, aunque yo no se lo había dicho a ninguno y

nada más acabar el programa me llevaron a la fuerza a la bolera. Salimos de allí de noche y completamente borrachos.

Quintanas está seria y mira a todos y a ninguno. Cada vez que abre la boca es para pedir que le digamos de una vez cuántos vamos a ser para comer porque tiene que ir reservando o luego no nos van acoger en ningún lado.

Su firmeza, como siempre, nos hace despegar. Recogemos la basura que hemos generado y salimos. Dejo la ventana abierta para que se marche el olor a horas trabajadas y luego no digan que esta es una profesión de guarros.

Acabamos comiendo en el restaurante de enfrente, donde hay menú, alcohol barato y están acostumbrados a nuestro ruido. Pati llora: mañana vence su beca y, como le dijeron el mismo día del examen, aquí no se queda nadie. Puede seguir de becaria otro año más, pero no en esta empresa. El mes que viene empieza en un periódico de tirada nacional, así que pronto tendrá un nuevo equipo y nuevas preocupaciones a las que atender. Por mucho tiempo que una lleve, no hay manera de acostumbrarse a este momento. Al menos, ahora ya no lloro.

Le regalamos una foto impresa de todo el equipo. Se la firmamos. Nos dice que lo más duro de este trabajo no ha sido la enorme responsabilidad que desde el primer día han depositado en ella sin estar preparada, o las interminables jornadas laborales; lo peor ha sido saber que cada día que pasaba era uno menos.

Acaba una comida desordenada que se alarga demasiado y me marcho a casa después de unos abrazos interminables y unos hasta pronto que ni nosotros estamos seguros de poder cumplir. Somos autónomos y estos, también para los periodistas, son tiempos adversos.

Me marcho el domingo. Así de rápido. Tengo el sábado para comprarme algún bikini deportivo y decirle a papá que no voy a pasar con él estos días.

Cuando llega el sábado, nada más levantarme cojo el teléfono y marco el número de papá. No suena el segundo tono y ya está respondiendo.

—Hola, princesa. Estaba esperando a que te levantas. Mira, hemos pensado salir el lunes, ¿qué te parece? ¿Tienes tiempo suficiente para organizarte?

—Papá. Yo no voy ahora, eh, iré más tarde.

—¿Quieres que lo cambiemos al martes?

Empiezo la frase titubeando:

—Papá. Tengo billetes para Canarias. Voy a estar allí diez días. —Saco fuerza de algún sitio y añado—: Me voy mañana.

—¿Mañana? ¿Quién te ha invitado? Hija, ¿quizá un nuevo amigo? ¿Hay algo más que quieras decirme? —pregunta enfadado.

—No, papá, me voy sola. Necesito estar sola. En silencio.

Me cuelga el teléfono.

Sabía que pasaría esto: estará unos días sin hablarme, hasta que decida que ha tenido suficiente. Luego llamará como si nada. Siempre lo hace y nunca se disculpa. Decido darle tiempo y mientras tanto hacer la maleta.

Meto bikinis, pareos, ropa de deporte, chanclas, un par de zapatillas, una sudadera por si refresca y un vestido por si me da por arreglarme alguna noche. Tengo claro que no voy a hacer vida social, así que ese segundo «por si», se me antoja bastante improbable. El neceser con las cremas protectoras, pantalla total para la cara, que después del especial con el que cerramos la semana sobre los estragos del sol en la piel ya no quiero que me dé ni un rayo. Me llevo tres libros y el portátil para escribir, que supongo que voy a tener mucho tiempo para darle forma a la novela.

Con todo listo me enfrento a un momento decisivo: ¿me llevo las planchas de alisar el pelo? Las tengo en dos tamaños. Nunca he viajado sin ellas. Jamás. Mi pelo está lleno de ondas indomables y desde que cumplí los treinta y ocho, si no me paso las planchas, tengo la impresión de que no me he arreglado, me veo más mayor, no me gusta mi aspecto y me hace sentir insegura.

«Pita, hija, es que el pelo viste muchísimo. El pelo lo es todo», dice papá en mi cabeza.

En un acto de arrojo y valentía, decido no meter las planchas en la maleta y me repito que no tengo intención de hablar con nadie. Iré con coleta todo el tiempo que no esté en remojo.

Llamo a papá. No me lo coge. Llamo a Ricardo que, con su acento británico y su tono tranquilo, me informa de que se ha ido a El Retiro a pasear.

A pasear el cabreo, pienso.

Me confirma que está muy enfadado pero que, como siempre, se le pasará. Me anima a marcharme tranquila y a pasarlo muy bien. Me recuerda que si tengo algún problema no dude ni un segundo en llamarle.

Le digo que le quiero y cuelgo.

Al rato, recibo mensajes de las tías. Cada una por su lado me hacen saber que me entienden y que ojalá encuentre lo que busco. Que si necesito algo, lo



pidas.

Me llega un audio en el que Anita y Patrick, que así se llama su músico, interpretan para mí una canción, una revisión moderna de Gracias a la vida. Suena muy bien. Me emociono.

Me levanto a las cinco de la mañana. He dormido fatal. Con lo bien que solía dormir siempre, ¿y si estoy cometiendo un error? ¿Y si voy camino del desastre? ¿Y si este viaje no hace más que recordarme mi vulnerabilidad y lo sola que me encuentro? Demasiado tarde. Decido no pensar y actuar: café, ducha y taxi.

Sentada en la terminal 4 del aeropuerto Adolfo Suárez Madrid-Barajas con el periódico en la mano, me siento ridícula. Este no es un viaje planificado con ilusión, sino una huida hacia delante.

Yo, que no soy nada aprensiva, pienso en todos los accidentes de avión de los que me ha tocado informar. ¿Y si no llego ni a aterrizar? Me imagino a mis compañeros informando en el boletín de las 14.00: «En el accidente han fallecido 230 pasajeros, entre ellos, la presentadora de las mañanas».

Qué incómodos se van a sentir.

Cuatro horas más tarde aterrizaba sana y salva en el aeropuerto de Fuerteventura. No he querido que me vinieran a buscar, así que recojo el equipaje, me pongo las gafas de sol y me siento con la maleta en la parada del autobús. A mi lado, en el mismo banco, hay un chico. Nuestras piernas se tocan y le miro. Debe de tener más o menos mi edad. No es muy corpulento. Moreno de piel, pelo castaño por los hombros, unos inmensos ojos negros y cara de sueño. Lleva barba, hoy en día la llevan todos. Creo que viene de lejos. No tiene ningún rasgo especial, pero así de primeras me parece atractivo. Me mira. Han pasado veinte minutos y por aquí no viene nadie. Empiezo a impacientarme y me levanto a mirar la pantalla.

—No te preocupes. Es normal. Aquí la guagua se demora siempre. Hay que tomárselo con tranquilidad —dice.

—Gracias. En realidad no tengo mucha prisa.

Se lo digo con una sonrisa, mientras pienso en su voz. Es peculiar. Grave, metalizada. Me gusta.

No quería hablar con nadie, pero me apetece escucharla de nuevo y no tengo nada mejor que hacer mientras espero. Se llama Alberto. Me cuenta que viene de pasar unos días en Costa Rica. Le digo que tengo muchas ganas de ir. Me habla de las cosas que ha visto y me pregunta por mis viajes: elijo el que hice a Jordania, mientras estaba en pareja.

No me pregunta a qué me dedico y eso me mantiene relajada. Él tiene una escuela de surf y me aconseja que pruebe las olas de la isla. Me río y le respondo que quizá en otra ocasión, que esta vez he venido a pensar. Me mira fijamente a los ojos durante unos segundos y dejamos de hablar. Respiro hondo.

Rompe el silencio para decirme que no ha venido nadie a recogerle porque no había ningún monitor libre y no quería descolocar a su equipo, pero que va a hacer una llamada para que nos lleven a los dos. Quiero pedirle que no se moleste, pero es rápido y ya está llamado.

Quince minutos después llega una furgoneta negra muy sucia cargada de tablas y conducida por un joven sin camiseta, que asoma el brazo izquierdo por la ventanilla mientras hace el saludo del surfista, extendiendo el pulgar y el dedo meñique y dejando los demás dedos cerrados. Baja de un salto y se abraza a Alberto, con el que intercambia unos sonoros besos en la mejilla, que me hacen sonreír.

El trayecto al hotel es muy agradable. Toño, que así se llama, no para de contar anécdotas de los *campers* y Alberto bromea con volver a cogerse un avión. Me dejan en la puerta del *resort*. Alberto me da un abrazo tan fuerte que me hace daño y mete una tarjeta del *surf camp* en mi bolsillo del pantalón por si tengo algún problema o quiero sorprenderles con una visita.

Los veo alejarse y me entristezco pensando que es bastante improbable que los vuelva a ver. ¿Será posible que esté triste?

Se me pasa al ver la habitación. Es preciosa. Abro la ventana, salgo a la terraza, respiro hondo y miro al mar mientras expulso el aire. Pensar que mi padre no va a aparecer por esa puerta me reconforta.

Me asomo a la barandilla y observo la piscina. La llegada ha sido una aventura y siento que he triunfado: aquí voy a estar muy bien.

Una vez colocado el equipaje en el armario, habilitar un espacio para escribir la novela y haber pasado por la ducha, pido un sándwich al servicio de habitaciones. Se está haciendo de noche y ceno en la terraza de mi habitación. Tengo puesta la radio y suena *Up & Up*, de Coldplay, una canción que habla de sobreponerse, de intentarlo una y mil veces: pensar que se puede y conseguirlo. Muy apropiada.

No quiero pensar todavía en André. Quisiera hacerlo mirando al mar con una copa de vino o haciendo algo que estuviera a su altura. Algo cinematográfico. Se me cae una lágrima.

Cojo el *planning* de las actividades deportivas y pienso que mañana haré yoga tras el desayuno y después pasaré el día en la playa. Veo una peli y me acuesto pronto, sin despertador, vengo con déficit de sueño.

Sin embargo, me despierta un chillido largo, agudo e infantil, al que en minutos se le suman otros de las mismas características. Son las ocho de la mañana. Me levanto a duras penas y salgo a la terraza. Los gritos vienen de la piscina, donde flotan cientos de niños rubios con la piel blanca, en plena excitación por el primer baño del día. Supongo que serán menos, pero a mí me parecen cientos. Olvidaba que los extranjeros madrugan mucho.

Necesito un café: me pongo cualquier cosa y bajo a desayunar.

El sonido del comedor es todavía menos apetecible. Aquí están los hermanitos pequeños de los que gritan en el agua. Hay mamás despeinadas por todas las mesas, con bebés en brazos. Unas alimentan, otras consuelan a los que lloran, que son la mayoría..., o eso me parece a mí.

Mi cara de desconcierto atrae a un camarero que se acerca y me dice al oído que tratará de encontrarme una mesa tranquila.

No lo consigue.

El desayuno está buenísimo, pero la atención desmesurada y el ruido se me hacen insoportables. La acústica del comedor no ayuda mucho. Me duele la cabeza.

A toda velocidad se acerca hasta mi mesa una pequeña rubia de ojos claros, británica, como de unos dos años de edad. Tiene la nariz llena de mocos y las manos manchadas de nocilla. En una lleva una tostada; en la otra, una loncha de beicon. Pienso en lo mal que desayunan los niños extranjeros en general y, mientras lo hago, la niña deposita la tostada en mi pierna, la loncha en mi café y se va por donde ha venido. Su progenitora, que está muy ocupada con otro en brazos, mira de reojo y hace como que no ha visto nada. No la culpo. No habla mi idioma y hoy ha empezado pronto su intensa jornada.

A ver si hay una convención de familias numerosas y yo no me he enterado. Llamo al camarero:

—Perdone que le moleste. Esto..., esto ¿es habitual?

—Durante el verano sí, señora. Estamos en temporada alta.

Mi desolación pregunta:

—¿Y los deportistas?

—Vienen solo en primavera. Es temporada baja para el turismo deportivo.

—Gracias —le respondo, y me entran ganas de llorar.

Subo a la habitación y pienso que una buena opción será no salir de aquí más que para ir a la playa. He echado un vistazo a la sala de yoga y también está llena de niños. No es que me moleste, pero no era el ambiente de tranquilidad y deporte que buscaba. En algún lugar de mi pesimismo sabía que estas vacaciones saldrían mal.

Tumbada en la arena, mirando el mar, siento que no puedo quedarme aquí diez días y llamo a Alberto. Me da mucha vergüenza pero esta situación requiere una solución rápida. Cualquier lugar va a ser mejor que este.

—Alberto, ¿te acuerdas de mí?, nos conocimos ayer. —Me río—. Soy Pita... —Titubeo—. No tendrás una habitación individual en tu escuela..., ¿no?

A veces la vida equilibra. He tenido suerte: ayer mismo se quedó libre la única que no se comparte. Insiste en venir a recogerme mañana por la mañana.

Son las siete de la tarde, una hora más en la península cuando trato de explicarle al recepcionista las razones por las que abandono el hotel. Shakira y su Loca por mi tigre me obligan a levantar la voz. Entiende mi argumento y me libera de la reserva sin cargo alguno, porque pronto habrá una familia interesada en mi habitación.

Aquí ya ha cenado todo el mundo, ahora los pequeños queman las salchichas y los macarrones en la discoteca infantil. Al menos la cena será tranquila, si es que queda algo.

Alberto llega puntual. Asoma el brazo por la ventanilla izquierda y me saluda al modo surfero. Salta de la furgoneta y me besa en la mejilla con la misma efusividad con la que Toño lo besó a él cuando nos recogió del aeropuerto. Sus besos sonoros hacen sonreír al chico que lleva mi maleta y que me dirige un gesto de aprobación con la cabeza. Le doy las gracias por la estancia, mientras me digo que vaya donde vaya, haga lo que haga..., siempre hay alguien metiendo las narices en mi vida.

Ya de camino, Alberto parece no tener interés alguno en saber qué ha pasado para que me marche. Me dice que está muy contento de verme y me pone al día de las normas explicándome que la suya es una escuela diferente. Hace ya dos años que dejó todo para poner en marcha un modelo en el que creía. Fue la lectura de uno de los libros de management más aclamados de los últimos años lo que le hizo despertar: Reinventar las organizaciones, de Frederic Laloux.

Es un manual para las personas que sienten que algo no funciona en la manera actual de dirigir. Usa un código de colores para explicar la evolución de las organizaciones, analizando los paradigmas que las gobiernan y plantea la posibilidad de «crear organizaciones que nos permitan expresar al máximo nuestro potencial humano».

La escuela, me cuenta Alberto, apuesta por la autogestión, que se basa en relaciones entre iguales. Hay *campers* que pagan con su trabajo su estancia. Aquí cada uno debe aportar una habilidad y me pregunta cuál es la mía.

Le digo que soy periodista, así que no sé hacer muchas cosas. Me dice que le viene perfecto, que necesita que le ayuden con el posicionamiento de la marca.

La escuela está ubicada en medio de una plantación de plátanos, es una finca cercana al mar a la que se accede por una carretera empinada y estrecha, con palmeras silvestres a ambos lados. La furgoneta acelera para afrontar la subida. Las palmeras tienen el aspecto de soldados que custodian la entrada a otra dimensión.

El coche se detiene en un porche. Hay tablas de todos los tamaños y colores. A un lado, al sol, de una estructura metálica cuelgan decenas de neoprenos perfectamente ordenados. A los pies, todo tipo de material náutico.

—Sabía que vendrías, Pita. Ese no era un lugar para alguien que quiere pensar. Aunque tienes que saber que tampoco lo es este. Aquí no pensamos, actuamos: bienvenida.

Me pide que me descalce para entrar en la casa, un chalé de una sola planta en forma de ele, con un jardín muy cuidado. En el centro hay una enorme palmera y una piscina pequeña. Dejo mis zapatillas al lado de un montón de pares y me fijo en la larga mesa colocada en un extremo. Hay un chico comiendo. Levanta la cabeza del plato y me saluda:

—Hi. Welcome.

Alberto se gira de manera repentina y me pregunta:

—Por cierto, ¿hablas inglés?

Menos mal que lo hablo porque, de veinte personas, solo hay dos españoles en el *surf camp*. Noruegos, franceses y alemanes salen de diferentes habitaciones y ocupan la mesa. Algunos me dan la mano, todos parecen amables. Van a lo suyo y eso me gusta. Ninguno tiene más de treinta años.

Mi habitación es pequeña y acogedora. Está pintada de azul claro y blanco. Tiene tres literas y una cama, que es donde dormiré y que no parece muy cómoda. Mis ojos se detienen en la pared central, donde hay escrita una frase:

«El surf es uno de los pocos deportes en los que hay que mirar hacia delante para ver lo que hay detrás», Laird Hamilton.

Le pregunto por el autor de la reflexión y me responde que es el mayor surfista de olas grandes de todos los tiempos. Me sugiere que me ponga un bañador y que coja todo lo necesario para pasar la tarde en la playa, después de comer algo.

—¿Dónde puedo guardar las cosas de valor..., el dinero, el portátil?

Me muestra una caja de madera con un candado que, una vez cerrada, permite meter la mano. La miro mientras pienso que aquí me despluman seguro.

Le digo que debería pagarle ya. Me dice que ahora mismo solo hay prisa para ir a la playa y extiende el pulgar y el dedo meñique de la mano derecha, dejando los demás dedos cerrados. Añade que en la cultura surfera este gesto invita a tomarse las cosas con calma y que se llama shaka.

No hay armarios, así que dejo todo dentro de la maleta.

Con Alberto son cuatro los monitores de surf. Dos fijos y otros dos que, a cambio de la estancia, imparten las clases. El cocinero y las dos personas que se encargan de la limpieza también participan del modelo. En la comida se habla de surf. Me preguntan de dónde soy, pero no qué hago aquí, sola. A nadie parece importarle y eso me alivia. Me incluyen en sus conversaciones con la mirada y los gestos. Me río con las anécdotas.

Transcurre media hora hasta que cargamos en la furgoneta todo el material necesario para la jornada: las tablas, los trajes, las mochilas. Vamos a uno de los muchos *spots* de surf que tiene la isla, uno para principiantes, o eso me dicen. Somos diez personas y vamos todos muy pegados, botando a cada bache que cogemos en la carretera. En la radio suena Vivir mi vida, cantada por Marc Anthony, y Toño sube el volumen: todos se la saben y la cantan. Yo muevo los labios mientras sonrío.

Llegamos a la playa y hay que bajar todo el equipo. Pienso en el gran esfuerzo que hay que hacer en este deporte. Cuando se metan en el agua estarán exhaustos.

Me apunto al yoga que hacemos en la arena. Todos llevan la cara blanca por una crema muy espesa que utilizan, se han puesto el neopreno solo hasta la cintura, les cuelgan los brazos y están muy graciosos, parecen alienígenas. Sonríen relajados mientras repiten los ejercicios.

Alberto me informa de que hay tabla y traje para mí, por si me apetece. Le doy las gracias mientras extendo mi toalla y me pongo pantalla total en la

cara por segunda vez desde que hemos llegado. Nadie me pregunta por qué no voy al agua, pero todos se despiden con un *see you later*.

Los veo meterse en el agua como insectos acuáticos. Suben a la tabla con esfuerzo y caen una y otra vez, así durante horas. Los avanzados parecen pájaros planeando sobre las olas. Los hay de todas las edades. Da gusto mirarlos. No puedo quitar la vista de este mar lleno de tablas.

Pienso que estoy a gusto, que me gusta estar aquí, pese a que mi padre sigue sin hablarme.

Qué complejos son los cuarenta, al menos para alguien en mi situación. Al menos los míos lo son: sin pareja, sin hijos y sin una estructura convencional. Satisfecha con la vida que he elegido, pero atormentada por las preguntas que me plantea. Y ahora ¿qué?

He perdido la ilusión en tantos aspectos...

Tenemos una serie de creencias exageradamente optimistas sobre nosotros mismos. Como que el estado del single es provisional, pero ¿cómo sabemos que la próxima vez será mejor? ¿Que nos está esperando nuestra media naranja? No puedo ser tan... soberbia.

Además, cuando repaso mi vida y pienso en los momentos de felicidad, no tengo claro que estos se hayan producido con el hombre de mi vida. La felicidad es algo muy personal y las personas van y vienen.

Recuerdo la reflexión que en su momento hizo John Lennon y que hoy tiene más vigencia que nunca: «Nos hicieron creer que cada uno de nosotros es la mitad de una naranja y que la vida solo tiene sentido cuando encontramos la otra mitad. No nos contaron que ya nacemos enteros, que nadie en la vida merece cargar en las espaldas la responsabilidad de completar lo que nos falta». Me digo que nos ahorraríamos mucho tiempo en nuestra vida si desde el principio nos contaran eso: que estamos enteros.

Alberto sale del agua y viene hacia mí con la tabla en la cabeza. Pese a que la playa es rocosa, va descalzo, no lleva escaarpines como el resto y no parece que le duela. Al contrario. Se lo ha debido de pasar muy bien porque sonrío y se mueve como si bailara. Yo me fijo en su sonrisa, perfecta y luminosa.

—¿No te animas? Venga, Pita, que entro contigo.

—No, no, muchas gracias. Estoy bien aquí.

—Entonces me quito esto y damos un paseo.

Se baja el neopreno hasta la cintura y de la mochila saca una toalla con capucha y forma de poncho, que se pasa por la cabeza. Una vez dentro se baja el traje y se pone un bañador.

Lo primero que aprendo de este deporte es que debajo no llevan nada. Por lo menos ellos. Al menos este.

Paseamos en silencio escuchando el sonido del mar. Le pregunto qué hay de cierto en eso de que las olas llegan a la orilla en series de siete y que su fuerza depende de la luna. Es algo que desde siempre le he oído decir a mi padre.

Se ríe y me explica que las olas son ondas de agua producidas por la acción del viento y que a diferencia de la subida y bajada de la marea, no tienen nada que ver con la luna, aunque es cierto que tienden a establecerse en grupos para viajar a la orilla. Es imposible anticipar sus movimientos o su número. Me mira a los ojos y me dice que los seres humanos tendemos a simplificar las cosas.

Señalando el agua me pregunta:

—¿Ves esas dos?, ¿agitadas e irregulares? Probablemente se han generado en las regiones de tormenta del océano. En su viaje han llegado a un compromiso que desconocemos y han mezclado sus espumas envolviéndose unas con otras para seguir el trayecto juntas.

—Quizá no haya un compromiso, quizá solo las ha unido la casualidad. —Le miro a los ojos y le digo que quizá los seres humanos nos comportamos como las olas.

Me sorprende de mi comentario. ¿Estoy ligando? ¿Será posible que esté tonteando con el monitor de una escuela de surf?

Los diez pasamos el resto de la tarde en una cala a la que hemos ido a ver la puesta de sol. Parece que no han tenido suficiente sal por hoy y se tiran al agua. Saltan una y otra vez desde una roca, que probablemente estará a tres metros de altura, aunque a mí me parece mucho más y a ellos parece que mucho menos.

Olvidaba que son *millenials*. Todavía no tienen miedo.

Gritan, ríen y saltan una y otra vez mientras se comparan y comparten distintas cámaras acuáticas Go Pro, que hacen fotos y graban vídeos, cámaras de acción, ligeras y resistentes al agua, que pueden colocarse en la cabeza, en manillares, cascos... Soy la única que no tiene una y la única que no salta. Me reservo el contarles que soy periodista y que llevo media vida entrevistando a gente que pierde la movilidad por proezas como esta y que la otra media me la he pasado escuchando a mi padre hablar de todo lo malo que te puede pasar si caes mal.

Volvemos tarde al *camp*. Todo el mundo parece cansado pero nadie deja de reír y cantar en la furgoneta.



Al llegar, voy directamente a la ducha que comparto con diez personas más. El suelo está encharcado y el agua ya no sale caliente. No digo nada. La mesa está puesta y la gente devora los espaguetis a la boloñesa, es mejor que me dé prisa si quiero que me quede algo.

Esta noche hay cine de verano. Vamos a ver *Surf's Up*, una peli de animación. Los monitores se afanan en colocar una pantalla en medio del jardín y todos nos sentamos sobre colchonetas en el suelo. Hay cervezas que, una vez consumidas, debemos apuntar en un papel; los alemanes son los que más beben pero nunca se olvidan de dar fe de ello. Me pasan una caja de galletas de chocolate y cojo una. Aquí todo el mundo comparte. Aunque la zona de fumadores está a la entrada del *camp*, de vez en cuando huele a marihuana. Me tumbo mirando al cielo y las estrellas se ven inmensas, brillantes, cercanas.

Empieza la peli y todo el mundo aplaude. La historia tiene como protagonista a un pingüino de pecho amarillo llamado Cody Maverick, un prometedor surfista al que sigue un equipo de grabación que documenta su viaje desde la Antártida, donde vive con su familia, que solo piensa en pescado, a la isla Pen Gu, para el Campeonato de Surf en Memoria de Big Z (un mítico pingüino surfista). En el camino, Cody conoce a otros surfistas, además de a una empoderada salvavidas de su misma especie: Lani Aliikai.

Cody cree que ganar le proporcionará el respeto que tanto desea, pero conocerá a un experimentado surfista caído en desgracia que le enseñará que un verdadero ganador no es siempre el que llega el primero.

Pese a que no es mal mensaje, pienso que hasta ellos están grandecitos para prestarle tanta atención a una peli de animación. Me suena que los doblajes al español los hicieron entre otros Carmen Machi y José Luis Gil, es lo único que puedo aportar en este contexto, pero no digo nada.

Pienso en papá; si supiera que voy a pasar diez días entre hombres en neopreno, lloraría de ilusión, pero vuelvo a estar castigada con su silencio, así que se enterará a la vuelta, cuando me llame como si nada hubiera pasado, como si no me debiera un perdón. Como siempre.

Me veo desde fuera, tumbada en la hierba, entre extraños y con la cabeza de mi nuevo amigo junto a la mía. Huele a sal. Me giro hacia él para que me llegue su respiración. En ocasiones, tengo la sensación de ser mi propio avatar, como si mi mente estuviera en un cuerpo ficticio y en un lugar ficticio. ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué hago aquí? Lo último que quisiera es hacer el ridículo. Ponerme en evidencia delante de mí.

Ahora que camino hacia la madurez, que estoy en la cumbre de mi carrera profesional, ahora que está casi todo hecho, espero tanto y a la vez tan poco de la vida.

Dicen que vivimos en tiempos del ocaso de las utopías. No sé si eso es cierto, pero sí que la mía se apaga. No creo que vaya a ver un mundo mejor. No creo que pueda formar mi propia familia. Tampoco que vaya a encontrar... el amor de mi vida.

Somos humanos y pensamos que no tenemos limitaciones. ¿Cómo protegernos de nuestra propia condición? No quiero seguir fingiendo ser alguien que no soy.

No desearía hacerme pasar por quien no soy, ni aquí ni cuando vuelva a casa.

Las emociones del día me están subiendo la cerveza a la cabeza y se están apoderando de mí, así que decido irme a dormir. Le doy un beso en la mejilla a Alberto y las gracias por todo.

Si estuviera escribiendo una novela sobre mi experiencia, me costaría explicar lo rápido que me resultó adaptarme a la vida en el *camp*: apenas tardé veinticuatro horas en ser una más. Me pasaba el día de aquí para allá ayudando a Alberto, organizando actividades y aclarando neoprenos. Aprendí a colocar *grips* y quillas, a arreglar *leashes*, y mi contribución consistió en un par de charlas sobre cómo posicionarse en las diferentes redes sociales. Me paseaba por las habitaciones haciendo bromas y hasta me atrevía a salir gritando del baño envuelta en una toalla, porque el agua caliente no llegaba.

Todo menos escribir la novela que me había comprometido a entregar.

Era todo tan fácil... Mi cabeza no se hacía preguntas; no había nada que pensar porque ya estaba todo pensado. Solo tenía que dejarme llevar.

Por las mañanas, después del desayuno y la hora de yoga, bajábamos a la playa a hacer *snorkel*, a recoger conchas o a dormirar sobre la arena. Volvíamos al *camp* para comer y prepararnos para el surf. Me encantaba meter el material en la furgoneta y, una vez dentro, de camino al *spot*, sorprender a todos con la música. Pusiera lo que pusiera enloquecían con Gente de Zona y Marc Anthony. Yo prefería verlos surfear desde la arena, en tres días algunos habían progresado mucho.

Cada noche era diferente. Un día montábamos una barbacoa, otra salíamos a bailar salsa, veíamos una peli o conversábamos junto a la hoguera mirando las estrellas. Me parecía increíble que gente tan diferente tuviera tantos temas de conversación. A veces se nos iba la mano con la cerveza, apuntábamos muchas y nos reíamos aún más.

Alberto y yo habíamos conectado, éramos dos desubicados que se entienden y se reconocen en la soledad, dos desconocidos que comparten lenguaje común. Que se buscan en las conversaciones, los susurros y las caricias.

Llevaba cuatro días allí cuando me dijo que necesitaba alejarse un poco del grupo y respirar y me pidió que le acompañara. Preparamos unos sándwiches, cogimos unos plátanos, cervezas y dos botellas de agua y en la furgoneta me fijé en que metía dos trajes y dos tablas. Con las ventanillas bajadas, fuimos todo el camino cantando La bicicleta, de Shakira, ColDplay, Enrique Iglesias, cualquier cosa. Me daba el aire en la cara y estaba feliz. Me habían salido muchas pecas porque me relajé con la protección solar. Con la humedad y el abandono de las planchas, se me había quedado el pelo como al padre del Rey León, pero me daba igual, estaba tan en paz que ni me miraba al espejo. Por primera vez en mucho tiempo no tenía que estar perfecta. No tenía que gustarle a nadie.

Bajamos las mochilas y las tablas a una cala de arena. Alberto me mira:

—Pita, no sé cuánto tiempo más piensas estar escuchando anécdotas, aclarando neoprenos y mirando al mar, pero yo no puedo más... Quiero que te metas en el agua y que te subas a la ola, que lo intentes al menos. Te lo mereces, Pita. Quiero que te marches de la isla dejando aquí el miedo.

La de Alberto no es otra voz que exige, es la voz de mi conciencia. Cojo mi tabla, la dejo en la arena y hago exactamente todo lo que llevo días viendo hacer. Me pongo el neopreno solo hasta la mitad, ejercito hombros y cadera para calentar los músculos. Alberto me extiende su crema en la cara y por sorpresa me empuja ligeramente para comprobar con qué pie avanzo para evitar la caída y determinar así si soy goofy o regular.

Me tumbo boca abajo sobre la tabla y, como soy goofy, para levantarme pondré el pie derecho delante y el izquierdo detrás. Practico varias veces lo que se conoce como el *take off*, es decir, el momento en el que te pones de pie en la tabla. El despegue. Le escucho atentamente:

—Nos vamos a centrar en la posición que tienes que mantener mientras remes: las piernas han de ir encima de la tabla, apretando glúteos y pegando el pubis, para que te resulte más cómodo levantar el cuerpo y las lumbares no sufran.

Lo dice a la vez que recorre con su mano mi cuerpo y yo interpreto que la intención es pedagógica. Me acaricia el pelo mientras me indica que levante la cabeza, separe el pecho y el esternón de la tabla, que imagine que hago lo

que en yoga se conoce como la postura de la cobra, ya que de esta manera será más cómodo el movimiento de los brazos cuando reme.

Me habla de la remada:

—Con las dos manos. Como si nadaras a crol tumbada..., empieza lento y sube la velocidad gradualmente, pero no pares. Nunca pares. Jamás olvides que el éxito de tu ola depende de una buena remada.

Me sube la cremallera del neopreno mientras me cuenta que la paciencia es la gran aliada de este deporte porque pasaré mucho tiempo en el agua esperando a mi ola. Me coge la cara con las dos manos y dice:

—Una vez que elijas una concreta, comprométete con ella.

¿Sera posible que esté recibiendo una lección de vida? Pienso que si estuviera escribiendo una novela esta sería una parte determinante de ella.

En el agua, como en la vida, nada es fácil. Me cuesta mucho llegar al punto donde se levantan las olas. Lo hago empujando mi tabla con esfuerzo mientras trato de que no me rompan en la cara las que me voy encontrando de frente.

Dos horas más tarde, seguía tratando de subir a la tabla. Cayendo una y otra vez: de frente, de lado, de culo, en plancha; tragando y escupiendo agua, esnifándola por la nariz. Tosiendo y dejando que el mar centrifugara mi cuerpo, como si de un trapo se tratase. Había perdido las formas pero no pensaba perder la dignidad. Por muchos golpes de ola que recibiera, no pensaba pisar la arena, de momento.

Cuando era niña me gustaba sentarme con mi sillita de plástico en la puerta de la lavadora y observar cómo giraba mi osito de peluche en su baño mensual. Ese día me sentía como el oso.

Cuanto más daño me hacía el mar, más rabia me daba y más rápido me subía a la tabla. Me lo estaba poniendo difícil Neptuno y yo me lo estaba tomando como algo personal. Aquel era ya un asunto privado entre él y yo.

Cuando más mareada y desconcertada estaba, el mar se convirtió en un plato. Nos tumbamos sobre las tablas y Alberto me preguntó si me encontraba bien. Le hice un gesto afirmativo con la cabeza y me cogió la mano:

—Pita, se surfea con el cuerpo y con la mente, pero sobre todo con el corazón. Y tú estás muy enfadada.

En ese mismo instante comprendí que tenía razón; llevaba mucho tiempo enfadada y estaba rabiosa: con André por haberse expuesto tanto, con sus asesinos, con esta profesión que mata, con mi padre, con mi ex, con mi trabajo, conmigo misma por no tener una voz propia y prestar tanta atención al resto.

Me pregunto casi en voz alta: ¿cuándo he dejado que todo pierda sentido?

No le he dado su sitio a la tristeza y se ha transformado en rabia. Mis ojos se llenan de lágrimas que empiezan a resbalarme por la cara. Lágrimas calientes que se funden con el sabor del océano. Las lágrimas de meses de espera.

Estuvimos así unos veinte minutos, flotando sobre las tablas, con las manos cogidas mirando al cielo y escuchando la brisa, las gaviotas, el sonido del mar cuando está en calma.

Y entonces ocurrió algo. La voz del mar se hizo cada vez más fuerte y Alberto gritó:

—¡Mira, Pita! ¡Ahí viene tu ola! ¡Esa... es tu ola! Cuando sientas que la ola te empuja empieza a construir. —Volvió—: ¡Vamos, Pita! Levanta la cabeza, separa el esternón... ¡Rema de verdad! ¡Rema! ¡Rema! ¡Rema! ¡Tu ola, Pita...! ¡Comprométete con ella! Sube el pecho. ¡Cobra, cobra! ¡Cuando sientas que la ola te empuja empieza a construir! ¡Ahora, Pita! ¡Construye! ¡Siente tu ola! ¡Arriba!

Ahí estaba yo, a mis cuarenta años: retándome. Construyendo, superándome y sobre todo: sorprendiéndome.

Apoyé la parte interior del pie izquierdo en la tabla, levanté el cuerpo hacia atrás con el apoyo de las manos a la vez que extendía la pierna derecha y, zas, salté para colocar el pie delantero en la parte central de la tabla y el trasero en paralelo en la parte de atrás. Doblé un poco las rodillas y extendí los brazos en posición. Estaba arriba, lo había conseguido: estaba surfeando.

Grito de emoción y escucho mi voz sobre el mar. De pie empujada por mi ola, lloro y siento el mismo sabor que antes, distintas lágrimas. Lágrimas de emoción.

Alberto viene surfeando. Grita y ríe.

Levanto mi brazo derecho y con la mano hago la señal de shaka, que agito de un lado a otro para enfatizar el gesto.

Casi en la orilla, bajamos de un salto al agua, que a mí me cubre por la cintura, y nos abrazamos. Sigo llorando mientras le agarro fuerte y pregunto:

—¿Lo he conseguido, verdad?! ¿No lo he soñado? ¿Tú me has visto?

Pienso en André. En su sensibilidad. En sus ganas de vivir. Para él la vida era una fiesta. Y le dedico mi ola.

Es imposible ponerle palabras a lo que experimenté cuando cogí mi primera ola. Una mezcla de muchas sensaciones: empoderamiento, oportunidad, velocidad, libertad, respeto.

Miedo, también, a no ser capaz de ponerme en pie. A que la ola me pasara por encima.

Puedes dominar a una persona, a una bestia, pero al mar no lo domina nadie. El mar es oscuro, profundo y urgente como la vida. Si te atrapa una ola, relájate: húndete, da vueltas, traga agua, sal a flote y escupe. Pero si viene tu ola, construye: súbete a ella y disfruta.

¿Qué otra cosa podemos hacer? ¿Qué otra cosa tenemos aparte de una ola única e irrepetible?

Los días pasaron volando. Risas, yoga, bailes, barbacoas, excursiones, tardes de surf..., Alberto.

Después de esa primera ola, vinieron muchas. Algunas no eran para mí y seguí tragando agua, pero salía a flote y siempre volvía a intentarlo. Me había probado a mí misma y había ganado. Ya no estaba enfadada, sentía que el miedo empezaba a remitir.

Un día antes de mi vuelta a casa, Alberto me pidió una cita.

—¿Una cita?

—Sí, Pita. Una cita. Tú y yo solos, fuera del *camp* y en un restaurante. Vestidos de personas.

Había olvidado que llevaba diez días en bañador. No estaba preparada, es obvio que me gustaba pero ni estaba para seducir ni para que me sedujeran. Ni siquiera tenía qué ponerme, aunque recordé que había metido un vestido por si acaso y en ese momento lamenté no haber traído las planchas del pelo.

A las ocho en punto estaba en la puerta, con mi vestido blanco y el pelo en un semirrecogido, que no me quedaba mal. Tuvimos que aguantar las bromas de algunos *campers* y de un alemán de origen vietnamita, que nos hizo una foto con el móvil:

—*Sweet couple* —dijo.

Cenamos en un pequeño restaurante situado en la cala del antiguo pueblo de pescadores. Mesas colocadas sobre la arena, mantel de cuadros, velas, cerveza y pescado del día. Ya nos habíamos contado nuestras vidas pero seguíamos teniendo mucho que compartir.

Yo ya sabía que había dejado trabajo y pareja porque tenía muy clara la vida que quería llevar. Él ya sabía que yo nunca dejaría mi profesión, pero que dejé a mi pareja porque tenía clara la vida que no quería llevar.

Me cuenta que no quería vivir en un modelo que le ha declarado la guerra a la vida. Un modelo de vida que al mismo tiempo que genera riqueza

empobrece y que mata de hambre a una parte del mundo para alimentar a la otra. Que cría hijos para lanzarlos al mercado neoliberal y que colisiona contra nosotros mismos cuando limita nuestro tiempo al trabajo y nos hace olvidar lo que nos hace felices.

Alberto me habló de la obsolescencia programada y la percibida; la primera es la que viene de la fábrica y la segunda la que creemos que tiene cada producto del que nos cansamos, y me explicó que él había redefinido su papel como consumidor y que ahora reutilizaba, reducía, reciclaba y reparaba. Que se ha creado una vida más cómoda y menos aburrida.

Bromea diciendo que debería quedarme, que formábamos muy buen equipo... y muy buena pareja. Le respondo que debería venirse, que sería un buen productor. Aunque ninguno de los dos contesta; el silencio es a veces la mejor respuesta.

Esa última noche nos volvimos locos bailando, bebiendo y riendo, intercambiando palabras no dichas, miradas y caricias sin futuro. Cuando cerraron el bar cogimos dos botellines de cerveza y nos fuimos a la playa. Nos sentamos en la arena, apoyando la espalda en las rocas.

—No vamos a besarnos, Alberto.

—Lo sé.

Esperaba cualquier respuesta menos esa.

—¿Y por qué lo sabes?

—Porque eso es lo que se espera de ti. De nosotros. Que tú vuelvas con una historia que contar. Si en este viaje no ligas, no hay épica. Pero a ti ya no te hace falta y no puedes seguir haciendo todo lo que se espera de ti.

Que quede claro que no es que una vaya de sobrada y tenga muchas oportunidades de pasar la noche con un surfero, y menos con uno tan especial como este, pero estos días alejada de las voces, en silencio, he sido feliz escuchándole, tocándole, siguiéndole.

—Cantando a voz en grito en la furgoneta contigo, subiéndome a la ola contigo. Me encantas y en otro momento de mi vida esta aventura no estaría completa sin sexo, sin amor. Pero ha sido todo tan perfecto que no me hace falta más para sentirme viva.

Muertos de calor decidimos no bañarnos desnudos, porque eso también es lo que se esperaba de nosotros. Nos dio por reírnos.

Está amaneciendo y mi vuelo sale en tres horas. Subimos a la furgoneta y volvemos cantando *La bicicleta...*

*A mi manera, despelucado,  
en una bici que me lleve a todos lados,*

*un vallenato desesperado,  
una cartica que yo guardo donde te escribí  
que te sueño y que te quiero tanto,  
que hace rato está mi corazón  
latiendo por ti, latiendo por ti.  
La que yo guardo donde te escribí  
que te sueño y que te quiero tanto,  
que hace rato está mi corazón  
latiendo por ti, latiendo por ti.*

Maleta, café..., aeropuerto.

En la puerta de embarque nos abrazamos y nos quedamos así unos minutos: le doy las gracias al oído por haberme dado un espacio para pensar, para escucharme, por tratarme con tanto cariño. En definitiva, por haberme enseñado a volar.

Quedamos en mantener el contacto y volver a vernos pronto. Los dos sabemos que eso es bastante improbable.

—Suerte, Pita. Vuela.

Veo alejarse a ese desconocido en el que he encontrado una inusual sensación de ternura y comprensión. La vida es una paradoja.

Se pierde en medio de tanta gente y me pregunto si puedo estar profundamente enamorada de él o todo lo contrario. Enamorarse es una experiencia mágica, pero no es la única que llena la existencia.

Sentada en la puerta de embarque pienso que tengo ganas de volver a casa.

Pienso en Lançon y en la hermana Paciencia. En André, sobre todo en él. En que me hice periodista para buscar mi realidad. En que fijándome en otras heridas me he encontrado con la mía.

En este viaje he cerrado un compromiso conmigo misma: a partir de ahora trataré de hacerme feliz, de estar atenta a las olas y mantenerme en forma para que, cuando venga la mía, sea capaz de reconocerla.

Tiempos de simplificación para una vida cada vez más compleja.

Cualquier sitio es bueno para tomar una decisión buena y ahora sé que no voy a escribir la novela. Lo último que necesita este país es otra criatura vanidosa que piensa que tiene algo que contar. Lo haré solo cuando encuentre mi propia voz, así que cojo el móvil y le escribo un *e-mail* a Carlos:

Querido amigo:

Te llamo amigo porque eso es lo que has sido para mí estos últimos meses en los que he estado escribiendo para ti. Gracias por escucharme. Por cogermelo de



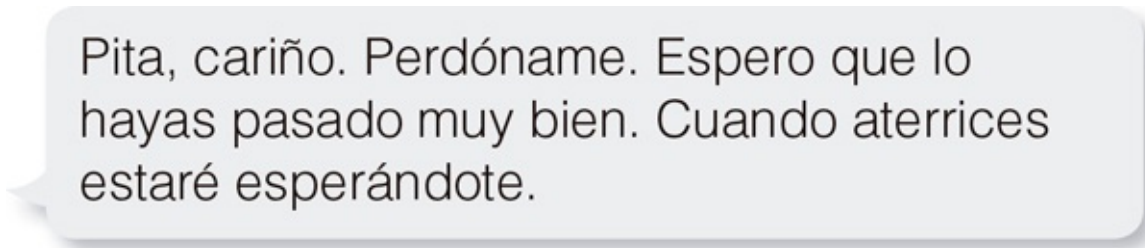
la mano. Hacía mucho que nadie lo hacía.

Tu confianza en mi voz me ha fortalecido, pero sigo buscando. Mi momento no es este. No quiero que se nos caiga la rama encima, todavía no. Quiero vivir la vida que tenía pensado escribir. Recibe mi cariño y mi admiración.

Hasta pronto.

Pita

De repente, me entra un WhatsApp; es de papá.



Pita, cariño. Perdóname. Espero que lo hayas pasado muy bien. Cuando aterrices estaré esperándote.

Reconozco que estoy deseando verle, aunque sea un plasta. Decido que voy a dosificar sus incursiones en mi vida y que su voz ya no va a ser más fuerte que la mía. Que ninguna voz, será ya más fuerte que la mía.

Le pediré que me hable, pero... que lo haga bajito.

—Papá, bajito. Háblame bajito.

## Agradecimientos

### GRACIAS

A Mamá por escuchar mi voz, siempre.

A Virginia, Malu, Blanca, Belén y Alba, las Berlín, cuyas voces me hacen fuerte.

A Fernando, al hermano y al periodista, por su ejemplo de fortaleza.

Al amor y el acompañamiento de Michael, María y el pequeño Fer.

Os quiero mucho.

A la sororidad de Adriana, Isabel y Loubna.

A la complicidad de Elena, Elíya y Marta.

A la mirada de Matxalen, Nagore y Mireia.

A mis hermanitos Leticia y Fernando, por su abrazo.

A Pedro..., mi ola.

A Laura Ferrero por compartir su talento y a mi editor, Gonzalo Albert, por enseñarme tanto. Ya sabes que escribo para ti.

A Pita no le contaron que la vida a los cuarenta iba a ser ligeramente distinta a lo que esperaba. Es una profesional de éxito, directora de un conocido programa de radio, hija de un padre que la adora, *runner*, amiga de sus amigas y tantas cosas que a veces ni ella misma sabe por dónde empezar. En definitiva: Pita es una mujer de hoy. Pero desde hace poco, también es una mujer que deberá aprender a vivir de manera distinta.

A partir de ahora, Pita viaja sola.

Con una ruptura sentimental a sus espaldas, entre mudanzas, programas de radio y una insólita propuesta, la de escribir una novela, la vida de Pita es la historia de cualquiera de nosotros, la que empezamos a construir cuando

nos emancipamos de nuestros miedos y nos lanzamos a la vida que empieza donde se cierran antiguas puertas y se abren las de las nuevas oportunidades.

## Sobre la autora

Macarena Berlín. Periodista nacida en Madrid. Su carrera profesional está vinculada a la radio. En 1999 entra en Cadena Dial, donde participa en los programas *Atrévete* y *Qué falló en lo vuestro*, que compagina con la televisión, presentando y colaborando en Canal+, Cosmopolitan TV, Antena 3 o Cuatro.

En la actualidad dirige y presenta *Hablar por hablar* en la Cadena SER y realiza las sustituciones del segundo tramo del programa *Hoy por hoy*.

En 2010 recibió el Premio Nacional de la Radio, que otorga la Academia de las Artes y las Ciencias Radiofónicas, al mejor conductor de programas y en 2011 la Antena de Oro en la categoría de Radio.

*Hablar por Hablar. La vida continúa* fue su estreno literario. *Háblame bajito* es su primera novela.



Macarena Berlín González (Madrid, 20 de julio de 1973) es una periodista española. Su carrera profesional está vinculada a la radio. En 1999 entra en Cadena Dial, donde participa en los programas *Atrévete* y *Qué falló en lo vuestro*, que compagina con la televisión, presentando y colaborando en Canal+, Cosmopolitan TV, Antena 3 o Cuatro.

En la actualidad dirige y presenta *Hablar por hablar* en la Cadena SER y realiza las sustituciones del segundo tramo del programa *Hoy por hoy*.

En 2010 recibió el Premio Nacional de la Radio, que otorga la Academia de las Artes y las Ciencias Radiofónicas, a la mejor conductora de programas y en 2011 la Antena de Oro en la categoría de Radio.

*Hablar por Hablar. La vida continúa* fue su estreno literario. *Háblame bajito* es su primera novela.